

CARLOS A. IMENDIA

Estelas



1900

SAN SALVADOR

Imprenta Nacional, 10 Avenida Sur, No 84

Al señor don

Joaquín Bernardo Caivo

Carriño fraternal de

El Autor

San Salvador, agosto de 1900.

PRÓLOGO

ESTE libro, miscelánea en prosa y verso de cantos al amor, al hogar y á la patria, de cuentos morales y de narraciones y leyendas, libro que revela las múltiples facultades de su autor, es, al propio tiempo, como espejo en que se mira la imagen de un hombre de bien, apasionado de lo bello y de lo ideal, lleno de melancólica ternura, agobiado de pesares y decepciones, mas también resignado á su destino y con fe en lo porvenir.

Abridlo..... No encontraréis pensamientos deslumbrantes, pomposo estilo, amartillada y pulida frase.

El autor ha querido ser natural, sencillo hasta un punto que quizá no agrade á algunos, pero que para mí, que gusto tanto de la sencillez, tiene cierta gracia encantadora.

El libro de *Inmenda* es un libro honrado. Sus páginas transpiran profunda convicción, culto del deber, amor á la vir-

tud, amor al arte, á su familia y á su patria, vivo anhelo de goces puros y tranquilos. Apenas como huella de sus juveniles ardores hay en algunas de sus estrofas de hace algunos años, desbordes de pasión enardecida: sus demás composiciones muestran esa serenidad que adquiere el alma y que no le abandona en sucesivos días, después que el viento del dolor y del desengaño disipa los celajes de la ilusión.

No temáis, pues, leer uno de tantos productos de esa literatura enferma que ha bastardeado el arte pretendiendo fundar la belleza en el espectáculo que repugna, en la virtud que claudica, en la inocencia que prematuramente se marchita, en el vicio que se enseñoorea, en el acaso ó en la fatalidad, desenlazando cruelmente el drama de la vida.

Tampoco se resiente el libro de esa especie de manía que invade á una parte de la juventud hispano-americana, de cifrar la belleza en nimios detalles, en palabras inusitadas, en frases enrevesadas, en pensamientos embrollados, al parecer nuevos y brillantes; literatura, si este nombre puede merecer, afectada é insustancial, y que á más de un bello ingenio ha desviado del camino verdadero de la gloria. El arte, para Imendia, no es la rebeldía contra la moral ni contra el sentido común.

El halla su inspiración en las tradiciones poéticas y melancólicas de la pobre

y mísera raza indígena que abatió y aniquiló el despiadado conquistador, y que la fuerza de la selección civilizadora extingue rápidamente; en los bosques y los ríos y las palmeras de su bella Sonsonate, en su hogar, sobre todo, donde se ve rodeado de tiernos hijos, á quienes tanto ama y por quienes tanto sufre al pensar en su porvenir..... sufrimiento que le hace amargamente sollozar

*“Tanto fué mi dolor, la pena tanta:
Fueron mis pensamientos tan luctuosos,
Que responder no puede: en la garganta
Quedó ahogada mi voz por los sollozos.”*

¡ Oh! vosotros que no sois padres, difícil os será apreciar la intensidad de sentimiento que revela esa sencilla y conmovedora estrofa!

El Maestro de escuela es objeto de varias composiciones de Imendia. Véase en ellas el amor que le inspira la instrucción popular, el respeto y veneración por el maestro y el dolor y la indignación que le causa la indiferencia con que se le mira en nuestras sociedades, y que le hace llevar pobre y angustiosa vida. Es noblísima empresa del escritor amante de su patria; la de ahogar por la suerte de esos humildes y eficaces obreros de la civilización, para que se les tenga en la estima y aprecio dignos de su augusto ministerio. ¿Tendrá éxito feliz la propaganda en favor del maestro? Por el momento no lo esperamos. Esta doctrina de la excelcitud de las funciones del magisterio, es doctrina nueva que hace poco tiempo in-

forma el espíritu de los pueblos mucho más avanzados que los nuestros. Obra lenta del tiempo ha de ser y cuando todas las generaciones estén educadas por el moderno Profesor y el nivel intelectual de Centro-América esté más alto, el que se reconozca que en los bancos de la escuela es donde se inicia la solución de los grandes problemas sociales.

Las tradiciones referentes á los tiempos de la colonia, sobre los cuales la historia ha hecho muy poca luz, son un complemento ameno de la misma. Al través de ellas se conocen mejor el carácter y costumbres de los antepasados, sus ideas y preocupaciones, el secreto de grandezas y decadencias de familias, la lucha entre la pasión y el deber, la eterna debilidad de la especie humana. Al leerlas nos parece que como que se reconstruye la vida de las generaciones que la muerte ha reducido á polvo, y se siente el alma llevada á pasados siglos para vivir con los que vivieron y gozar y sufrir con ellos.

Con la imaginación penetramos entonces en los salones del castellano dueño de vidas y haciendas, vemos á la hermosa y altiva dama cortejada de gallardos donceles, y sorprendemos la mirada inquieta del celoso marido, el cuchicheo de los amantes y la murmuración de los indiscretos, y á la dueña atisbando los pasos de su ama; ora vemos abrirse la ventana por donde asoma la señora de los pensamientos de aquel que la espera abajo embozado en su capa, con la mano pues-

ta en la empuñadura de su espada; ora vemos abrirse una puerta y penetrar por ella el ladrón de honras; ora oímos choque de aceros, horribles imprecaciones y ayes de muerte; ora nos hallamos en la iglesia de un convento donde á los pies de un fraile, dama cubierta con espeso velo, confiesa sus faltas é invoca el perdón; ora contemplando el Inquisidor que arranca con tormento horrible la confesión de supuestos delitos: ya, en fin, escuchamos la fúnebre salmodia que acompaña los votos de la que busca en el silencio y las asperezas del claustro la paz y la felicidad que en los placeres del mundo no pudo encontrar..... Ricardo Palma, con sus TRADICIONES que le inmortalizaron, ha hecho un gran servicio á la historia y á la literatura.

Las tradiciones relativas á nuestra raza indígena, algunas de las cuales registra el libro de Imendia; ¿tendrán el mismo interés que aquellas? Es claro que no. Casi no hay fuentes de donde sacarlas, pues hasta el idioma en que podrían haberse trasmitido, apenas si existé. Pero por lo mismo, es altamente meritorio el trabajo de buscarlas, de reconstruirlas con los aislados é imperfectos recuerdos que se han trasmitido á los últimos representantes de aquellos aborígenes. Y es innegable la importancia poética de esas tradiciones, que nos representan al guerrero indio con su hermoso penacho de plumas, gallardo, altivo, enamorado

con ese amor salvaje que no reconoce obstáculos y que en su paroxismo llega hasta el sacrificio ó el crimen; á la bella y candorosa india, de formas mórbidas, medio vestida con su pintoresca manta, ornada la cabeza con las flores del bosque, mirándose en las aguas de tranquilo arroyo, mientras que su pensamiento vuela á donde está el prometido de sus amores. No nos lleva ya la imaginación á la lujosa morada del hombre civilizado, donde vive la concupiscencia en consorcio con los demás vicios, sino á la mal abrigada casa pajiza, donde se halla una inocente familia entregada á las faenas diarias de la vida; al río, á la fronda, donde el susurrar de las aguas, el rumor del céfiro y el canto de las aves acompañan las declaraciones del amor.

Nos sentimos entonces transportados á la antigua montaña cuyo seno no ha desgarrado aún el hacha del leñador, y oímos los infinitos ruidos de un mundo alado, el eco del torrente que se despeña y el viento que vibra en el ramaje; y aspiramos aire lleno del indefnible perfume de las flores del campo, y sentimos que se ensanchan y fortalecen nuestros pulmones y que renace nuestra existencia.... Hemos penetrado en el hogar de la naturaleza, y ella nos ha vivificado con su aliento.

San Salvador, 2 de Setie. de 1899.

Modesto Barrios-

Ven á ver tu legado: mustias flores
Que no tuvieron bienhechor rocío;
Frentes que marchitaron los dolores;
Almas que luchan con perenne hastío.

Vínculos que rompieron los horrores,
Que, al faltar el amor, infunde el frío;
Odio y venganzas, místicos temores
Ante un cercano porvenir sombrío.

Eso habrás de encontrar, ésa es la herencia
Del año que se hundió en la niebla oscura,
Sin arrancar lamentos por su ausencia.

Sé bien venido! Esa obra de amargura
Destruyela por siempre con tu influencia,
Y haz la fe renacer con la ventura!



EL DON MAS VALIOSO

A MIS HIJOS

I

ERAN pobres, pero vivían contentos. El buen hombre trabajaba sin descanso para que su mujer no pasara necesidades.

Y ella, satisfecha de su marido, no paraba un momento sino cuando todo estaba arreglado y dispuesto en obsequio del compañero de su vida.

Los dos se amaban de una manera franca y profunda.

Como se ama la gente de buenos sentimientos, la gente sencilla que piensa en Dios.

II

La alegría del modesto hogar vino á alterarla un triste pensamiento.

El niño, el único hijo de aquel matri-

monio, había llegado á la edad en que se adivina el mañana. y el niño demostraba mal fondo, y era cruel con los pajaritos, y se burlaba de los consejos de sus padres.

Los dos lloraban en silencio al pensar en el porvenir de la criatura, y hasta se atrevió un día la madre á decir esto:

“Menos padecería viéndolo muerto que llegando á ver más tarde en él un hombre malvado.

III

El padre, como de costumbre, se fué unamañana al campo á traer la leña para el hogar.

Llegó allá muy triste, y hasta se sentía sin fuerzas para el trabajo.

Al fin levantó el hacha, y, al derribar de un solo tajo un árbol del bosque, surgió del tronco una figura de mujer, que sonrió al pobre labrador de manera bondadosa.

Era una hada diminuta.

—Vé, le dijo, trae á tu mujer, que tengo algo precioso que concederos. Yo soy Imelda, la hada de los niños pobres.

Y el campesino obedeció.

A poco llegaron juntos.

Y la hada habló así:

—Ya sé lo que os inquieta, y como sois buenos, quiero dispensaros mi protección: vuestro hijo será feliz.

—Bendita seas, exclamó la mujer, tú que me harás el inmenso beneficio de que mi hijo sea dichoso, y tenga riquezas, y

tenga poder, y su nombre sea respetado y apreciado de točos.

—Eres ambiciosa, y por esto nada debería darte; pero te perdono porque eres madre, y las madres quisieran que sus hijos fueran como dioses, ó que fueran reyes, lo menos.

Tu hijo será más que rey.

—¿Y cómo será eso de que sea más que rey?

Dijo la mujer.

Y contestó la hada.

—Lo será; pero no tendrá riquezas, ni poder, ni su nombre será apreciado de todos.

—¿Y será posible que siendo mi hijo más que un rey, no tenga poder, ni riquezas, ni sea su nombre apreciado en el mundo?

—Aun falta, añadió la hada, tu hijo vivirá despreciado, será víctima de calumnias infames, padecerá hambre, se vestirá miserablemente, nadie se acordará de él, y cuando muera, lo enterrarán en humilde tumba ó servirá de pasto á los animales del bosque.

—¡Oh, hada Imelda, te burlas de mí!— exclamó la mujer sollozando. ¿Cómo podría ser feliz mi hijo en medio de tanta desgracia?

—Lo será, mujer desconfiada, dijo la hada con calma: yo concederé á tu hijo el dón más valioso que puede adornar al mortal, dón superior al poder, á las riquezas, á la fama.

Tu hijo será esto: *un hombre honrado.*

IV

Y desapareció la hada Imelda.

Y los padres regresaron á la choza contentos y tranquilos con aquella promesa para el porvenir.

El niño fué un hombre honrado.

Este cuento, hijos míos, lo he escrito para vosotros: procurad conservarlo siempre en la memoria.

Yo pido á Dios—porque mucho os quiero—que os conceda siempre lo que la hada concedió al hijo de los pobres campesinos.

Que seáis honrados!



MIS TRES HIJAS

Blanca es humilde, tímida y modesta,
Y ya se mira que será hacendosa.
Pues siempre con placer ella se presta
Para hacer, á su modo, cualquier cosa.
A sus hermanas siempre está reunida
Y se les muestra amable y complaciente:
Apesar de la edad, ella las cuida,
Y nunca es á su llanto indiferente.
Quiere ir á la escuela, y ya se fija
En todos mis consejos cuidadosa:
Llegará á ser mi Blanca buena hija,
Y sería, sin duda, buena esposa!

Mercedes, la robusta morenita,
Es una picarona muy traviesa:
Salta, destroza, se pelea, grita,
Y hasta dormida su inquietud no cesa.
Pero buen corazón ella si prueba,
Pues siempre á sus hermanas, con agrado,
De fruta ó dulces una parte lleva,
Cuando fuera de casa algo le han dado.
Al sorprenderme alguna vez sombrío,
Se acerca á mí, y con filial terneza,
Me dice interesada: papá mío,
Qué tienes? qué te duele la cabeza?
Y entre tiernas caricias, el remedio
Me ofrece con afán esta criatura,
Sin comprender que de mi amargo tedio.
Ella es el remedio que lo cura.

Imelda es la menor, no tiene un año,
Y tanto es lo que me ama la pequeña,
Que de lejos, al verme, sin engaño,
Sus bracitos extiéndeme risueña.
Después de cada beso, como en pago,
Papá me dice, con tan dulce acento,
Que besándola sigo, pues su halago
Borra mis penas y feliz me siento.
Es muy blanca, gordita, negros ojos,
Pelo fino y castaño, algo quebrado:
La boca es diminuta, labios rojos,
Como la flor abierta del granado.
El conjunto que forma su semblante
Miré, hace poco, con tenaz fijeza,
Y se oprimió mi corazón amante:
Ella heredó, sin duda, mi tristeza!
Pues en su rostro hay tal melancolío,
A pesar de su edad, que me hago cargo
De que Imelda tomó del alma mía
Lo que hay en ella de fatal y amargo.

Ah! pobres hijas mías, Dios proteja
Vuestra triste existencia delicada;
Que no exhaléis jamás ninguna queja,
Que ponga en llanto vuestra faz bañada!
No ambiciono riquezas ni placeres
Que dulcifiquen el combate rudo
Que pronto libraréis: vuestros deberes
Cumplid teniendo á la virtud de escudo.
Así os quiero mirar, siempre virtuosas,
Aunque os falten del mundo los destellos:
Por el perfume valen más las rosas,
Que por la forma y sus colores bellos!



UN PADRE CULPABLE

JULIA era la única hija de los felices esposos don Ramón de la Guardia y doña Celestina Perales, quienes, por disfrutar de un capital inmenso y por las circunstancias antedichas, prodigaban á aquella interminables mimos, satisfaciendo, por su puesto, cuantos caprichos se le venían á las mientes.

La niña, que por naturaleza era discolora, formaba en la casa constantes barullos, sin que esto fuera motivo para que don Ramón se impacientara jamás. Pero doña Celestina, alguna que otra vez solía apartarse de tales contemplaciones, haciendo ver á su marido que la indiferencia con respecto á la educación de aquella, podía más tarde acarrearle disgustos de consideración.

Tú eres una madre inhumana, tú no amas á la chica, le respondía, pues quieres tiranizarla hasta el grado de no permitirle esos pequeños placeres que se procura.

Esto lo repetía cada vez que doña Celestina le hacía alguna observación, y ella, conociéndolo muy bien, y deseando conservar siempre la paz en el hogar, tomaba la determinación de no decir otra palabra, apesar de sus razonables propósitos.

El ruido de las mesas, que eran volcadas á cada momento, los gritos de los sirvientes, los de los perros y gatos, todo esto era producido por las travesuras de Julia, que no tenía sosiego en ninguna hora del día. Y pobre del que se quejara de ella, porque era despedido de la casa, aún de recibir una reprimenda de padre y muy señor mío!

De consiguiente, con estos manejos, la niña se fué criando altiva y caprichosa, teniendo que sufrir sus padres los resultados de aquella educación.

Llegó á cumplir los quince años, y por su hermosura verdaderamente extraordinaria, despertaba la envidia de de todas las jóvenes de ese tiempo, pues, sin exageración ninguna, las superaba notablemente.

Pero esa edad la sorprendió en un estado harto lamentable: ningún sentimiento bueno se albergaba en su pecho, y, por consiguiente, el respeto á sus padres y á la sociedad no tenía toda la fuerza suficiente para acarrear las simpatías generales. En cuanto á instrucción, apenas tenía pequeñas nociones de muy contados ramos, pues, debido á su ca-

rácter, cambió con frecuencia de colegios, unas veces porque á las directoras le había sido imposible seguir tolerando sus faltas y se veían precisadas á despedirla de los establecimientos, y otras porque, al menor castigo, don Ramón se convertía en una furia, retirando á su hija, no sin prorrumpir antes en descomedidos denuestos contra las pobres profesoras.

Julia, pues, tenía muy buenas cualidades físicas, pero, por desgracia, ni una tan sola moral, lo que constituía un grave mal, que más tarde debería presentársele con todas sus monstruosidades.

Y en verdad ¿de qué sirve esa belleza pasajera de las formas cuando el corazón no posee el fondo de sentimientos que tanto seduce y que hace de la mujer un ángel á cuyo rededor todo se espiritaliza y tiene vida?

De una mujer es preferible oír decir: es fea, pero tiene una alma bellísima, que lo contrario: es hermosa, pero son malos sus sentimientos.

Pero sigamos nuestra historia.

La fiesta de cumple-años fué rumbosa, y don Ramón se propuso en ese día echar la casa por la ventana.

Allí hizo Julia su gran entrada en el mundo, y procuró poner en juego todos los recursos de su coquetería, á fin de hacer algunas conquistas que metieran ruido en la población.

Y así fué en efecto: su hermosura deslumbró á los concurrentes, y seis mancebos incautos la asediaron, agregando á las atenciones de siempre, platónicas declaraciones de amor. Ella correspondió á todos con igual deferencia, y esto, agregado á su frivolidad y á sus maneras poco corteses, decepcionó á los jóvenes, obligándolos á desistir de sus propósitos.

Uno solo, superficial como ella, quedó firme en su puesto, y bastó una hora de comunicación, para que entre ambos reinara una confianza casi ilimitada.

Las riquezas son humo, dijo alguien con razón no desmentida, y esto lo vemos confirmado en la de don Ramón, cuyos negocios le preocupaban más cada día.

De aquí resultó que ya no pudo dar á su hija el lujo á que la había acostumbrado en mejores tiempos: de aquí resultó que él se arrepintiese, por cierto tarde, del modo como crió á Julia: de aquí resultó una constante discusión entre padre é hija, que venía á causar á aquél enfermedades y malestar moral continuos.

Por último, la pobreza se presentó en aquella casa, y como Julia no sabía hacer labor ninguna, el infeliz comerciante tuvo que pasar á servir de dependiente al almacén de un vecino suyo, teniendo que sostener á su familia con el miserable sueldo que allí ganaba.

A consecuencia de esto, la vida de Julia era un infierno, pues se abochornaba, según ella decía, de que su novio la viera con trajes que sólo sentarían bien á una cocinera de ínfima clase.

Estas eran sus palabras; y si atendemos á la educación que había recibido y al fausto de pasados venturosos días, que acaso no volvería á ver más, no podremos menos de confesar que le asistía una razón muy poderosa.

Su desesperación, pues, llegó al colmo, y cierta ocasión en que sostenía con su padre un ruidoso altercado, concluyó con estas expresiones:

—Me canso ya de padecer, y necesario es poner fin á esta existencia insoportable.

Le advierto, pues, que no eche más tarde de menos la falta de su desgraciada hija.

El viejo suspiró dolorosamente llevándose las manos á la cabeza para mesarse los cabellos, dirigiendo antes una lastimosa mirada á la que en aquellos momentos representaba el castigo que don Ramón merecía por su conducta anterior.

Y así sucedió en efecto: Julia abandonó el hogar paterno seducida por aquel joven que la conoció feliz cuando cumplió sus quince años, mientras que, por otra parte, el padre culpable era detenido en una prisión, por no pagar las deudas que había contraído con el objeto de satisfacer los caprichos de su hija.

A CUBA

Un paso más, y el triunfo será un hecho
Un paso más, y quedará en la historia,
De tu vida de esclava, la memoria,
Al pasar á la vida del derecho.

No se acobarde el valeroso pecho
De quienes pronto alcanzarán victoria;
La lucha es grande, santa y meritoria.
Y nada importará caer deshecho!

Un paso más! La Libertad lo pide,
Lo espera así el hispano continente,
Lo espera el Dios que del honor decide.

Un paso más, para que el siglo veinte,
Que al siglo diecinueve ya despide,
Te halle soberana, independiente!



ÑA REPU

Tradición Salvadoreña

UNOS le decían *ña* Repu, otros tía Repu. Es lo cierto que, aunque no todos le tenían verdadero cariño, probado está que no todos trataban de demostrarle buena voluntad, pues no había uno solo del pueblo que dejara de pasar á ver á nuestra heroína para endilgarle unos cuantos chicoleos capaces de hacer sonreír de satisfacción á la misma Verónica.

También es cierto que quienes se acercaban á *ña* Repu lo hacían por interés.

Porque han de estar ustedes que esta mujer tenía en su casa un cebo de poderosa atracción: vendía chicha, y también la obsequiaba á amigos y á enemigos cuando éstos no tenían el medio para comprarla.

Cuentan las crónicas que *ña* Repu fué en sus mocedades una chica nada despre-

ciable : que fué mimada y solicitada por gente de alta alcurnia, y que por ella se realizaron proezas caballerescas, de esas que ya no se estilan en nuestros tiempos.

Y eso que entonces el único interés que podía seducir á los enamorados no era otro que el de la belleza física y moral de la muchacha : que en cuanto á fortuna pecuniaria, era tan pobre como aquella otra mujer, que malas lenguas dicen que se comió á su hijo.

Después fueron tantas las seducciones tan repetidas las trampas, y tal el número y variedad de ofertas, que la pobre Repu dió un mal paso, y de ahí para acá, su vida fué una serie continuada de aventuras, que ofreció material bastante para vergonzosos comentarios, ya en corrillos de vecindad, ya en los dos ó tres papeles que se publicaban en el pueblo por aquellos días.

Natural era que, con tal clase de vida, los encantos de Repu fueran marchitándose al galope; y así fué como, antes de tiempo, se vió convertida en una vieja, no sin conservar, uno que otro rastro de sus pasados atractivos.

Al verla tan ajada por la impía mano del tiempo, los mozos del pueblo le agregaron este tratamiento : *ña*, término despreciativo que, entre nosotros, equivale á *señora*, como que aquél puede entenderse como una contracción de este último nombre.

Y ella, al verse tan desmejorada, y ya

sin los obsequios de mejores días, se dejó llamar *ña*, y se dedicó á la vil pero lucrativa ocupación de fabricar chicha, á fin de continuar la vida alegre á que estaba acostumbrada, y á fin de tener siempre recursos para no morir de hambre.

Por supuesto que, entre sus allegados, había unos más constantes que otros, como que eran los más aficionados á la americana bebida.

Estos eran cuatro, y de tal manera cercaban á la popular *ña* Repu, que, según ella contaba, no la dejaban sola un momento, ni de día ni de noche.

Ella les estaba agradecida, y con justa razón, pues ellos, para no caer de la estimación de su favorecedora, le ayudaban á vender el líquido espirituoso y la aconsejaban en cuantos asuntos se presentaban referentes al negocio.

Cuenta la tradición que, como cierto día se tratara de mejorar la chicha para ver si aumentaba la venta y se triunfaba de la competencia que en pueblos vecinos se hacía á esta sabrosa confección, el más influyente de los consejeros, dijo :

—Yo creo que mezclándole marañones, la calidad tendrá por fuerza que subir á gran altura.

Y se le mezclaron marañones á la chicha; pero el sabor fué el mismo, y la alteración resultaba muy cara.

Probemos echándole pimienta molida— dijo el otro.

Y no dió resultado halagador.

(En esto los bebedores fueron llegando de dos en dos y de tres en tres.)

—Me parece que el chile sí pondría inmejorable la chicha—agregó el tercero.

Y nadie pudo dar dos tragos.

—Ya está!—exclamó el cuarto, dándole una palmada en la frente y sonriendo con satisfacción:—exprimámosle á la botija unos seis limones, y el líquido saldrá fuerte, sabroso y comfortable, superior mil veces al que vende la mujer de ño Santos.

—Magnífica ocurrencia!—gritaron todos.

Y ña Repu voló al patio de la casa á cortar los limones.

Hecha la confección, se le pasó una *gnacaluda* al señor Antonio (a) *Patriota* como le llamaban todos.

Y este viejo catador se echó tres tragos, hizo un gesto endemoniado, paladeó contra su voluntad, y arrojando el *gnacal* sobre los concurrentes, exclamó con aire amenazante:

—*Esto no es chicha ni limonada.*

Y hé aquí el origen de esta expresión tan repetida en nuestro país.

Y si quieres hacer aplicaciones, Ten cuidado, lector, con..... los limones.

1896.

ODIO

Yo detesto á los d sptas que oprimen
Al pueblo incauto que les dió la cumbre
Y que sobre la ley alzan el crimen
Y sobre la virtud la podredumbre.

Yo detesto al servil que ante el tirano
Se arrastra por un mísero mendrugo,
Y es capaz de servir, contra su hermano,
De delator, de juez y de verdugo.

Detesto al ambicioso sin conciencia,
Que mira su fortuna floreciente
A fuerza de explotar   la indigencia
Y de ser ante el llanto indiferente.

Detesto al que, valiéndose del nombre
De un Dios, que es todo amor, todo bondades,
Pretende herir la dignidad del hombre
Inspir ndole el mal con falsedades.

Odio la tiranía: sea grande
O carezca de séquito y de trono;
Ya la ejerza el que sirve   el que mande,
Contra ella siempre he de sentir encono.

Detesto   aquél que llega sin motivo
A despreciar afectos y favores

Y se presenta indiferente, altivo
A quienes él llamó sus protectores.

Detesto á quien, á cambio de servicios,
Quiere ejercer dominadora influencia,
Y exige humillaciones, sacrificios,
Amargando con esto una existencia.

Detesto al extranjero que á mi tierra
Llegó con hambre y sin labor ninguna
Y que después nos hace ingrata guerra
Al mirarse encumbrado y con fortuna.

Odio al maestro corruptor y falso,
Que al manchar ministerio tan bendito,
Forma á la juventud para el cadalso,
Hombres da á la taberna y al garito.

Odio al farsante que se llama amigo
Y que tras explotar, al fin repleto.
Se arranca la careta y es testigo
Que todo lo publica, hasta el secreto.

Odio al que miente y en su afán se goza
Hiriendo á la inocencia con agravios,
Que salen como baba ponzoñosa
De sus horribles, pestilentes labios.

Abomino al que encubre criminales
Y se presta cual mísero instrumento,
Gozándose el perverso con los males
Que acarrea su falso juramento.

Detesto al que la paz de los hogares
Turba con dolo ó cínica exigencia,
Convirtiendo los blancos azahares
En flores negras de letal esencia.

Detesto al escritor que se presenta
Ofreciendo su pluma sin decoro
Y que su fama la coloca en venta,
Poniendo su talento á precio de oro.

Odio las villanías y ruindades
Que mancharlo en el mundo quieren todo,
Y que son, en las limpias sociedades,
Lo mismo que es en el jardín el lodo.

A veces compasión cólera á veces
Por los pobres de espíritu yo siento ;
Por esos torpes que la envidia en jueces
Convierte de las obras el talento ;

Por esos tristes críticos estultos,
Que no sabiendo ni leer acaso,
A falta de razón, lanzan insultos,
Careciendo de jugo, dan bagazo :

Por esos mentecatos pretensiosos,
A quienes la fortuna ó el empleo
Los convierte en ridículos colosos,
Que al desdichado ven como pigmeo ;

Por tanto abyecto que en el mando sobra,
Y que llegan los viles hasta el grado
De aplaudir entusiastas cuanto es obra
Del rico imbécil ó del mal empleado.

Por esos pobres diablos que se avienen
A cubrir honras por tener dinero
Y que en contra del limpio se mantienen,
Afectando el valer del caballero.

Detesto las humanas pequeñeces
Que de algún modo ejercen poderío,

Misérias que demuestran estrecheces
De un cerebro de fósforo vacío.

Para esta gente mísera ó canalla
No son jamás, á su ambición rastrera,
El honor y el deber ninguna valla,
Ni el reproche del bueno una barrera.

Ah! si pudiera convertir mis versos
En cuchillas agudas ó candentes,
Marcaría á los ruines y perversos
Con signos imborrables en sus frentes:

O si mi odio como aceite fuera,
Fácil á producir conflagraciones,
Formaría con él enorme hoguera,
En que arderían necios y traidores.

Y aunque me ultrajen como ya lo han hecho,
Porque nunca á los viles me abandono,
La verdad y el deber son mi derecho,
Y devuélvanme encono por encono!

Que cuantos tengan mi labor por loca
Y contesten con burla ó maldiciones,
De pie me encontrarán sobre la roca
Formada por mis rectas convicciones.



POBRE PAJARITO . . . !

LA tarde inspiraba melancolía.

Nubes grises ocultaban el azul purísimo del cielo, y el relámpago serpenba en el horizonte, presagiando la tempestad.

Aquella tristeza estaba en consonancia con el estado de mi alma.

Me hallaba solo, y, aunque abatido, puedo decir que experimentaba complacencia; porque yo amo la soledad y el silencio del campo.

* * *

Antes de que las sombras comenzaran á envolver las copas de los árboles, abandoné el lugar de mis meditaciones, caminando lentamente con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Pero el melancólico canto de un pajarito me obligó á detener mis pasos, y pensé: acaso esta avecilla lleva, como yo, prendida en su blando pecho la espina del dolor.

Cuando el pajarito notó mi presencia,
 iba á desplegar sus negras alas para de-
 jar la rama del ciprés en que estaba
 suspendido, y que columpiaba suave-
 mente la húmeda brisa de la tarde.

Mas de pronto se detuvo, sin duda
 porque comprendió que yo no intentaba
 causarle ningún daño.

Y siguió cantando.

Entonces yo le dije:

Pajarito, tu cantar
 Es dulce, pero muy triste:
 ¿Lloras amargo pesar?
 Alguna dicha perdiste,
 Que crees de nuevo no hallar?

Las rítmicas modulaciones del ave de-
 jaron de oírse, y lo miré atento escuchar
 mis frases amigables.

Y después proseguí:

¿Acaso de tu ilusión
 Se burló tu compañera,
 Pagando tu adoración
 Con esa pena tan fiera
 Que te oprime el corazón?

Entonces el pajarito, en gorjeos sua-
 ves y misteriosos, me respondió:

Otra es la pena que me oprime el pecho,
 Es otro mi dolor:

Yo amo sin esperanza de que un día
 Llegue á ser compensada mi pasión.

Aquellas palabras arrancaron dos lá-
 grimas á mis ojos, sintiendo, al mismo
 tiempo, el cariño más profundo por aquel
 sér desgraciado.

—¿Y qué, le dije han sido recibidas con desaire tus demostraciones de afecto?

—Jamás las he hecho tan expresivas, exclamó, que en ellas pudiera traslucirse la pasión intensa que ha arrebatado la felicidad de que gocé.

—No comprendo tu amor, pajarito.

—Mi amor es un imposible,
Es un sueño irrealizable,
Es una dicha intangible,
Que hace el morir envidiable.

—¿Y quién es la que así ha podido dominar con tal fuerza tu corazón?

—Ah! Atiende; voy á referirte lo que me pasa.

Mi primer amor, que fué puro como la brisa perfumada que orea tu frente, recibió por recompensa la ingratitude más cruel. Mucho padecí; pero el tiempo se encargó de borrar lo que parecía impecedero, y me sentí tranquilo. Desde entonces juzgué iguales á todos esos seres que tanta influencia ejercen en las almas sensibles; pues

Al darme en pago de mi amor, falsía,
Con la duda mi pecho envenenaron.

En este error pasé algún tiempo, hasta que un día cruzó ante mis ojos una ave de vistoso plumaje y de delicado cuerpo, y lo que es mejor, sensible y tierna como sólo en sueños la había contemplado.

El amor, que dormía en el fondo de mi alma, se despertó súbitamente bajo la dulce influencia de aquel sér espiritual.

Pero ¡oh dolor supremo! aquella ave encantadora no podía ser mi compañera: otro había conquistado ya su corazón, y ella lo amaba, lo amaba, sí,

Con ese afecto puro, indefinible
Con que se aman los ángeles de Dios.

Calló el pajarito por un momento, y luego, saltando á una rama vecina á la que ocupaba, agregó:

—Dirige la vista hacia aquel limonero, y podrás contemplar á los felices enamorados,

Gozando ambos de dicha
Y de envidiable calma,
Así los dos unidos
Por el amor del alma;
Ventura que á mí el cielo
Ingrato me negó!

—¡Pobre pajarito, exclamé, cuántos pudieran contar una historia como la tuya! ¡Cuántos padecerán lo que tú padeces!

Y por ver si alentaba á aquella infelizavecilla, le dije:

—Pero tú acaso pudieras conseguir que ella fijara en tí sus ojos..... ¿Por qué no le declaras lo que por ella sientes? Inténtalo, pajarito, y así talvez se cambien en felicidad tus amarguras.

—Jamás, jamás, respondió; eso sería un proceder indigno de mis sentimientos: ella pertenece á un sér feliz, y mi deber me manda respetar aquel lazo que Dios ha bendecido. Que no sepa

nunca lo que yo la amo, y aunque viva muriendo, y aunque la fatalidad se empeñe en seguir haciéndome su víctima. Que sea muy feliz: yo acaso llegue á gozar viendo que ella goza.....

—Pajarito, exclamé entre sollozos, yo también como tú.....

Y el ave me interrumpió, diciendo:

—Adiós, adiós..... No volveremos á vernos más.

Y emprendió su vuelo, perdiéndose tras las colinas.

Tan pronto como lo ví desaparecer, incliné mi cabeza sobre el pecho, y quedé inmóvil en aquel sitio, en ese estado en que los pensamientos huyen de la mente, dejándonos sumidos en un mar de ideas confusas é incoherentes.

No sé cuanto tiempo permanecí de este modo.

La luna vino á sorprender mi abatimiento.

Y proseguí mi camino.

La próxima tempestad se había cambiado en calma bonancible.

Sólo mi corazón seguía siendo lo mismo.

Sólo la tempestad de mi pecho seguía rugiendo con espantoso furor.

1890.

EL CÓDIGO DE UN PADRE

A MI HIJO CARLOS FRANCISCO

¡Bien venido al hogar! Al fin triunfante
Se encuentra mi alma, que, con fe, amoros ,
Por tanto tiempo te esperó anhelante:
Que en tí he pensado desde el dulce instante
En que tu madre se llamó mi esposa!

¡Bien venido al hogar! Hoy sí ya siento
Que mi anhelo de padre tuvo tasa,
Legítimos mi orgullo y mi contento,
Pues tú eres el ansiado complemento
De mi honor, de mi nombre y de mi casa!

¡Cómo amarga el placer de tu venida
El pensar en la suerte despiadada!
Que, por eterna ley, en esta vida,
Es con llanto la cuna humedecida
Y la tumba con lágrimas regada!

¡Qué no daría porque no sufieras,
Cual he sufrido yo, pena sombría,

Porque del mal tú víctima no fueras!
Mi ambición y mis glorias pasajeras,
Parte de mi existencia yo daría!

Tienes que padecer, es tu destino!
Yo que ya soy cansado peregrino,
Conozco el mundo, y, como padre, quiero
Que encuentres el trabajo llevadero,
De la vida en el áspero camino.

Yo pido á Dios te guíe y te proteja,
Y tú pedirle debes esto mismo,
Y si el dolor de tí nunca se aleja,
Contra Dios no pronuncies una queja,
Que quien no fía en él, busca un abismo.

La patria es madre: quiérela, procura
Para ella el bien; que al padecer, de fijo
Que para tí tampoco habrá ventura,
Y tendrás en tu pecho la amargura
Que en desgraciado hogar tiene el buen hijo

Amor, y gratitud, y obediencia
Les debes á tus padres, desde luego
Que á Dios y á ellos debes la existencia:
Si llegas á esquivar su santa influencia,
No oirá el Señor, en la ansiedad, tu ruego.

Y con tus padres, ama y considera
A los que estén á tu familia unidos:
Al anciano se acata y se venera,
Y á la mujer, del hombre compañera,
Protección y respeto son debidos.

Mira tu honor como el primer tesoro
Que el Creador á los hombres haya dado:
Si hay en tu dignidad algún desdoro,

No tendrás nunca, por talento ni oro,
El título mejor: el de *hombre honrado*.

Lucha por sostenerlo, y si mentida
La adversidad el corazón te hiere,
No te acobarjes: si preciso fuere
Por sostener tu honor, perder la vida,
Muere, hijo mío, pero honrado muere.

Mas tus actos medita, reflexiona:
Que el éxito mejor al fin corona
Cuanto tiene por norma la prudencia,
Y se consigue más con la paciencia.
Que con lo que subleva y lo que educa.

Eres mortal, y has de tener pasiones:
Domínalas, y menos decepciones,
De este mundo tendrás en la batalla.
Todo extremo es fatal: á tus acciones
Oponer debes la moral por valla.

El vicio es seductor, témele, huye
Del contacto fatal que ejerce el vicio,
Pues con su influencia todo se destruye,
Y sin honor y sin salud, concluye
El hombre por rodar á un precipicio.

Respetá á la Justicia: reverente
Has de inclinar ante la Ley tu frente,
Como ante todo objeto soberano,
Y tendrás el aprecio de la gente
Como cumplido y recto ciudadano.

Por más que te engrandezcas y que brilles,
Procura no tener que envanecerte,
Para que así tu nombre no mancilles:
Sé humilde siempre, pero no te humilles
Cuando alguien sin razón, l'egue á ofenderte.

Haz siempre bien hasta al que no te pida,
Pero jamás de tu fortuna en mengua,
Y por tu parte, sin descanso cuida
Del bien que te hagan: gente agradecida
Jamás para ofender tiene la lengua.

El trabajo es bendito: con firmeza
Principia tu labor, y la esperanza
Provechosa te hará cualquier empresa:
Que es el trabajo fuente de riqueza,
Y la riqueza fuente de bonanza.

Trabaja, pues, y con buen juicio emplea
El producto cabal de tu tarea:
Que, quien, al trabajar, no economiza,
Vencido será siempre en la pelea,
Y será la desgracia su divisa.

Estudia mucho, que el estudio forma
Secundaria y muy útil experiencia,
Y al hombre en hombre su error trasforma:
De sabio no tendrás la inteligencia,
Pero los sabios han de ser tu norma.

Pardona las humanas pequeñeces,
Que Dios hizo á los hombres imperfectos;
No mientas, que mintiendo, te envileces;
No envidies, que envidiando, desmereces:
Escollos del honor son los defectos!

Serás de tus hermanas centinela
Que su buen nombre y que su dicha vela,
Y que por ellas méritos acopia:
Que quien por la honra de los suyos vela,
Vela asimismo por la suya propia.

Ahí tienes mi código: presentes
Debes tener sus útiles conceptos,

En tanto de este mundo no te ausentes:
Que bien has de vivir si no consientes
En borrar de tu alma mis preceptos.

Sea el cumplirlos tu mayor anhelo:
Dales en tu alma preferente asilo:
Y en tu paso fugaz por este suelo,
Has de tener la bendición del Cielo,
Y yo en la tumba dormiré tranquilo.



UNA SERENATA

—LAS once acaba de gritar el sereno, y es necesario ponernos en marcha para sitiar la casa en donde mora el ángel de mis ilusiones. Cuidado con los olvidos, maestro Hilario, porque si se deja de tocar una tan sola pieza de las que con tan buen éxito se han repasado, no responderé si, en un raptó de cólera, llego á pulverizar las flautas y violines. ¡Ea muchachos, mucho cuidado, mucho ojo, que una botella de buen coñac prometo á todo aquél que ejecute con la perfección de un artista del Conservatorio de París.

Esto dijo un joven petulante que, en compañía de un amigo suyo, se disponía á llevar la música á casa de su novia, para hacerla gozar cuando despertara escuchando los acordes de sentimentales sinfonías.

La luna iluminaba de lleno las calles de la población, y el silencio que reinaba por todas partes, era sólo interrumpido por las pisadas de estos nocturnos paseantes.

—Ya era tiempo, chiquillo; prosiguió nuestro enamorado, dirigiéndose á su amigo y tomándolo del brazo, mientras

iban de camino. Dos años y medio de estar pretendiendo á Lola, é igual tiempo de estar en lucha continua con el testarudo de su padre, que me profesa un odio profundo y que ha jurado *alcanforarme*, sin fijarse en que soy un muchacho excelente, más bueno que el pan y sobre todo esto, con unos cuantos maravedises. ¿No es verdad todo esto, amabilísimo Paco?

—Tienes razón, Antonio, contestó el otro, distraído: pero la chica es menor de edad, y aunque te ame tanto, como tú dices, mientras su padre se oponga, tus esfuerzos serán vanos, y perderás en balde el tiempo.

—¡Maldito viejo! Por su causa he pasado suplicios más horribles que los de Tántalo; pero caro me las pagará, porque estoy dispuesto á darle una de padre y muy señor mío, si no me otorga la mano de su hija. ¡Pobre Lola!

Ella me ama con delirio, y cuando piensa en la imposibilidad de vernos, me escribe unas cartas difíciles de leer, pues las letras vienen borradas por las lágrimas cristalinas de sus indefinibles ojos. Pero á qué recordar cosas que oprimen el corazón, cuando esta noche tendré la incomparable, la espiritual felicidad de estar cerca de ese ángel, de aspirar su aliento perfumado, de estrechar sus manos diminutas, y acaso ¡cielo santo! de estampar en su frente el primer ósculo de mi ferviente amor.

Hasta que al fin, Paco, veré realizados mis innumerables ensueños de venturanza: hasta que al fin decidiré de mi suerte, que no hay duda será favorable en alto grado, puesto que ella me adora y no es posible que me niegue cuanto yo le exija. Pero estoy charlando demasiado, nos aproximamos á la casa y aun no te he dado mis órdenes.

—Puedes comenzar, que estoy dispuesto á cumplirlas estrictamente.

—Lola tiene que salir al balcón, según me lo ha ofrecido, y en cuanto se oiga el ruido de la ventana, en el acto te largas con los músicos á darle serenata á tu novia, aquella del esbelto cuerpo, y me dejas solo para disfrutar así de los encantos de mi querubín, sin más testigos que ese inmenso fanal que gira sobre nuestras cabezas y la callada soledad de estos recintos.

En esto llegaron frente á la casa que encerraba á la mujer que habra logrado captivar el corazón de aquel calavera.

Los preludios se dejaron oír, y un melodioso vals, ejecutado con buen gusto, fué el mensajero que, salvando puertas y paredes, llegó á anunciarle á Lola que había llegado la hora de verse frente á frente de su adorador.

Aun no se habían extinguido las últimas notas de la segunda pieza, cuando se abrió el ventanillo de la parte superior de una de las ventanas, aparecien-

do una mano blanca y palida, que agitaba un pañuelo con lentitud.

Según lo convenido, Paco se fué con la música á otra parte, y el desesperado Antonio, en el colmo de la felicidad, y casi fuera de sí, subió al balcón con una rapidez admirable, é introdujo su brazo por entre los hierros para tomar la mano que su amada le presentaba.

—Lola, idolatrada Lolita exclamó, hasta cuándo he llegado á encontrarme cerca de tí, cerca del sér que más adoro sobre la tierra; sí, Lola de mi alma, porque tu amor me sostiene y poetiza los tristes días de mi fatídica existencia: porque tus miradas, ya que no tus palabras, me hacen concebir un mundo de dichas por ahora intangibles, y porque sin tí mejor preferiría la muerte; pero esto no sería posible porque tú me amas y no querrás hacerme desgraciado. ¿No es verdad, espiritual Lolita? Por qué no me contestas? La emoción acaso no te lo permite? No sientes cual tiembla mi mano al comprimir la tuya? Pero la posición en que me encuentro es har- to difícil; abre lo ventana toda, querida mía, y así podré decirte todo lo que mi pecho siente por tí.

Al concluir de decir estas palabras, la suave y delicada mano de Lola se tornó áspera y vigorosa, y sujetando por los cabellos al ciego amartelado, lo atrajo contra los hierros, con tal fuerza, que lo dejó imposibilitado para escaparse.

—Truhán, pisaverde, perturbador de la paz doméstica, caro te voy á hacer pagar tu atrevimiento, dijo el padre de la muchacha, que no era otro el que había representado esa farsa.

—Paco, músicos, serenos, Virgen Santísima, gritó el infeliz pretendiente.

—Eso es, imbécil, llama á los serenos para entregarte á ellos.

—No, señor, perdón.

—Qué perdón ni qué niño muerto: ahora voy á cortarte las orejas para que te quede un recuerdo de esta noche.

Al oír decir esto Antonio, que era miedoso en grado superlativo, lanzó un doloroso gemido, y comenzó á hacer verdaderos esfuerzos para libertarse de aquella formidable mano.

La lucha fué desesperada; pero al fin el triunfo estuvo de parte de Antonio, quien dejó en poder del padre de Lola casi la mitad del pelo de la cabeza, que con tanto esmero se había peinado para presentarse elegante á su novia.

Al siguiente día, el padre de Lola contaba á sus amigos la célebre aventura de la noche anterior, mostrándoles, además, los mechones de su presunto yerno, mientras que éste, en su casa, tenía envuelta la cabeza con un ancho pañuelo, pretextando una soberana jaqueca.

OTONAY

LEYENDA INDIANA

1

Huyendo del bravo Olid,
A quien encargó Alvarado
La conquista de las tribus
Que en Honduras se asilaron.
La altiva de los *Mosquitos* ⁽¹⁾
Borró con prudencia el paso
En su marcha á las montañas
Que están vecinas al cabo
Gracias á Dios,—nombre hermoso
Que, en peligro de naufragio,
Le dió Colón, al mirarse
Allí con su gente salvo.
Seguros ya los mosquitos
Contra el agresor hispano,
Allí erigieron sus chozas
Con carrizos de los lagos,

(1) Se les llamó así por su fecundidad en reproducirse.

Y construyeron sus fuertes
Con cal de concha y cascajo.

El bosque les daba frutos
En número extraordinario,
Las fuentes agua abundante,
Peces el río, el oceano,
Y la selva los *pizotes*,⁽²⁾
Su predilecto bocado.

Allí vivían contentos,
Sin el temor del contacto
Peligroso del ibero,
Que les había robado
Otra tierra y otros goces,
En días no muy lejanos.

Era jefe de los moscos
Pequel, cacique gallardo,
El que tiraba mejor
Las saetas en el campo,
El que llevaba el más bello
Y más altivo penacho
De plumas de ala de *guara*⁽³⁾
Y de la ecla del pavo.
Los súbditos de Pequel,
Atraídos por el garbo
Que desplegaba en su porte
Este cacique admirado,
Llegaban hasta besar
De sus pisadas el rastro,
En señal de acatamiento
A este señor soberano.

El mismo sacro *Tornall*,⁽⁴⁾
Cuando dictaba un mandato
Que no agradaba al cacique,

(2) Nombre indígena del *nasua solitaria*.

(3) *Paragayo*.

(4) Consejo de ancianos.

Lo abolía sin reparo,
O por contentar al jefe,
Daba un acuerdo contrario.
 Otonay ⁽⁵⁾, la compañera
De Pequel, era un dechado
De belleza y magestad,
Cual no se vió en cientos de años
En la grey de los mosquitos,
Según decían los sabios
Guardadores de recuerdos
De este pueblo denodado.

 Contaban que al gran Pequel,
Durante un sueño muy grato,
Lo sorprendió la visión
De una mujer que sus manos
Le extendía cariñosa,
Y que oyó que, con agrado,
Le dijo que en la pradera,
Muy cerca del real palacio,
A la mañana siguiente,
Y por paternal mandato,
Lo llamaría su esposo,
Su bien mil veces ansiado:
Que fué Pequel á la cita,
Y que cuando el sol sus rayos
Despedía tras los montes
Que cercan el verde llano,
Otonay, en una nube,
Mezcla de rosa y de blanco,
Se desprendió de la altura,
Y descendiendo despacio,
Llegó al sitio do Pequel
La esperaba deslumbrado.
 Esto afirmaban los indios,

(5) Hija del sol.

Sin llegar nunca á dudarlo:
Por eso á la hermosa reina
Veneraban ellos tanto;
Por eso para ellos era
Un gesto, serio mandato,
Que bastaba á los mosquitos
Para lanzarse á un barranco
O para quitar la vida
Al protector, al hermano.

II

Guatil, valiente mancebo,
Taciturno, decidido
En cuanto arriesgada empresa
Acometía, predijo
Que la muerte de Pequel,
Su encarnizado enemigo,
Dependía de su mano,
Por quererlo así el destino.
Aquél tenía derechos
Seguros, reconocidos
Al gobierno de la tribu
De los nómades mosquitos,
Y tiempo hacía esperaba
El momento más propicio
Para acabar con Pequel
Y dominar á los indios.

Pudo dar con su rival,
Y oculto en seguro sitio,
Mandó algunos camaradas,
Para que, con gran sigilo,
Procurasen atraerse
A los guerreros más listos
Del gremio de su contrario,
Y después, también lo mismo

Hacer con los descontentos
Y con cuanto viejo ó niño
Cambiar quisiera de jefe,
En bien del pueblo mosquito.

Fructuosa fué la tarea :
Que el hombre juzga preciso
Y halagador toço cambio,
Sobre todo en lo político,
Por más que el cambio presente
Algo que sea nocivo.

Muchos fueron á Guatil,
Y él, alentado y altivo,
Los armó de combatientes,
Y así cuentan que les dijo :
—Tigres del bosque, salud !
Sabed todos que el espíritu
Que os da protección, me envía,
Como su noble escogido,
Para libraros del yugo
Del que os gobierna sin tino.
Él no adora á nuestro Padre
El gran Sol, que hoy es testigo
De que cuanto estoy diciendo
Nace de mí y echo limpio.
Él os mancha y os humilla,
Y hasta se atreve el indigno
A dominar al Toenall
Y hasta al sacerdote mismo.

Vosotros que libres sois
Como los peces del río,
Como el gavián del aire
Y como el jaguar temido,
¿Permitiréis que un cobarde,
De nuestro dios enemigo,
Siga siendo vuestro jefe

Que os imponga su capricho?
—Jamás—respondieron todos
Lanzando agudos aullidos
Y levantando los brazos
En señal de compromiso.
—Hijos de la selva, en marcha!—
Exclamó Guatil. Os pido
Ser firmes en la pelea,
Para llamarnos invictos.
Yo juro por estas plumas
Que adornan mi negro ciuto.
Que os llevaré á la victoria
Antes que presente el disco
De nuevo mañana el Padre,
Que aun nos alumbra el camino.
Después disparó una flecha,
Y dando un corto silbido,
Despareció entre los árboles
Con sus valientes adictos.

III

Tuvo noticia Pequel,
Por un viejo sacerdote,
De que su rival Guatil
Entrado había en el bosque;
Por lo cual comprender pudo
Que los ausentes, entonces,
Habían ido á reunirse
Al enemigo. Recorre
Apresurado los valles
En busca de defensores
Entre sus fieles vasallos,
Y listas ya sus legiones,
Otonay, la reina hermosa,
Armada en guerra, se impone

Al ejército mosquito
Con estas palabras:—Cobre
Valor el que desfallezca,
Porque esas turbas feroces
Comandadas por Guatil,
No aguantarán los furoros
De nuestras flechas certeras,
De nuestras mazas de roble.
¿Dejaréis que el que mi Padre
Me dió por esposo, el noble
Guardador de nuestros fueros
Sea ultrajado, y el goce
De sus derechos de estirpe
A un ambicioso abandone?
¿Permitiréis que la hija
De quien os protege, al hombre
Que os aborrece se humille
Y que infame la deshonre?
—No puede ser—exclamaron.
Y agregó Otonay:—Que el nombre
Que de valientes tenéis,
Lo sostengáis siempre incólume.

IV

Después marcharon gozosos
A una planicie inmensa,
Que por un lado cortaba
Un río de altas riberas,
Y que estaba defendida
En otro extremo por ceibas,
De ésas que son el asombro
Del extranjero en América.

No esperaron mucho tiempo:
Llegó Guatil con cautela,
Y fué horrorosa la lucha

Entre las partes guerreras,
Gritos de dolor y rabia
Por doquier: ruda pelea
Casi librada á la sombra.
Porque con tantas saetas,
Se ocultaba por instantes
El disco del sol. Incierta
Fué al principio la ventaja
Para ambos, pues la refriega
Era furiosa entre todos:
Pero Pequel, con presteza,
Avanzó sobre Cuatil,
Y éste una marcha ligera
Emprende de retirada,
Quizá temiendo deshecha
Ver la legión de los bravos
Que constituyan su fuerza.

Pequel entonces saltando
Con una alegría inmensa,
Gritó á los suyos:—Triunfamos,
Y pues la victoria es nuestra,
Entreguémonos al goce,
Tengamos dicha completa.

Traed los muertos robustos
Del enemigo: á la hoguera
Echadlos pronto, y sus carnes
Nos templen y fortalezcan.

A poco aterrorizado,
Y demostrando gran pena,
Exclamó:—¿Qué es de Otonay?
Por qué no está? ¿do se encuentra?

Buscadla con gran empeño,
Investigad, y traedla,
Que no puedo ser feliz
En tanto dure su ausencia.

Regresaron los enviados
Con temor; y la cabeza
Inclinada sobre el pecho.
Dijeron:—Señor, funesta
Es la noticia: no se halla
Vuestra Otonay, nuestra reina.
Y poseído de furia,
Agregó Pequel:—No quiera
Mi suerte que el enemigo
La guarde en sus garras presa!
Y Después, reflexionando,
Concluyó:—Que la proteja
El Sol, su padre. Al festín,
Que ya los muertos humean!

V

La noche se presentó
Fría, medrosa y oscura,
Y sólo en aquel recinto
Donde está la hambrienta turba
Hay luz y calor: la hoguera
Templa los miembros y alumbra.

Nadie habla: los guerreros
En cuclillas gesticulan
Al engullirse los trozos
De la carne casi cruda;
Y únicamente interrumpe
Este silencio la lluvia,
Que cae por intervalos
Del ramaje en la espesura,
Y el aullido prolongado
Del *coyote* y de la puma.

Súbitamente un silbido
Y una saeta que zumba
Conmueven á los guerreros,
Los confunden y los turban.

Es Guatíl que vuelve ansioso,
Y resuelto, y con bravura
A reivindicar su honor
En desesperada lucha.
¿Fué una estrategia? fué miedo
La retirada? Ninguna
Razón ha podido darse
Que llegue á probar, en suma,
Los motivos de Guatíl
En la evasión oportuna
De la primera pelea.
Lo cierto es que en la segunda,
Librada con valentía,
Triunfó del todo, y en fuga
Logró poner al contrario,
No sin aprehender á mucha
De esa gente.

Gran sorpresa
Y regocijo, sin duda,
Causó á Guatíl la noticia
De que en aquella captura
Había entrado Pequel,
Quien con manifiesta angustia
Esperaba la hora triste,
De su existencia la última.

—Morirás,— dijo Guatíl,—
Es necesario: segura
Debo yo tener mi vida,
Y no la tendré así nunca.
Mientras tú seas.

La tribu
Pide para tí la tumba,
Y que mueras es preciso.
Y con su mano robusta
Levantó el hacha de piedra,

Y dividió por la nuca
El cuerpo de su rival,
Mientras gritaba la turba
Celebrando aquella hazaña,
Que iba á traerles ventura.

VI

Venceor Guatil, al frente
De los mosquitos se puso,
Y reinó por varios años,
Siempre celoso y astuto,
Apaciguando rencores,
Desvaneciendo disturbios
Y otorgando concesiones
A sus enemigos públicos.

Sin duda que mucho daño
Le hizo á Guatil esto último,
Pues juzgándolo muy débil,
Al cabo formóse un grupo
De opositores temibles,
Que del campo en sitio oculto
Celebraban sus reuniones
Con el mayor disimulo.
Tanilay, una mujer
De instinto y valor hombrunos,
Era el alma del partido
Que al pobre Guatil se opuso.
Presidía los cousejos,
Hablaba al irresoluto,
Y reunía con empeño
Mazas, saetas y escudos.
Se levantaron al cabo,
Y sin dificultad, el triunfo
Vino á coronar la obra
De *Tanilay* y los suyos.

Motenar, el nuevo jefe,
Aunque generoso, tuvo
Que acceder á la demanda
Que sus partidarios juntos
Le hicieron de quemar vivo.
En un elevado túmulo,
Al desgraciado Guatil,
En presencia de sus súbditos.

VII

Iba á cumplirse el mandato,
Cuando apareció jadeante,
Plida y triste Otonay:
Y así, con sonrisa amable,
Habl despacio á la gente:
Hijos del bosque, escuchadme!
Cuando presa de terror,
Al principio del combate,
Me separó de vosotros,
Corr hacia distintas partes,
Saltando ríos y honduras
Y ocultndome en zarzales,
Herido mi fuerte cuerpo,
Sintiendo tristeza y hambre.
Así anduve varios días,
Y al fin, casi agonizante,
Llegó al montuoso país
De los terribles *xicaques*.
F con bondad recibida.
Y all devor pesares,
Recordando á mi Pequel,
Mi amor más dulce y más grande.
Hasta que, por suerte mía,
Llegó el anhelado instante
En que recibí la orden

De vuestro dios, que es mi Padre.
De venir á presenciár
El castigo del culpable,
De Guatil, el asesino
De mi señor y mi amante.
Cumplid, pues, que gozar quiero
Con la muerte del infame:
Que así sus delitos purgue,
Que así mis tormentos pague.

VIII

Dos ancianos sacerdotes
Al túmulo se acercaron,
Y con antorchas de pino
Prendieron fuego á los palos,
Mientras gritos de alegría,
Ayes y místicos cantos
Se escapaban de los pechos
De aquel pueblo allí apiñado.

IX

Esta es, según tradición,
La historia de los caciques
Más notables de la tribu
De los mosquitos temibles.

X

Aun agregan que Otonay,
Satisfecha su venganza,
Se despidió de aquel pueblo
Con cariñosas palabras,
Y desapareció cubierta
Por una nube muy blanca.



LINEAS

LA calumnia y el ultraje soez son los únicos recursos de la impotencia.

La calumnia y el ultraje soez, armas de que sólo se vale la gente vulgar y cobarde, son la mejor prueba en favor de la inocencia de la víctima.

La calumnia y el ultraje soez son, por esto, “la razón de la sinrazón.”

Llamar ladrón al que no ha robado y borracho al que no bebe, es pretender pintar rayas en el aire, empeñarse en que los ríos corran en sentido opuesto de las pendientes por donde bajan.

No hay más juez que el público en cuestiones de conducta personal: él ve lo que existe, y nada más: nunca confunde al hombre honrado con el perverso.

¿Qué logra, pues, el que calumnia? Hacer resaltar más los méritos del inocente. Y luego, después de todo, cada cual queda en su puesto. El pícaro, pícaro será siempre.

Sábelo: el que calumnia y ultraja es gente que vive de toda clase de corrupciones é infamias.

Huid de los calumniadores, que son gente que lleva lepra en el alma.

VORREI MORIR

Traducción de Coguetti

Morir quisiera en la estación del año
En que es tibio el ambiente y puro el cielo;
Cuando las golondrinas hacen nido,
Cuando de flores se tapiza el suelo.

Morir quisiera cuando el sol se oculta
Y duermen las violetas en el prado:
El alma entonces hacia Dios se vuelve,
Cuando el día á su término ha llegado.

Mas cuando ruge la tormenta fiera
Y de sombras se cubre el firmamento;
Cuando caen las flores de las ramas,
Morir sería para mí un tormento.



UN MAESTRO DE ESCUELA

¡POBRE Antonio! La desgracia fué siempre su inseparable compañera; y él, que por su honradez y por sus talentos debía haber ocupado en la sociedad un puesto distinguido, vivió olvidado de todos, arrastrando una existencia de miserias.

Yo no puedo recordarlo sin que mis ojos se humedezcan, y ahora que, movido por la amistad, le consagro estas líneas, tengo que hacer un esfuerzo supremo para contener las lágrimas, que vendrían á borrar lo que va trazando mi pluma.

* * *

Hoy hace tres meses que me habló por la última vez.

—Estoy tranquilo, me dijo, porque en breve dejaré de padecer. El corazón casi no palpita; la muerte bate ya sobre mi frente sus alas frías, y me faltan las fuerzas, y la fiebre devora mis entrañas. ¡Qué agradecido me siento hacia Dios por el bien que va á concederme!

Sus palabras oprimieron mi pecho; y fingiendo una serenidad que estaba muy lejos de sentir, quise convencerlo de que pasaría aquel malestar que lo tenía postrado.

—Sí, pasará, me respondió, cuando se haya extinguido mi respiración y cuando la fosa dé paso á mis despojos para que los cubra la yedra del olvido. Esta fiebre es el resultado de las decepciones y de los desprecios que he sufrido. El alma es la enferma, Daniel..... Oh! si pudiera verse, cuánta compasión te inspiraría! Pero ¿por qué entristecerme cuando tan próximo está el gran día de mi felicidad?

Y luego, tomando entre las suyas una de mis manos, agregó: Daniel, no olvides á este tu infeliz amigo, que va á pedir á Dios por tu felicidad; cuida á tus queridos hijos, y ojalá que ninguno de ellos vaya á seguir la profesión mía, porque yo no deseo que sean desgraciados como lo ha sido su maestro.

En los ratos de ocio he escrito cuanto me ha pasado en la vida. En esa caja, entre otros varios papeles, encontrarás el cuaderno que contiene mis apuntes: es lo único que puedo legarte, seguro de que lo has de apreciar aun más que si fuera un tesoro.

*
* * *

Al día siguiente formaba yo parte del cortejo fúnebre que fué á depositar en el pequeño cementerio del pueblo los restos

del infortunado Antonio, el humilde preceptor que tan buenos servicios prestó al pueblo.

Yo fuí el último en regresar, porque quería, sin más testigos que el cielo, derramar mis lágrimas sobre la removida tierra que cubría los despojos de aquel amigo del corazón.

Planté en aquel sitio una imperfecta cruz formada allí mismo por mis manos; y con la cabeza inclinada sobre el pecho, me encaminé lentamente á mi casa, cuando las sombras comenzaban á envolver las modestas tumbas del cementerio.

*
* *

Varias veces he leído el *Diario de un maestro de escuela*, en cuyas páginas se refleja el alma hermosa del desgraciado Antonio.

Preciosa herencia es por cierto para mí ese libro escrito con sencillez y sinceridad!

No puedo resistir á la tentación de trascribir algunos de sus párrafos, para hacer más palpables las injusticias cometidas con esos infatigables obreros del progreso, dignos, por mil títulos, de la consideración y aprecio de las sociedades.

Acaso sea una indiscreción la mía; pero no voy á revelar ninguno de los secretos íntimos que mi amigo confió al papel y á mis manos: lo que todos saben, lo que se refiere al pobre pedagogo, eso es lo que copiaré, nada más.

*
* *

Hé aquí los párrafos del "*Diario de un maestro de escuela*".

VII

"Al fin, después de tantos apuros, pude conseguir lo que deseaba. Estoy muy contento, pues ya están satisfechas todas mis aspiraciones: transmitir á los niños mis pocos conocimientos y poder atender á mis necesidades. ¿Para qué más? Feliz viviré en este pequeño pueblo, apartado del bullicio de las ciudades, sin envidiar á nadie y sin que nadie me envidie.

Muy generoso ha sido conmigo el Gobernador: mi gratitud hacia él será eterna."

XV

Cruelmente me ha tratado el padre de Luis porque corregí las continuas faltas de su hijo. ¿Por qué no averiguó primero la verdad del caso? Esa nota del Alcalde me ha llenado de pena, pues veo que ha creído cuanto se le ha dicho en contra mía y me amenaza con una multa mayor que lo que devengo mensualmente. Y todo ¿por qué? Por haber castigado al hijo de su compadre. Si los funcionarios fueran imparciales, cuántas injusticias se evitarían! Paciencia. Hoy hablaré con el Alcalde.

XVI

Hoy me convenzo más de que soy uno de esos seres á quienes el infortunio

ha puesto en la frente su marca fatal. He probado al Alcalde que el castigo aplicado al niño no fué injusto ni severo, y, sin embargo de mi moderación y de mi respeto, me calificó con los epítetos más crueles y me condenó á pagar una multa. Cuando me retiraba de la oficina, me dijo: “No olvide que soy su jefe y que puedo destituirlo del empleo.” Por dicha estoy revestido de paciencia y no puedo guardar rencor contra los que me ofenden.”

XX

“Andar nueve leguas en un mal caballo para oír esa frase desconsoladora: *no hay dinero*, es cosa por cierto que llena de desesperación á quien vive confiado en el pago de su trabajo. Y todo eso me ha pasado á mí, y con esas mismas palabras me ha contestado el Administrador de rentas.

—Señor, le repliqué, si no son más que quince pesos, y yo vivo muy lejos de aquí y no tengo recursos para estar haciendo viajes.

—No me importune, estoy muy ocupado: si quiere, vuelva dentro de quince días.

Eso me respondió, dándome las espaldas.

No había más recurso que volverme al pueblo y contentar con promesas á la buena mujer que me suministra los alimentos.

Paciencia.....

XXV

“Creí que el Inspector sería afectuoso y atento, y me ha tratado con el mayor desprecio desde que me acerqué á saludarlo.

—¿Y éste es el arreglo dispuesto por U. para recibirme? Sepa que estos adornos no están en consonancia con mi categoría.

—Señor, la pobreza del pueblo no da para más.

—¿Y cómo van los pilluelos?

—Señor, he hecho cuanto ha estado de mi parte para que haya adelantos, aunque algunas prescripciones del Reglamento no han podido llevarse á cabo por falta de útiles.

—Ya me lo había figurado. No es la falta de útiles; es que Ud., acostumbrado á rutinas desgraciadas, se opone al sistema moderno, que trata de regenerar á este atrasado país. Pero ya vamos á poner remedio á tan torpe oposición, lanzando de las escuelas á los maestros necios como U.

Y dió la vuelta sin despedirse de mí y sin hacer el más ligero examen á mis alumnos.”

LX

.....

.....

“Y la señora tiene razón: cuatro meses me ha suministrado los alimentos, sin que yo le haya dado ni un sólo centavo. Ella es muy pobre, tan pobre como

yo, y tiene necesidad urgente de lo que se le debe. Otra hubiera sido, quién sabe si no me despide desde el primer mes. Nó, es preciso pagar á esta buena mujer; iré á la capital, y estoy seguro de que allá percibiré mis mensualidades. ¿Por qué se negará á darme el dinero el Administrador? ¿Será por mala prevención? No puede ser, porque lo mismo le ha sucedido á López y al maestro de Las Palmas, y ni ellos ni yo le hemos causado ningún mal á ese empleado. Pero si no hay dinero ¿cómo es que se pagan otros sueldos? Yo lo he visto.....

¡Oh, qué horrible es el hambre! Es un martirio atroz. Y no tener esperanza de comer.....! No hay remedio, esperaré con paciencia que venga la protectora noche, y cerraré mis ojos, y olvidaré mis penas, y calmará el hambre si logro dormirme. ¡Bendito el sueño que tanto bien proporciona al desgraciado! Esta triste situación me hace recordar aquella sentimental poesía de Gustavo Adolfo Bécquer, que dice:

Llegó la noche y no encontré un asilo,
 ¡Y tuve sed.....! Mis lágrimas bebí;
 ¡Y tuve hambre! Los hinchados ojos
 Cerré para morir!
 Estaba en un desierto! Aunque á mi oído
 De las turbas llegaba el ronco hervir.
 Yo era huérfano y pobre.....! El mundo estaba
 Desierto..... para mí!

LVIII

“¡Qué decepción tan triste la que acabo de sufrir! No quisiera escribir en mi

Diario lo que me ha sucedido; pero es preciso que en sus páginas vaya todo lo que á mi vida se refiere.

A la fatiga de una jornada de tantas leguas, que me he visto obligado hacer á pie, se han agregado las vueltas empleadas en vano para conseguir mi objeto, los sonrojos sufridos con resignación y las privaciones soportadas con calma.

Adios, esperanza! Ese *no hay dinero* que tantas veces me ha llenado de desconsuelo, hoy ha derramado en mi pecho la hiel de la desesperación. Creí que la capital sería mi puerto salvador, y aquí vine para ver tan sólo que era mi infierno.

.....

He seguido el consejo, y hasta considero como protector al agiotista que compró mis cuatro recibos. ¡Treinta pesos en cambio de sesenta.....! Qué inmoralidad! ¡En fin, más vale pájaro en mano que ciento volando; al hambre no hay pan malo; del lobo un pelo..... Bonitos argumentos para conformarnos con los golpes de la fortuna!"

LIX

—Bien sabía ya que estabas aquí, y de ello me he alegrado. Y vaya una coincidencia! En estos momentos voy saliendo de la Administración de cobrar unos recibos que vendiste ayer á mi principal.

—¿Y te entregaron el dinero?

—Peso sobre peso ¿no estás viendo el paquete?

Se me oprimió el pecho, las lágrimas se agolparon á mis ojos, y tuve que fingir una sonrisa (qué amarga sería!) para despedirme de aquel amigo de la infancia.

No puedo hacer comentarios sobre este hecho inmoral, por que mi mente está ofuscada, y mi pluma se resiste y se escapa de mis dedos. ¡Quizá esté indignada como yo lo estoy!”

LXX

No me ha sorprendido tan injusta destitución. El Inspector cumplió su palabra; bien hecho.....

Por dicha muy pocos días tengo ya de vida; las fuerzas me faltan; estoy flaco y pálido y las sombras comienzan á extenderse sobre mis ojos. ¡Tánto he llorado! Sombras en mis ojos, sombras en mi alma..... Ah! quiero luz, pero luz que nunca se apague, luz divina que me colme de felicidad en cambio de mis tormentos.....”

*
* *

¡Pobre Antonio! Tus deseos se han cumplido: ya eres feliz. El mundo te ofreció sólo dolores: Dios ha premiado tu resignación con la paz de la tumba.

1896.

A JOSÉ MARTÍ

Sin cesar lo repiten, mas no es cierto
Que ya no exista el lidiador sublime,
Por quien el pueblo que amillado aun gime,
Columbra ya de libertad el puerto.

Trasfigurado está, pero no ha muerto:
Que morir nunca puede quien redime,
Quien en la Historia su gran nombre imprime,
Porque lo tiene de laurel cubierto.

El está con los bravos: lo atestigua
El incesante triunfo de las greyes
Que luchan por su causa en la *manigua*.

Tendrás, Martí, dos triunfos: propias leyes
A Cuba le darás, y á España antigua
Libertarás del trono de los reyes.



EL RAMO DE CIPRÉS

I

YO era muy feliz.

Y sin embargo, las ligeras nubecillas que se presentaban á veces en el horizonte de mi vida, me hacían pensar entonces que yo era uno de esos seres que llevan su frente marcada por la fatalidad.

Y era feliz, sí, muy feliz.

Pues ¿qué mayor felicidad que la que proporciona la compañía de ese ángel del hogar que responde al dulce nombre de *madre*? ¿Qué goce comparable al que experimenta el corazón cuando ella nos sonríe y nos acaricia hablándonos ese lenguaje indefinible, todo ternura, como nacido del amor más grande inspirado por el Creador?

II

Yo era muy feliz.

Cuando lloraba, mis lágrimas eran enjugadas con cariño; cuando sonreía, siempre encontraba un semblante pla-

centero que demostraba contento porque yo lo sentía; y cuando algo me hacía falta, venía el sacrificio, pero el sacrificio que se trata de ocultar para no inspirar ni pena ni gratitud.

¡Qué buenas son las madres!

¡Y qué ingratos los hijos que nunca se afanan, como debieran, por hacer algo que pudiera corresponder á tanta abnegación, á tanto desvelo y pesadumbre!

¿Por qué llegar á comprender lo que vale un objeto querido hasta que se pierde para siempre?

III

Por una aberración que de mí se apoderó desde mi infancia, y que es muy común en los hombres, tengo por ciertos algunos absurdos que rechaza la razón, pero que se aceptan apesar de todo.

Acontecimientos que ninguna relación tienen entre sí, son enlazados íntimamente por la imaginación, como si los unos fueran la causa inmediata de los otros.

Esto es frecuente, sobre todo en los sucesos desgraciados, en los que se cree que siempre hay un aviso que los precede y que nos toca en el corazón.

IV

Yo era muy feliz.

El segundo día del mes de setiembre tuvo para mí un hermoso amanecer: en el cielo no vagaba una sola nube; el campo estaba alegre con la música va-

riada de las aves, y vestía de gala con los mantos de esmeralda de sus frondas.

La naturaleza sonreía.

Yo me sentía contento, muy contento, acostumbrado como estaba á verlo todo con un tinte de melancolía, quién sabe por qué causa.

Creí que desde ese día no habría para mí corazón más que ventura.

Pero ¡ah! que ese cambio repentino tenía que ser efímero, y la dicha de un momento había de tornarse en amargura, y ¡qué amargura.....!

V

Fuí por la tarde al campo, y nunca me había sentido tan dichoso bajo los ramajes de nuestros esbeltos cocoteros.

¡Con cuánta delicia aspiré el fresco ambiente cargado de aromas de las flores de la campiña! ¡Con qué deleite escuché los gorjeos infinitos de los pájaros de nuestra región tropical!

Regresé cuando la noche comenzaba á tender su manto de sombras sobre la tierra.

VI

—Hijo, mucho has tardado, me dijo mi madre, reprendiéndome cariñosamente.

Ya estaban todos á la mesa, y yo ocupé mi lugar entre mis hermanos.

De pronto me sentí impresionado y se me oprimió el pecho.

Cerca de mi plato había un ramo de ci-

prés que uno de mis discípulos había colocado allí con objeto de complacerme.

—Quita ese ramo, le dije, porque el ciprés es signo de luto y.....

No concluí la expresión.

El presentimiento de una desgracia me abatió en un instante, y sentía necesidad de desahogarme con el llanto.

Sin embargo, hice un esfuerzo poderoso, y logré disimular aquella impresión que me atormentaba con tanta rudeza.

VII

No había motivo manifiesto para temer una desgracia en el hogar.

Pero yo estaba intranquilo.

¿Qué nos tendrá que suceder? ¿Quién de nosotros emprenderá dentro de poco el camino de la eternidad?

Estas preguntas me las repetía constantemente, reprochándome después este temor, que carecía de razón de ser.

Pero el temor persistía, y yo volvía á mis sospechas y conjeturas con una tenacidad que me atormentaba horriblemente.

VIII

Aquel ramo de ciprés vino á anunciarme el mayor infortunio que puede sufrirse en esta vida de miserias.

.....

Ocho días después rodábamos, mis hermanos y yo, el lecho de nuestra buena madre, que nos había dejado solos,

solos para siempre, sin más consuelo que Dios, sin más lazo de unión que sus consejos santos.

IX

Yo era muy feliz.

Hoy que me veo sin madre, sí, soy desgraciado.

1886.

¡OH DIOS, MIS HIJOS....!

Después de haber entre familia hablado
De los padres que mueren y á sus hijos
Dejan pequeños, sin ningún legado,
Mi dulce Blanca, con los ojos fijos

En mi triste semblante:—Cuando mueras,
Exclamó con acento compungido,
¿Quién queda de papá? Si no volvieras,
Quién nos daría dulces y vestido?

Tanto fué mi dolor, la pena tanta:
Fueron mis pensamientos tan luctuosos,
Que responder no pude: en la garganta
Quedó ahogada mi voz por los sollozos.

—Ah! no llores, papá, si no te mueres,...
Si esta noche á la Virgen yo le pido
Que no te has de morir, porque me quieres.
Porque me compras dulces y vestido!

Por no affigirla más, logré al momento
Darle serenidad á mi semblante:
Y deseando borrar el pensamiento,
Que aun preocupaba á mi niña amante;

Le dije acariciándola: no mueren
Los padres que á sus hijos aman tanto
Como te quiero á tí: los que así quieren,
Demuestran su cariño con el llanto.

Yo nunca he de morir, y si algún día
Falta en tu frente de mi amor el beso,
Otro papá á dártelo vendría,
Mientras yo no estuviera de regreso.

Es un papá que de los niños cuida,
Un papá bondadoso, no lo olvides:
Él todo lo formó, nos da la vida:
Por él te puedo dar cuanto me pides.

¿Sabes cómo se llama? Es el amigo
Mejor que tengo yo, es mi maestro;
Es Dios ese papá, á quien te digo
Que reces cada noche el *Padre nuestro*.

Además, algún bien creo haber hecho,
Y si no hay para éste indiferencia,
No ha de faltar un generoso pecho
Que se incline á vosotros en mi ausencia.

Véte, concluí, otra pregunta no haya;
Véte á jugar, y cumple lo ofrecido;
Pide á la Virgen porque no me muera
Y te dé siempre dulces y vestido.



LA PRIMERA CARTA

I

—PUES bien, eres un simple, un niño, y esa timidez ridícula, que tú llamas respeto, te hará siempre pasar por serios apuros, exhibiéndote de una manera triste.

—Eres injusto, Alberto, sin duda porque hasta hoy no has sentido arder en tu pecho esa llama apacible que enciende el amor puro, el amor sublime, el amor divino.....

—Buenos están los tiempos para sublimidades y purezas! No, chico, la verdad, la pura verdad—ya que te gusta lo puro—es que—perdóname la franqueza—eres un cobarde, el más cobarde de todos los pretendientes que yo conozco. Y sábelo: Julia, que entiende de amoríos como de pintarse la cara, se ríe de tí, se burla de tus temores y, lo peor de todo, te tiene lástima como si fueras un infeliz.....

Vaya que si le inspiras lástima! Y es natural: cada vez que te presentas saludándola entre dientes, rojo como un tomate y con toda la torpeza de un niño que empieza á hacer pinicos, y esto casi todos los días, después de cinco meses de visitar su casa como aspirante á poseer aquella linda mano: no puede menos ella que sentir por tí compasión, en vez de lo que tú quisieras..... Ah! y luego, qué mal parado has de quedar cuando te compare con Antonio, el mozo de los bigotes retorcidos, con quien ella tuvo citas en casa de la señora Prudencia, en donde le dió pelo, retrato y flores, que yo he visto varias veces.

Desengáñate, Luis: las mujeres detestan á hombres como tú, que se atragantan y ponen cara de idiota para decir la broma aquella de *te amo* y otras del vocabulario obligado de los pretendientes novicios. Pasaron ya, para no volver, aquellos benditos tiempos en que el rubor coloreaba las mejillas de doncella y garzón cuando, por casualidad, se cruzaban entre ellos tímidas y apasionadas miradas. Hoy el rubor no es de moda, y el hombre que quiera verse amado, disputado y mimado, tiene que ser un calavera, algo así como un Tenorio ó un Lovelace. Y luego el apretón que disloca la mano, y el beso prolongado que incendia la sangre, y la frase que envuelve una picardía, y..... Eso se estila, señor tímido, señor platónico: lo demás, lo

que tú llamas espiritual, puro..... qué sé yo! eso perdió ya sus prestigios en nuestras sociedades modernas, y si acaso aun tiene alguna privanza, será entre gente rezagada y no entre la que se aprecia *comme il faut*. El cuento de Cupido con su venda es una zarandaja que hace refr. La venda es cosa del otro jueves: ahora nadie anda vendado, ni los niños, que ya toman el revólver de papá y también se despachan bonitamente por desdenes de las novias del vestido á la rodilla..... Conque, mi señor don Luis, deje esos escrúpulos añejos; á enamorar *á la dernière*, y adelante!

Valor, valor, y yo te aseguro el triunfo: de lo contrario, Julia te dará con la puerta en las narices, y te quedarás con un palmo de *idem*, y buenas noches! A escoger, pues, que aun es tiempo. La pluma es un gran auxiliar: escríbele, ya te lo he dicho.

—Material, prosaico, siempre es así tu charla, siempre las apreciaciones que haces de la sociedad, de la mujer, son injustas y, más que injustas, crueles. Tú no conoces bien á Julia, á esa mujer espiritual, de apacible mirada, en la que se adivina un alma pura y candorosa, creada por Dios para otra alma superior..... Por eso me estremezco cuando esa mujer, digo mal, cuando ese ángel fija en mis ojos los suyos expresivos; por eso aun guardo en el pecho el secreto sagrado, al que dan forma estas dos pala-

bras, dulces y santas: *te amo!* Ah! yo no merezco á Julia; Julia no es para mí.....!

—Bobería! Si valor tuvieras para hablarle á ella como á mí, talvez conseguiras alguna cosa, aunque ese lenguaje tiene mucho de impertinente y extemporáneo. Deja de ser soñador, abandona la poesía, que hoy los señores poetas son plantas exóticas que crecen en medio del desprecio más desconsolador. Ahora, al grano, nada de rodeos, nada de palabras de almíbar. Que no mereces á Julia, que ella no es para tí..... Pues, chico, será para otro, claro, será para quien hable como Dios lo manda.

—Ah! esa idea terrible me quita el sueño; es el martirio más cruel que tengo en mi vida, la pesadilla constante de mis nobles aspiraciones. Quizá me resuelva á escribirle, ya que mi lengua es torpe, ya que la palabra se anuda en mi garganta en fuerza de lo mucho que quisiera decirle á ella, á quien amo como pocos habrán amado.....! El medio es vulgar, necio, porque es del que se valen los que quieren jugar con corazones inocentes, combinando frases de efecto..... Pero sabe Dios que no haré lo que muchos: diré la verdad, seré sincero, y que el Cielo me proteja..... Además, el tiempo huye veloz..... quizá mañana fuera ya tarde..... Le escribiré, sí, le escribiré, y después me presentaré á ella con valor, como nunca. Mañana, á más tardar. lle-

varé á sus manos mi franca declaración. Alberto, adiós..... tus reflexiones van á salvarme. Gracias!

—Bravo! exclamé lleno de entusiasmo.

Y estreché la mano de Luis, que salió precipitadamente de mi estancia.

II

Luis era un pobre muchacho, y pobre por añadidura.

Veinte años tenía, y hasta esa edad llegó á sentir las emociones del primer amor: no se había atrevido á enamorarse antes, por timidez. Juzgaba que ninguna mujer se fijaría en él, y él, por esta causa, en ninguna se fijaba.

Y ¡pobre amigo mío! quien le había hecho perder la calma era Julia, una morena endemoniana que registraba los nombres de sus pretendientes en extenso catálogo.

Tuve la intención de trabajar en el ánimo de Luis para que desistiera de su propósito; pero me pareció conveniente atizar el fuego en vez de apagarlo, aunque sabía que mi amigo sería víctima de aquella beldad exigente y desdeñosa. Le haré un servicio, me dije; se formará su experiencia y conocerá el mundo: que sufra el golpe y que esa lección le sirva para más tarde. Luis se reformará y comprenderá lo que valemós los hombres.

Mi acción era loable.

El muchacho era honrado á carta cabal, digno, con un corazón bellissimo.....

Estas cualidades son malas en este tiempo: sería desgraciado continuando así. Pues á trasformarlo!

III

A las diez de la mañana del día siguiente fuí á buscar á Luis para saber el resultado de su determinación: tenía un cambio, dado su modo de ser.

Lo encontré á la vuelta de una esquina. Venía agitado y andando de manera descompasada.

—Ola, y luego, qué pasa?

—Yá, me contestó con tono que expresaba aflicción. Llegué á su casa, estaba sola Julia, deslicé en su falda, precipitadamente, la carta de que hablamos, y de allá vengo.

—Esa acción.....

—Después hablaremos, me dijo interrumpiéndome; necesito que mi espíritu se tranquilice; estoy sobresaltado.....

Y partió precipitadamente.

IV

Cuando me vió entrar, Julia estalló en una estrepitosa carcajada.

¡Qué disparates le habría endilgado Luis en su simplicidad de niño!

—Leé, me dijo, la primera carta de este pretendiente original, y muérete de risa.

Tomé el papel, y me puse serio: la impresión fué desagradable. Pobre Luis!

Copio la carta literalmente:

Señor don Luis Asevedo,

P.

Muy señor millo :

Ya con esta ban 4 que le scribo y U. es tan simberguensa que, no quiere pagar lo que filla. Boy á que cepan su ación todos los sapateros para que no le den calso al credito como yo que fui tantonto para darle el par de chinelas :

Le albierto que si no me paga le voy ; á poner demanda ante el gues de pas primero, es mejor que me mande los dos pezos con estemuchachito.

De Ud. atento ceguro S.

Diciderio Gonsales.

V

El golpe fué rudo, y no había remedio.

Yo no esperaba este resultado.

En su turbación, el infeliz cambió los papeles, y sucedió..... lo que sucedió.

Lo compadecí de todo corazón; el ridículo era atroz, insoportable.

Si Luis no se suicidó fué por.....timidez.

EN EL ALBUM DE UNA NIÑA

Dulce niña, niña hermosa
Como el botón de una rosa
De la riente primavera,
Así estás hoy, hechicera,
En esa edad venturosa.

Tus gracias pétalos son
De suave y sutil esencia,
Esencia del corazón,
Que tiene la seducción
Divina de la inocencia.

Sé adorno siempre en tu hogar
Con las gracias peregrinas
Que Dios te ha querido dar;
Sé rosa para agradecer,
Y contra el mal, ten espinas!



LA NIÑA DEL OPERARIO

I

TODOS los días, desde mi mesa de trabajo, oía los gorjeos de mi Blanca y los gorjeos de la niña del pobre operario.

Aquel concierto de imperfectas pero dulces articulaciones, formaba á veces mi delicia, á veces me hacía padecer de manera indecible.

Cuando la una lloraba mientras la otra reía, pensaba en el porvenir de esas inocentes criaturas, pensaba en las lágrimas de los grandes pesares, pensaba en la triste realidad de la vida, y se me oprimía el pecho.....

¡Que se llorara siempre como lloran los niños! ¡Que se pudiera siempre reír como se ríen ellos.....!

Yo llegué á sentir especial cariño por la niña del operario: era una morenita de ojos muy vivos y con una boca tan diminuta.....

¿Cómo describir una niña, si todos los niños son lindos, si todos los niños son como ángeles de belleza igual y de atractivo irresistible? Su imperfección es una imperfección misteriosa, que conquista la caricia hasta de los corazones más duros. Y luego, esa sonrisa inocente y esa esa variedad de actitudes imposibles y ridículas.....

¡Qué crueles son los que tratan de feo á un niño!

Yo amo á todos esos seres con un mismo amor; esas criaturas, encanto de los hogares, siempre han ejercido en mi alma atracción poderosa, dulce é inefable influencia.

Hoy los amo mucho más desde que Dios quiso hacerme sentir ese afecto que es el afecto por excelencia sublime. El de padre.

II

Los arrullos de la madre los oigo muy lejos, y son tristes y tienen una melancolía profunda: conmueve más que otras veces esa voz casi monótona.

¿Por qué no está en la puerta la amorosa madre cantando á la morenita y arreglándole su gorro de lana morada y amarilla tantas veces como lleva á la cabeza sus manecitas inquietas?

La puerta está cerrada y cerrada también la pequeña ventana del dormitorio. Por eso el canto me parecía lejano.

Pero ¿por qué lo encuentro tan triste?

III

Tenía juntas las manecitas sobre el pecho, y tenía una túnica que estaba adornada con ramos de flores blancas.

¡Ah! los arrullos eran tan tiernos porque estaba enferma la niña.

Pero enferma aun se sonreía, y abría los ojos, y lloraba.

Hoy es un cuerpecito frío, y ya no sonreirá jamás, ya no abrirá los ojos, y dentro de poco se le colocará en una caja para sepultarse.

La madre ya no cantará más, ni yo volveré á escuchar, desde mi mesa de trabajo, los gorjeos de la niña del pobre operario confundidos con los gorjeos de mi Blanca.

¡Qué impresión tan horrible!

IV

Señor, me dijo el vecino, qué le parece: mi hija, mi única hija se fué para siempre! Cómo me trata la suerte, señor: y yo que pensaba verla grande, cuidándome cuando fuera viejo..... ¿Por qué no me morí yo para no haber sentido esto que siento?

Y el operario se sonreía con sonrisa amarga, llevándose á los ojos, al mismo tiempo, su gran pañuelo á cuadros azules.

Yo quería decirle alguna frase de consuelo, y las torpes palabras morían en mis labios.

—Dichosa, exclamé al fin, porque volvió al cielo tan pura como vino á la tierra.

—Sí, dichosa, agregó el operario, pero

no me conformo, señor, porque no es para mí la dicha, y verla así muerta, cuando ayer todavía me tendió sus bracitos..... ¿Por qué no me morí yo señor? Dios conserve á su niña, concluyó, porque estos dolores son terribles.

Y pensé en mi Blanca, y me horroricé tanto, que por un momento fijé la mirada con tenacidad en el pálido semblante de la hija del trabajador, figurándome ser yo el más desgraciado de los padres.

Y salí á buscar á mi hija para acariciarla como nunca.

Y pedí á Dios, con el alma, que no permitiera me faltaran sus gorjeos, su voz, sus caricias, su existencia!

V

El maestro trabajaba silencioso.

La madre estaba sentada en un ángulo oscuro de la habitación, con un pañuelo amarrado en la cabeza.

—¿Trabaja usted, amigo? Le dije por todo saludo.

—Señor, me contestó; el pobre..... Ayer gasté en mi niña cuanto tenía guardado, y hoy debo ver qué hago para la vida.....

Sobre la tabla seca y olorosa caían las lágrimas del desgraciado padre.

La garlopa, empuñada por nerviosas manos, arrancaban virutas mojadas por el llanto.

Yo salí sin despedirme de mis pobres vecinos.

1892

POR CENTRO-AMERICA

15 de Setiembre

De patrio regocijo el alma llena,
Hemos siempre alabado en este día
El acto en que rompimos la cadena
Que á Esqaña, nuestra madre, nos unía.

Siempre una multitud, de gozo inquieta;
Dianas y vivas, fiesta cual ninguna;
Las valientes estrofas del poeta,
La voz del orador en la tribuna.....

Todo esto nos recuerda el gran suceso
Que libres ante el mundo aquí nos hizo,
Porque así lo exigía ya el Progreso,
Porque el Dios de la patria así lo quiso!

Mas ¿es justo en verdad, nuestro contento
En memoria de fecha tan querida?
Tendrá nuestro entusiasmo fundamento?
No habrá en el corazón alguna herida?

Yo siempre conmovido, como ahora,
Inclino sobre el pecho la cabeza,
Y de este día la indecisa aurora,
Saludo avergonzado y con tristeza.

¿Por qué tanto placer? ¿por qué se viste
De tanta pompa el pueblo en estos casos?
Por una patria grande, que no existe,
Que nosotros rompimos en pedazos!

La libertad se dió por ella entera,
No por aislados míseros girones:
Se confió á nuestra guarda una bandera,
Y no cinco mezquinos pabellones!

Este gozo es sarcasmo á la memoria
De Cañas, de Aguilar y de Delgado:
Ellos, desde sus tumbas y en la Historia,
Nos piden cuenta de su gran legado;

Y nos dicen: Oh pueblo qué habéis hecho
De la nación que os convirtió en hermanos?
¿Dónde está nuestra obra, do el provecho?
¿Por qué ya no se estrechan vuestras mano:?

Cesad en vuestros vanos regocijos,
Que son para nosotros cruel ofensa:
Reflexionad que sois ingratos hijos,
Y en vez de gozo, sentiréis vergüenza."

Y en verdad ¿cuál ha sido nuestra vida
Al separarnos de la madre España?
Mancharnos con la guerra fratricida,
Convertir el amor en torpe saña.

Nos llamamos al cabo independientes
Del tirano español de aquellos días,
Para inclinar, á poco, nuestras frentes
Ante otras detestables tiranías.

La ambición criminal surgió en el hombre,
Y hecha Centro-América fracciones,
Vinieron las repúblicas.....de nombre
Con el nombre pomposo de naciones.

Y fué la noche de la patria: el bueno
Suspira siempre por el bien perdido:
Miró á la madre, desgarrado el seno,
Y por verla triunfante ha combatido.

En tanto, el vicio por doquier se ha impuesto
En esta hermosa y desgraciada tierra,
Donde ha echado raíces el funesto
Y horrible cáncer de intestina guerra.

En cambio de fugaces claridades
Que han alumbrado á veces nuestro cielo,
Hemos tenido horrendas tempestades
En largas noches de profundo duelo.

Fingiendo abnegación y patriotismo,
El criminal se ha vuelto nuestro guía,
Para burlar las leyes con cinismo
Y hacer de la justicia mercancía!

Hemos colmado de poder y honores
A quien viene y no es lo que se nombra,
Mientras negamos míseros favores
Al mérito olvidado entre la sombra.

Y luego el servilismo, inmunda plaga,
Aplauso ha tributado á los traidores,
Sin atreverse á señalar la llaga
Encubierta por falsos esplendores.

Los ineptos, ridículas figuras,
Por caprichos de necios mandatarios,
Del poder han llegado á las alturas,
Y se han creído ilustres, necesarios.

El bueno ha sucumbido á tanto engaño
En medio de la farsa palaciega,
Que lleva al pueblo decepción y daño,
Después que en sangre las campiñas riega.

Y así de regocijo el alma llena,
Hemos siempre alabado en este día
El acto en que rompimos la cadena
Que á España, nuestra madre, nos unía...!

Y cuántas veces, olvidando males
Que nos han oprimido en lo pasado,
En medio de cadenas y puñales
Hemos la magna fecha celebrado

Oh! ya basta de rémoras rastreras,
Ya la conciencia nacional nos grita
Que debemos borrar estas fronterus
Que nos separan de la unión bendita!

Es tiempo ya de contener el paso
Que nos conduce á degradante abismo;
Tiempo de darnos el final abrazo:
Lo quiere Dios, lo exige el patriotismo!

Así tendremos paz, la paz amable
Que ahoga entre sus garras la milicia:
Se cambiará la imposición del sable
Por la espada de la luz de la justicia!

Así unidas las débiles fracciones,
No habrá, cual hoy, quien ciego los combata:
No seremos de extrañas ambiciones
El botín codiciado del pirata!

Así el maestro, apóstol del progreso,
Del bien común el firme centinela,
No ha de llevar en su semblante impreso
El estigma de mártir de la escuela!

Así tendremos patria y libertades,
Y de adelanto á culminante altura
Miraremos llegar nuestras ciudades:
Así tendremos democracia pura!

Entonces sí, ya realizado el sueño,
Reivindicada la perdida herencia,
Noble será nuestro constante empeño
Por celebrar la augusta independencia.

Entonces sí, no regocijos vanos
Sentirán nuestros libres corazones,
Pues llamarnos podremos ciudadanos
En el rol principal de las naciones.

Es tiempo ya! Corramos de la gloria,
En grata unión, al venturoso encuentro:
Que se vuelva á escribir en nuestra historia:
República de América del Centro!



MALDITOS SEAN LOS CELOS

I

MIS constantes ocupaciones no me permitían visitar á Jorge con la regularidad que yo deseaba. El lo hacía con mucha frecuencia, permaneciendo á mi lado dos ó tres horas, en las cuales casi siempre me hablaba de sus decepciones en el amor y de lo mucho que padecía al ver la amabilidad con que Adelina recibía á todos los jóvenes que llegaban á su casa.

Yo procuraba siempre calmarlo, valiéndome de cuantos medios estaban á mi alcance, á fin de que mis indicaciones y consejos lo hicieran desistir, no de aquella pasión que ya rayaba en locura, sino de los celos que se habían apoderado de su corazón. Pero mis trabajos eran infructuosos, y después de largo rato de acalorada discusión, él concluía, mirándome tristemente:

—Amo á Adelina, y este amor acaso me conduzca á la locura, pues Adelina aun no me ha comprendido, y, en cambio del amor profundo que le profeso, ella me paga con el desprecio, y, lo que es peor, con un cariño vulgar, que ha abierto en mi pecho una herida, que no cerraría sino la dulce recompensa de un amor igual al mío.

¡Pobre amigo mío! impresionable en sumo grado, y novicio en materia de amores, sufría demasiado con los desprecios que suponía ver en Adelina, sin que mis consejos y reflexiones bastaran para tranquilizarlo. De ahí resultaba que siempre se le viera melancólico y pensativo aun en las fiestas á que se le hacía asistir, después de repetidas súplicas. Porque Jorge tenía algunos alicientes para ello: limpia fortuna, buena presencia, honradez, talento, y, por añadidura, tocaba el piano y cantaba con tal dulzura, que no podía menos de cautivar á cuantos lo escuchaban.

Un día me encontraba en mi escritorio ocupado en sacar la copia de una carta que le escribí, hallándose en su quinta, para distraerlo de sus fatídicos pensamientos, cuando de improviso me siento cogido por el cuello y sacudido fuertemente. En el acto me levanté para rechazar aquella agresión, y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme frente á Jorge, que, con una cara de pascuas, me decía, estrujándome entre sus brazos:

—Chico, soy el hombre más feliz de la tierra, abrázame, pero fuertemente, bésame si quieres, que.....hombre, si se me figura que no soy yo, que..... ¿Y por qué no me abrazas, tunante?

—¿Pero qué te pasa? ¿De dónde sales cuando yo te hacía en la finca? le pregunté sin acabar de salir del asombro que me produjo la alegría de Jorge, después de estar acostumbrado á verlo cariacontecido, taciturno.

—Ay querido, queridísimo Guillermo, no te asustes, no me mires con esos ojos que parecen de enojado; la felicidad de cien años se ha apoderado este día de mi corazón, y adiós tristezas, que ya el horizonte de mi vida se me ha presentado con unas perspectivas capaces de hacer gozar á las piedras. Pero felicítame, dime algo que acabe de eusanchar mi pecho, porque si no te calificaré como al peor de los enemigos.

—Pero, hombre, ponte quieto, no me pellizques, y mientras no me cuentes lo que te ha sucedido, con todos sus detalles, te tendré por un loco, y me veré en la necesidad de mandar que te amarren.

—Pues bien, siéntate y escúchame, que voy á hacer un esfuerzo para hablarte con seriedad. Tú sabes cuánto tiempo hace que amo frenéticamente á Adelina, y conoces demasiado la historia de este fatal amor: yo sumiso y complaciente siempre con ella, consagrándole dentro de mi corazón un afecto inmenso y reve-

rente mientras que ella, infiel y desdeñosa, sin darme siquiera una esperanza, se burlaba de mí dispensando á otros, á mi presencia, preferentes miradas, tan sólo acaso por hacerme sufrir. Arrancar este amor era imposible; pero yo no podía tampoco seguir apurando la copa del dolor llevada tantas veces á mis labios. No había, pues, más remedio que tomar una resolución definitiva; y así lo hice después de sostener conmigo mismo una lucha terrible: resuelto á todo, escribí á Adelina un billete concebido en estos términos.

“Mucho he padecido por tu causa, y es necesario poner fin á esta indecisión que tanto me martiriza. Si estás dispuesta á concederme lo que te he pedido anteriormente, dímelo de una vez para saber á qué atenerme. No estará demás comunicarte que si mi suerte es adversa, nunca volverás á ver á Jorge.” La respuesta no se hizo esperar demasiado; figúrate con cuánta ansiedad rompería la cubierta, siendo aquél un asunto para mí tan importante. “Repetidas veces he dicho á Ud. que me es de todo punto imposible aceptar la amistad que me propone. Puede Ud. hacer lo que mejor le parezca.”

—Y ése es el motivo que te hace estar tan contento?

Es extraño, es singular.....

—No me interrumpas, que aun no he concluido.

—Sigue, pues; desco saber el desenlace.

--Recibir aquella tarjeta, y sentirme como herido por un rayo, todo fue uno: mi corazón estallaba en mil pedazos, y después de un largo rato de inacción y terrible silencio, exclamé, en el colmo de la desesperación: "Adelina, maldita seas!" Después, ya un tanto calmado, ordené á mi sirviente de confianza arreglara todo lo indispensable para un largo viaje que debíamos emprender ese mismo día. Luego que hube escrito unas cuantas líneas de despedida para tí, me dirigí á montar, abrumado con el peso de tantos infortunios. Iba ya á dar el adiós postrero á mi querido pueblo natal, cuando se me presenta un individuo, jadeante, llevando una carta, cuyo sobre rompí con precipitación. La letra era de Adelina, y decía así: "Te he probado demasiado, y estoy convencida de que verdaderamente me amas, que era lo que yo necesitaba; puedo, pues, ahora confesarte con entera confianza, que te amo, que soy y que seré sólo tuya y que puedes disponer de mi corazón."

De un salto me puse en tierra, y sin saber lo que hacía, abracé al enviado, le dí cuanto dinero tenía en los bolsillos de mi chaleco, y, en el acto, vestido de camino, como me estás viendo, me vine para acá con el objeto de participarte tan colosal acontecimiento.

—Venga un abrazo interminable,—le dije, apretándolo con todas mis fuerzas.

—¡Ah! se me había olvidado la princi-

pal,—agregó. Hay una *postdata* ¡benedita *postdata*!

“Esta tarde, á las cinco, nos veremos en el paseo de “Las Palmeras.”

Soy, pues, completamente feliz, estaré cerca de ella, y le diré tantas cosas que..... hombre, me parece volverme loco.

Adiós, mañana te lo contaré todo.

—Al fin fué feliz: gracias á Dios,—exclamé así que lo ví alejarse.

II

Ya me disponía á hacer una visita á Jorge, pues eran las cinco de la tarde del día siguiente al en que debió haberse efectuado la entrevista entre él y Adelina, y á estas horas nada sabía acerca de aquella; cuando me presentan una carta, cuyo sobre rompí velozmente al reconocer la letra de mi amigo, y al pensar que me hablaría de su felicidad.

Decía así:

“Guillermo querido, escribo esta carta bajo una terrible impresión.

Hay seres que desde que nacen tienen impreso en su frente el sello del sufrimiento, que debe hacer más tarde desesperada y miserable su existencia; seres malditos, que si se consagran al bien, por lo mismo que son malditos, sus actos resultan malos, aunque sean ejecutados con rectas intenciones.

De esos seres soy yo, Guillermo: la experiencia me lo ha demostrado, y una

vez más vengo á convencerme de que, en el sombrío horizonte de mi vida, no alumbrará jamás el sol de la felicidad,

Pero divago demasiado; necesario es aprovechar los instantes para referirte en pocas palabras lo que me sucedió ayer, pues temo que la exaltación febril en que me encuentro, no me permita hacerlo más detenidamente.

Presuroso acudí al lugar de la cita; recorrí con la vista todos sus puntos, y convencido de que Adelina aun no había llegado, me estuve bajo un árbol, que me parece era un sauce, y esperé impaciente.

El melodioso timbre de una voz juvenil me hizo salir de la meditación en que me encontraba sumido, y mi corazón palpitó fuertemente como si presintiera que iba pronto á encontrarse dominado por nuevas y grandísimas emociones.

¡Y cuál no sería mi sorpresa! ¡Cuán grande no sería mi dolor al observar que Adelina apoyaba uno de sus brazos sobre los hombros de un caballero, al parecer joven y elegante!

Hice un esfuerzo supremo para no precipitarme sobre ellos, procuré reponerme con el fin de verlo todo y me oculté tras el árbol.

Ellos continuaban caminando en sentido opuesto al sitio en que me encontraba, yendo al fin á sentarse á un banco, situado cerca de unos limoneros.

Eso era lo que yo deseaba, tenerlos de frente, cerciorarme de la intimidad que

los unía, para preparar el castigo que debía recaer sólo sobre aquella mujer perjura y falaz.

Poco después de haberse detenido allí, áquel hombre, á quien odiaba ya, rodeó con un brazo la cintura de Adelina, y ella dejó caer lánguidamente su cabeza sobre un hombro de aquél.

En este momento la sangre toda afluyó á mi cabeza; y así como un tigre se arroja rápido sobre su presa, así también yo me lancé, lleno de coraje, con intención de asesinar acaso á los que se habían burlado de mi credulidad.

¡Miserables! grité luego que hube llegado asestando un terrible golpe, que dejó tendido a mi presunto competidor. Adelina, horrorizada, lanzó un grito, cayendo desmayada á mis pies.

Una sensación muy distinta de las anteriores experimenté entonces: una fuerza superior á las mías parecía detenerme allí; las piernas me flaqueaban; sentía mi cráneo próximo á estallar, y mis ojos, aunque luchaba por cerrarlos, se dilataban más, sin duda para que contemplara aquél horrible cuadro que tenía en mi presencia.

Impotente para prestarles auxilio, sin saber yo mismo lo que sucedía, emprendí la fuga para evitar el castigo que merecía este crimen.

¡Cobarde! ¡Insensato!

Aquél hombre era el hermano de Adelina.

Los celos ¡ malditos celos ! son la causa de mi desgracia.

Es imposible que nos volvamos á ver; no me busques, que cuanto hagas para ello será en vano.

Adiós.....

JORGE.”

III

Ocho días después de haber recibido esta carta, desesperanzado ya de poder encontrar á mi amigo, hallándome en mi escritorio, oí, del lado de la calle, el rumor de muchas voces como mezcla de alegría y de lástima é la vez. La curiosidad me obligó á salir á la puerta para averiguar la causa de aquel bullicio anormal; dirigí la vista hacia el grupo de gente que se hallaba á pocos pasos de mi casa, y la dolorosa actitud de un sér infeliz fué lo primero que llamó mi atención.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, unas veces risueño, otras serio, avanzaba pausadamente, sin irritarse contra los curiosos que lo seguían.

De pronto comenzó á gesticular, exclamando al fin:—Allí están..... y ella no me ama..... miserables.....!!

Y lanzó una estridente carcajada.

Pobre Jorge..... estaba loco!

1886

PARA LOLA

Las flores más preciadas que ostenta Primavera,
Los cantos más melífluos de las parleras aves,
La brisa fresca y tenue que mece la palmera,
Las fuentes cadenciosas con sus murmurios suaves,
De espléndida mañana el irisado albor;

Las trovas inspiradas de sentido poeta,
Las notas de las arpas que vuelan dulces, puras,
Los cuadros que se escapan de artística paleta,
Los sueños de esperanza, las ansias de venturas,
Que nacen en el alma á influencia del amor;

Todo esto tú mereces, Reina de la belleza,
Todo eso anhelo ahora en el sonriente día
En que es más atractiva tu noble gentileza,
En que esparces con gracia más luz y más poesía,
Aquí donde tú brillas, en tu tranquilo hogar;

Todo eso anhelo ahora, y pues no puedo tanto
Como lo que mereces, toma estas frescas flores,
A las que unir yo quise este sencillo canto,
Ajeno á mis pesares, contrario á mis dolores,
Un canto que el cariño por tí supo inspirar.



AMELICATL

LEYENDA INDIANA

I

EN aquel pequeño caserío que tantas veces habían destruido los arroyos que bajaban del *Lamatepec*, ⁽¹⁾ se encontraba oculto el cacique Xochitl con sus mujeres y sus hijos: huía de los blancos que habían invadido sus tierras y que habían incendiado su palacio de carrizos de la laguna.

Un guerrero empenachado que pasó por Huic-Oztotl, supo que allí estaba escondido el desgraciado cacique, y se detuvo para pintarle los horrores de la muerte del gran Atlacatl, el rey de Cuscatlán.

Xochitl temblaba y se hacía rodear de las mujeres para contarles sus sueños de

(1) Volcán de Santa Ana.

horcas ensangrentadas y de carnes abiertas por las armas misteriosas que echaban humo y fuego.

Era preciso resignarse á sufrir aquella imposición tan dura de la suerte: había que morir.

Los hombres de piel blanca todo lo asolaban: mataban á la mujer, mataban al anciano, mataban al niño.

El indio se iba al cerro, á la cumbre del cerro huyendo de su perseguidor sin piedad; pero el hambre lo empujaba al valle, y el indio era allí cazado como el ciervo, como el *pizoti* en las sabanas tropicales.

Xochitl tenía horribles visiones: por momentos le parecía realizar la esperanza de flechar á los invasores, de presenciar su exterminio en medio del gozo de la venganza salvaje; é invocaba á sus dioses, invocaba á *Tínel*, el Sol; pero los dioses no acudían en su auxilio, y entonces Xochitl, que estaba solo, se desesperaba y caía en un abatimiento profundo.

II

Al ver Amelicatl, la primogénita de Xochitl, al extranjero que silenciosamente se le acercaba, dió un grito de horror, y, ligera como un venado que el cazador sorprende, se perdió saltando por entre la arboleda del bosque, camino de su choza.

El desconocido partió veloz en su persecución, describiendo una curva, sin du-

da con la esperanza de salirle al paso á la fugitiva.

Después, el ruido de hojas secas que se pisan y el chasquido de débiles ramas que se quiebran.....

Los dos corrían, corrían.

III

Era hermosa Amelicatl, con la color de canela y con el cuerpo de hombre grande. Pero estaba bien formada, eso sí: su cabellera era como un manto, y era negra, negra como sus ojos reveladores de pasión que se desborda. La nariz era energía, la frente enteligencia: la boca, de labios ligeramente abultados, formaba un arco rojo, que guardaba la delicia de quemantes besos. A su cintura se ajustaba la enagua corta de plumas de *tequëshol* y de papagayo; y de allí descubierta hasta la garganta, que estaba adornada con una golilla tejida de fibras y de medallones de pedernal.

Los súbditos del cacique la llamaban *Metzti*, por bella. Es decir, la Luna.

Era hermosa Amelicatl con su color de canela y su cuerpo de hombre grande.

Aquella mañana se había retirado de la choza en busca de flores silvestres para sus hermanitas.

El alférez Cabral, el extranjero que la había sorprendido, andaba extraviado. Se separó del cuerpo de exploradores para perseguir su caballo, y perdió la vereda del campamento.

—Ya vendrán los camaradas, se dijo.

Y se tendió fatigado y soñoliento bajo un álamo blanco.

A poco se oyó una especie de salmodia entonada con voz trémula: era Amelicatl que llegaba. Cabral se incorporó, la contempló un instante, y avanzó hacia ella cautelosamente.

Antes de que hubiera notado la presencia del extranjero, había ella acercado á sus labios una flor de pétalos purpúreos, y había sonreído con sonrisa dulce, que denunciaba ternura en aquel pecho salvaje.

En medio del vasto silencio del bosque, el alférez se sintió atraído hacia aquella mujer, y se olvidó del campamento y de los camaradas.....

IV

Los dos corrían, corrían.

Ya la alcanza Cabral, ya alarga su diestra, falta poco; pero ella salta en las hondonadas, ágil como una ardilla, y Cabral no salta, no puede saltar en aquél terreno para él desconocido.

Se le escapa, desaparece entre los árboles, se oculta tras los otros.....Y su perseguidor no cede: cada vez que cae al tropezar con troncos que cubre la maleza, ó al enredarse sus pies en los galariposos trepadores, cobra nuevas fuerzas, y avanza y sigue á la hermosa Amelicatl, rompiendo los breñales de la selva virgen.

V

—No temas, no voy á hacerte daño, le decía el conquistador, como si Amelicatl pudiera comprender aquel lenguaje.

Y ella tiembla en su escondrijo de matas de *esquinsuche*; y no se atreve á moverse, temerosa de morir al intentar la fuga.

Cabral la toma de una mano, y ella entonces cierra los ojos y comienza á gesticular y á decir algo que se traduce por un ruego: creía próximo su fin y pedía, acaso, la gracia de la vida la vencida princesa india.

De repente abre los ojos y fija una mirada escudriñadora, recelosa, profunda, en el alferez, mirada que por instantes revelaba temor y sorpresa, por instantes confianza y gratitud.

Cabral había besado aquella boca de arco rojo y comprimía entre las suyas la mano de Amelicatl, quien temblaba ahora, pero no de terror, sino de emoción suprema, indefinible.

¿Qué le parecería aquella transición tan brusca, á ella que esperaba caer muerta á los pies de su perseguidor, á ella que sabía tantas crueldades de los hombres blancos de lejanas tierras?

VI

—Te amo, te amo como nunca he amado, le decía el alferez, mirándola con pasión y con ternura. Ve, por tí me que-

daré en estos sitios, me separaré de mis compañeros y moriré antes que permitir que te causen daño, si por acá se acercan. Mi tierra es muy hermosa, muy hermosa; pero no volveré á ella si me quieres, si eres mía, y viviremos en estos bosques, arrullados ambos por los gorjeos del *zinzoutle*, acariciados por las brisas impregnadas del aroma de los bálsamos. Yo soy un soñador, sabe, yo soy un soñador que vengo hastiado del mundo viejo en que todo es falsía y materia, para buscar los encantos de la naturaleza de este mundo que acaba de nacer de entre espumas.

Y poniendo sobre su corazón la mano de Amelicatl, prosiguió:

Ambiciono el amor de una mujer inocente, de una mujer que ignore la manera de engañar á un hombre de corazón ingenuo y de alma sentidora; ambiciono el amor de una mujer nueva, que me haga gozar esos goces puros que fortifican el espíritu y que elevan la mente á las regiones de la luz y de la esperanza.

Ambiciono el amor de una mujer de estas montañas: ambiciono tu amor, tímida virgen, y por conseguirlo haré cuanto me mandes, cuanto anheles. Mira, dejaré este traje de extranjero y me vestiré de plumas, como tú, y recorreré contigo las serranías y las cañadas, y saltaré por los ríos, y penetraré á las cavernas..... Llevo una herida en el pecho, una herida profunda, causada por una

mujer de la tierra que he dejado. Restaura tú la sangre, cicatriza tú la herida, hazme feliz, pues que lo puedes.

Allá lejos, muy lejos, tras aquellas colinas azules que cortan el horizonte, hay muchos hombres como yo, que han venido en pos de gloria, unos, con sed de riquezas, los más; pocos, muy pocos por hacer el bien. Pues yo he venido á esta región, huyendo de otra, en busca de una mujer que sienta como yo siento, que goce cuando yo goce, y que si el llanto asoma á mis ojos, también lllore conmigo... Y tú eres ese ideal que tanto acaricio, tú ese sér que tanto he buscado: sí, tus ojos me lo dicen, tu emoción me lo confirma, el candor de tu faz me lo está probando.....

Y la besó Cabral una y dos y muchas veces más, delirante, en un arrebato de pasión creciente y desbordada.....

Amelicatl, que había demostrado amoroso interés por interpretar cuanto Cabral le había dicho, acabó por convenirse de que el extranjero no la engañaba, y cayó conmovida á sus pies para cubrirle de besos las rodillas, en testimonio de reciprocidad de afectos y según usanza de la comarca.

El alférez la levantó, y ella, después de pasarse una mano por la frente, tomó de otra á su amante, dijo algunas palabras, y lo llevó por una senda estrecha, indicando en sus ademanes una resolución para Cabral no comprendida.

VII

Ya próximos á la choza, Amelicatl dió un grito agudo, especial, y apareció Xochitl, el cacique, armado de una *macana*, y avanzó feroz, casi á saltos, con la siniestra en la frente, como haciéndose sombra.

Al ver á Amelicatl sonriente en compañía de aquel hombre parecido á los hombres que habían invadido sus tierras y que habían incendiado su palacio de carrizos de la laguna, retrocedió sorprendido, confuso, como demostrando incredulidad de lo que veía; pero de repente se irguió irritado, gesticuló haciendo rechinar sus dientes, y levantó la *macana* en són de amenaza. Entonces Amelicatl salió al encuentro de Xochitl, y le dijo:

—Padre, cálmate, el blanco es bueno, el blanco no viene á matarnos, el blanco..... quiso que besara sus rodillas, y he besado las rodillas del blanco.....

Entonces Cabral desciñó su espada, y con muestras de profunda sumisión, la entregó al cacique, quien, en medio de las emociones extraordinarias que le producía aquel acontecimiento, había comprendido lo que pasaba entre su hija y el raro conquistador.

Los pocos habitantes de Huic-Oztotl se fueron presentando llenos de sorpresa y miedo.

El cacique les habló, les mostró la espada, y ya calmados, se acercaron más

á contemplar absortos al atrevido huésped.

Pero un indio que se separó del grupo, y que había visto á Amelicatl llevando de la mano, cariñosa y conmovida, al alférez Cabral, hirió el suelo con sus pies, dijo algunas palabras entre dientes, y corrió como un loco hasta perderse en la montaña.

“¿Quién lucha con el amor
Y á la vez con el olvido?”

El extranjero era un mozo garrido, de ojos garzos y cabellos blondos, alto, vigoroso; y el pobre indio con su cobrizo color, y el pobre indio.....!

VIII

Amada, ven: la luz comienza á enrarecer las sombras y próximo está el instante en que aparezca dorada la cumbre del Lamatepec; oye, el *zinzonte* ha despertado y ensaya en el *amate* los gorjeos infinitos de su buche; despierta tú, hermosa enamorada mía, despierta y canta las dulces notas de tu música salvaje, más variada y más tierna que la música de los cantores de las frondas. Amada, ven, la naturaleza está alborozada, el campo parece que sonrío y sólo faltas tú aquí, para que las flores silvestres, tus hermanas, abran sus corolas saludándote y te regalen con el aroma embriagador de sus cálices.

Deja tu tibio lecho y partamos pronto á aquel paraje que tú me has señalado

en el horizonte: allí el ángel que preside la dicha de los amores puros estará con nosotros y nos cubrirá con sus blancas alas. ¡Qué hermosa está la mañana, vida mía! Ven, encaminémonos ya al sitio de tu predilección, antes que el sol caliente el aire que circula en el llano, y antes que el tigre abandoné su cueva de la noche.

¡Qué bella estaba la india con su vestido de fiesta! Qué bizarro el alferez con su penacho de plumas y su luciente carcaj!

IX

El contemplaba absorto el pintoresco paisaje de la laguna de Cuat-pec, mientras ella cortaba *suquinayes* y *chichipinces* y hacía un ramo para ofrecerlo al amado de su alma.

—Qué encantador es este sitio, exclamó Cabral acercándose á su compañera. Así no los hay en la tierra que he dejado: aquí hay vida, aquí hay exuberancia, aquí hay plenitud de inagotables riquezas naturales: ésta es la tierra de las sublimidades grandiosas, ésta es la tierra predilecta de Dios, esta tierra es como un nido inmenso formado para el amor bendito.....! Amada, ven, junta á los míos tus encendidos labios en presencia de esta naturaleza prodigiosa que te ha formado á tí tan encantadora y ardiente como ella y tan airosa como esas esbeltas palmeras de las orillas del lago. Mira, en aquella islita cubierta de verdu-

ra podremos vivir si así te place: allí yo mismo te haré tu palacio de cañas y de juncos, y haré una barca que tú manejarás con una rama de *corozo* como un remo. Sí, aquí nos quedaremos para siempre, bajo estos toldos de lianas y de flores, escuchando el rumor de la laguna y el aleteo nervioso de los nidos..... Siéntate aquí, á mi lado, amada mía, y cántame algo de esta tierra; sí, canta, que tu voz quejumbrosa y dulce adormece mi corazón y embriaga mi mente soñadora.

Y le indicó que cantara.

Entonces Amelicatl reclinó su cabeza en el pecho del alférez, y con un tono de salmodia, suave y tierno, cantó:

Nu yulu nigneguiti,
 Estac nu tágat
 Taha nu túnal, nu shúshit
 Naha ne te sihuápil.

Te múmay tit nu múmay,
 Te múshish ue tit nu huélpán:
 Nigneguiti si metzi nignegui
 Nu tata nignegui si. (*)

Un sonoro beso acalló la armonía del canto.

(*) Traducción del NAIHUAT.

Mi corazón te quiere,
 Hermoso hombre mío,
 Y eres mi sol, mi flor,
 Y yo soy tu mujercita.
 Tu mano es fuego en mi mano,
 Tus ojos son fuego en mi alma:
 Te quiero como quiero á la Luna
 Y como quiero á mi padre.

Pero los pajaritos, emulados por aquella voz meliflua, gorjearon, formando una armonía que se confundió con la rara armonía de los besos.

De repente tiembla Amelicatl y se pone de pie, lívida é intranquila: ha escuchado, entre los trinos, algo como un lamento, la repetición pausada de una nota que forma una triste monotonía.

Era el *tecolotl*, el ave fatídica que presagia la muerte: estaba cerca, muy cerca de los enamorados, en un *tigüilote* nudoso y de extendida copa.

Cabral corre hacia el árbol para vengarse del ave que en mala hora había llegado allí á interrumpir aquel idilio de ventura; pero de entre las ramas parte zumbando una saeta que le hiere en el corazón, y cae el infeliz con las contorsiones de una horrorosa agonía.

Amelicatl clava los ojos en su amado, y permanece un instante inmóvil, como si aquel golpe tan rudo é inesperado la hubiera pnesto insensible é indiferente; pero de pronto se precipita sobre Cabral, levanta su cabeza con ambas manos, y en medio de amorosos besos, le dice quién sabe cuantas cosas hijas de su dolor sublime.

Y lanza un gemido, le faltan las fuerzas á la desventurada Amelicatl, y cae desmayada sobre el cuerpo del conquistador, que aun se sacude con los espasmos de una vida que termina.

X

Aquel grito tenía de carcajada y de rugido: era una carcajada feróz que engendró la venganza, que es un placer para los corazones innobles, para las almas de instintos horribles.

El indio Tieuáhuít estaba satisfecho.

Ahora precisaba evitar el castigo que exigía aquel crimen, y huía el despechado amante á lejanas tierras, salvando precipicios y luchando con las corrientes de los ríos.

XI

Al día siguiente el cacique Xochitl, que llegó á la laguna en busca de albergue porque los blancos se aproximaban á Huic-Oztotl, encontró los cadáveres de su hija Amelicatl y del alférez Cabral, sembrados de saetas envenenadas, hechas de plumas negras.

El cacique, con la ayuça de sus mujeres, levantó sobre los cuerpos dos tumbas de tierra, tan cerca una de otra, que se juntaban por sus bases.

XII

Contaban los indios viejos de los alrededores de la laguna, que de aquellas tumbas brotaron dos límpidas fuentes de temperaturas distintas.

Contaban también que en las noches de luna, á manera de blancas nubecillas, se levantaba de cada fuente una figura

humana, y juntas, enlazadas, se las veía avanzar sobre las aguas, camino de la isla grande, y volver y perderse en la sombra de la arboleda.

Un viajero que estuvo en la orilla oriental de la laguna de Coatepeque, recuerda estas apariciones de las noches calladas.

Las fuentes existen, una caliente y otra fría, muy próximas entre sí.

Sólo de las tumbas no han quedado vestigios.

1891

CARTA DE UN MAESTRO

Las Horcas, marzo veintiuno
Del año noventicuatro.
Señor don Cosme Lorocos,
La Paz.—Compadre estimado:
Tomo la pluma con gusto,
Y después de saludarlo,
En unión de mi comadre
Y de su niña, me lanzo,
Para complacer á usted,
A decir cómo lo paso
Con esta cruel profesión
A que me he dedicado,
Y que acabaré con migo
Si de ella no me separo,
Ay compadre! usted bien sabe
Que aquí es maldito el trabajo
Que en otras partes se tiene
Como un ministerio santo:
Aquí el maestro es un quidam,
Nada más que un pobre diablo,
A quien se ve, en cualquier parte,
Como á un pedazo de palo;

Y tan cierto es lo que digo,
Que "maestro" es un vocablo
Que usa mucho nuestra gente
Como una afrenta, como algo
Que herir pudiera á los hombres
Que viven sólo enseñando.
Y no para aquí el asunto:
Los maestros son el blanco
De criminales calumnias,
Obra de pillos y vagos,
Que si no hacen ningún bien
A la sociedad, es claro
Que en paz debieran dejar
A los que están trabajando
Por el progreso del pueblo,
Que es un loable trabajo;
Pero no, señor, lo cierto
Es que abundan los ingratos,
Que no estiman esta obra,
Que no es obra de zanguangos,
Para los que sólo vale
Del vicio el funesto arraigo.

Compadre, usted es dichoso
Viviendo siempre alejado
De este hervidero tremendo
En donde abunda lo malo,
Murmuraciones y chismes,
Ofensas, injustos cargos
Y cosas que, por enormes,
Mejor ahora me callo.

Usted vive con pobreza,
Pero tranquilo: el bocado
No le sabe como á mí,
Que me sabe tan amargo.

Su pobreza es llevadera :
La del maestro ¡ Dios santo !
Es pobreza en que metido
Está de por medio el diablo.

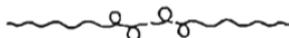
Usted es dichoso, vive
“Ni envidioso ni envidiado” ;
Pero en puestos como el mío.....
Compadre, no hay que meneallo...
Y esto con todo y que somos
En sociedad despreciados,
Al extremo de que sólo.
De invitaciones tratando,
Del pedagogo se acuerdan
Cuando se va al otro barrio
Alguno que ya no quiso
Tratar con tanto fulano.....

Hay, por supuesto, excepciones;
Hay personas de buen trato,
Gente educada que sabe
Que no es un oficio bajo
El de formar corazones.
El de formar ciudadanos
Que más tarde darán honra
A su familia, al estado :
Pero esto en nuestras ciudades
Es, á la verdad, tan raro,
Que por dos que juzguen bien,
Hay cien que están en contrario.

Termino aquí esta misiva,
Y después, en otros ratos,
Que mis atenciones múltiples
Me dejen desocupados,
Me extenderé un poco más,

El mismo asunto tratando,
Ya que usted así lo quiere,
No sé por qué. Mientras tanto.
Cúdense mucho, compadre,
Cuide á la familia, y cuando
Me vuelva á escribir, no deje
De hablarme del boticario,
Que es un amigo excelente
Y un espléndido muchacho.
Conque, adiós, y no se olvide
De su compadre,

Luis Garfio.



ORLA NEGRA

A JESÚS ALAS

CUANDO me dieron la inesperada noticia, solté involuntariamente el libro que leía, y clavé mis ojos en el emisario imprudente, dudando aún de la veracidad de sus palabras.

Después, aturdido, con la respiración anhelosa, y sintiendo que el corazón se me rompía, me fuí á tu casa, á presenciar el cuadro horroroso de tu desesperación.

¡Más valiera no haber ido! Más valiera no haberme encontrado aquí ese día cuyo recuerdo no se borrará jamás de mi memoria!

Te lo confieso con franqueza: fuí contra mi voluntad, salí á la calle haciendo un esfuerzo que se me ha de haber notado en el semblante.

Contra mi voluntad, porque no que-

ría verte convertido en víctima de la desgracia más cruel que se puede sufrir en esta vida de miserias.

Porque demasiado comprendía que tú, buen padre y hombre sensible como buen artista, estarías agobiado bajo el peso de un dolor sin nombre, cuya rudeza espanta á los que saben de estas congojas del hogar.

Otras veces, cuando me has llamado para participarme de tus alegrías, he corrido con gusto y me he sentido feliz en medio de las fraternales expansiones de tus fiestas.

Pero ahora tendría que verte triste, tendría que enjugar tus lágrimas y ver á tu compañera, á la pobre madre, sin su dicha de ayer, sin su hermosa esperanza del mañana.

Por eso no quería ir á tu casa.

**

Abrí la puerta con temblorosa mano, y ¡qué espectáculo, gran Dios!

Tuve la intención de decirte una palabra de consuelo, y se me hizo un nudo en la garganta, y apenas pude estrecharte entre mis brazos.

Cuando pude levantar la frente, volví la vista en torno de tu desarreglada estancia, y mis ojos se clavaron de pronto, con tenaz insistencia, en el cuerpecito exánime de la hija de tu alma, de tu María Antonieta, que ya no te sonreiría más, ni te tendería sus bracitos como sabía hacerlo cuando volvías del cuartel.

Y pensé en mi Blanca Rosa, y me horroricé tanto, que por un momento sentí como que perdía la razón.

Y, considerándote, lloré con tigo porque tenía necesidad de desahogar mi pecho y de procurarme algún alivio para ver cómo te tranquilizaba en aquel trance indefinible.

Y cómo tranquilizarte en presencia de tanto infortunio!

El ave de los gorjeos dulces, encanto de sus padres, luz y poesía del hogar, había abandonado el nido de un amor que Dios bendijo:

“Y fué su vuelo tan alto,
Que esa vez tocó en el cielo.”

Y ya no volvería, y tú y tu buena compañera estarán solos, solos con su dolor, solos con los recuerdos de esas dichas reservadas á los padres felices.

Llora, amigo mío, llora hasta que las lágrimas escalden tus mejillas; llora cuanto llorar debas, que el llanto alivia del peso que oprime al corazón cuando hay pesares profundos. Llora, da tus quejas de padre amante, pero no te desesperes ni abras tus labios para pronunciar una sola frase de reproche.

Tú profesas los sublimes principios de la consoladora religión del Cristo. Pues bien, piensa en Dios y confórmate con los decretos de su voluntad soberana.

Un poeta—filósofo ha dicho:

“Que es sabio únicamente en esta vida
El que sabe querer lo que Dios quiere.”

Pues bien, amigo mío, vuelve al cielo tus ojos, ponte una mano sobre el corazón, y procura querer lo que ha querido aquél que no hace más que cosas buenas.

Piensa en la felicidad que disfruta la niña que se fué.

Hoy es un ángel que ruega al Creador por sus desolados padres.

¡Quién sabe que hubiera sido de ella en medio de los peligros de esta tierra de miserias!

Ella es dichosa, y si tu amor es tan grande, aun debes complacerte con esa bienandanza reservada á los que mueren inocentes como tu tierna María.

Ahora recuerdo el final de unos versos dedicados á un padre que, como tú, había perdido á su primogénita y se entregaba á los extremos de una desesperación indefinible.

Después de confortar su corazón con los recursos preciosos de nuestra religión sublime, concluía:

Fué su alma tan pura como bella :
Envidiad su corona de azahares,
Y no lloré's por ella!

1893

DE STECHETTI

Cuando arranque el otoño de las ramas
Las hojas amarillas y tú vengas
A orar junto á mi cruz al camposanto,
La encontrarás cubierta de retamas,
Que te habrán de pedir que te detengas
A darles el rocío de tu llanto.

Humedecerlas debes, y en tu rizo
Coloca la más fresca, la más pura :
Tu recuerdo esas flores brotar hizo
Del corazón, allí en el camposanto :
Son versos que no oíste, en mi ternura,
Lo que nunca te dije, que fué tanto!



EL MAGO ABD-el-AKIR

CUENTO ORIENTAL

I

AQUELLA tarde el semblante del buen viejo revelaba una alegría indecible.

Cada contracción del cadáver lo hacía gozar tanto, que hablaba y gesticulaba como un loco, paseándose, al mismo tiempo, por aquella sala de forma irregular, que no estaba alumbrada más que por una lámpara de moribundos reflejos.

De repente se detuvo el anciano y dió un extraño grito que revelaba pavor y alegría, algo como mezcla de duda y de entusiasmo en aquel momento solemne.

El gran descubrimiento estaba realizado: el sueño tenaz de casi toda su vida acababa de trasformarse en una verdad que hería fuertemente su imaginación y que se desenvolvía ante sus ojos de una manera palpable y real.

El negro Akot-Amet, el de la férrea musculatura y el pecho de atleta, había

vuelto á la vida después de cincuentinueve horas de ser un cadáver rígido y extremadamente espantable. Estaba sentado y se oprimía las sienes con ambas manos, mientras hacía girar en sus órbitas, con rapidez que daba miedo, aquellos ojos amarillos y sin luz.

Ya recorrería, como en otros tiempos, el gran desierto de Gobi, en su soberbio alazán de Murzuk, y robaría á las caravanas, como lo tenía de costumbre.

II

Abd-el-Akir parecía loco de alegría.

Inmediatamente reunió á sus mejores amigos de Kokán, ordenó á Assa, su vieja compañera, preparara un choto cebado para obsequiarlos y darles á conocer lo que él era y lo que había realizado, y mandó abrir, por primera vez, después de diecisiete años, el subterráneo donde guardaba los licores famosos de Bokara.

De repente suspendió sus paseos, volvió sus ojos al cielo, y levantando sus brazos hasta ponerlos perpendiculares al suelo, exclamó:

—¡Oh Mahoma, profeta de profetas! Por tí, Dios ha querido destinarme á ser el gran benefactor de la humanidad, desde luego que me ha concedido el dón precioso de restituir la existencia á los que se fueron de este mundo.

Yo volveré la alegría á los hogares, secaré las lágrimas de las pobres madres y de las viudas desesperadas, haré felices á los indefensos huérfanos, á los hermanos

que perdieron hermanos y á los protegidos que quedaron sin bienhechores. Yo, por medio de este misterioso líquido, conquistaré bendiciones de los que padecen, y seré inmortal, y las generaciones desfilarán á mi presencia y se inclinarán reverentes ante su salvador supremo. ¡Oh Mahoma, profeta de profetas, bendito seas!

III

La fiesta se prolongó hasta la media noche, y, como lo había prometido Abdel-Akir, comenzó al fin su interrogatorio, para cerrar el acto, con voz grave y ademanes magestuosos.

—¿Os consta á todos vosotros la muerte de Akot-Amet, el tenido en toda la extensión del gran desierto de Gobi?

—Nos consta, dijeron á una voz.

—¿Sabéis vosotros que desde hace muchos años vengo trabajando por descubrir el medio de volver á la vida á los difuntos?

—Lo sabemos.

—¿Habéis oído hablar del buen éxito de mis experiencias en los animales al siguiente día de muertos?

—No cabe duda.

—Pues bien, el cadáver de Akot-Amet fué robado por mí del cementerio cuando comenzaba á entrar en descomposición; lo traje á esta casa sigilosamente, y después de las sagradas invocaciones, rocié sus sienes y su corazón con el maravilloso líquido, y hé ahí que el espíritu se unió

de nuevo á la materia, y el hombre abrió sus ojos á la luz, y el milagro fué.

Los concurrentes estaban asombrados, y sólo se acariciaban sus luengas barbas, sin atreverse á desplegar los labios.

Abd-el-Akir agregó:

—Preparaos para saludar á Akot-Amet.

Y lo llamó con un grito.

Entonces apareció el resucitado andando con inseguridad como un convaleciente.

Y les refirió, como pudo, cuanto había sentido antes y después de su muerte.

—Ya lo véis, dijo el mago, ya lo véis: ahora, id por la ciudad y contad á las gentes el hecho portentoso, y anunciad que el día de mañana estaré en el cementerio principal, para dar la vida á los que hayan muerto antes de noventa horas, contadas desde el amanecer.

IV

Kokán estaba desierto.

Sus habitantes, formando una masa compacta, se habían apiñado á las puertas del gran cementerio para presenciar el suceso grandioso de la resurrección de los muertos.

Era aquél un cuadro indescriptible.

Allí había semblantes en que se pintaba el terror, la duda, la desesperación, la pena, la alegría

A poco, á una señal convenida, se suspendió la algazara de los concurrentes, y habló Abd-el-Akir.

—Es llegada la hora, dijo. Guardias, que entre el primero.

Y se precipitó una mujer joven y hermosa que vestía de negro.

Señor, exclamó con voz ahogada, no interrumpáis el sueño de mi esposo; dejadlo en su tumba, que..... Os lo pido por Mahoma..... por.....

Y cayó de rodillas cubriéndose la cara con las manos.

—¡Miserable! dijo el mago temblando de ira: tu marido te estimó, fué bueno, fué complaciente, y si él se hallara en tu lugar, bien sé que me pediría tu vida y que por ella me daría toda la hacienda de que tú disfrutas ahora. Y así no quieres que vuelva á tu lado..... ¡ Infame!

—Señor.....

—Sí, ya lo sé, tienes razón..... el gran pecado; sí, lo veo en tu frente..... el gran pecado, y si él volviera..... Véte, mujer, véte, que no he de interrumpir el sueño de tu esposo.

Abd-el-Akir estaba pensativo.

—Oíd, señor, le dijo un joven de agradada presencia: pedidme cuanto se os antoje, pero dejad tranquilo al buen viejo Asser: á su muerte heredaré todos sus bienes, y si lo resucitáis, me veré como antes, un simple protegido en condición de hijo de dominio. No quiero ser despojado, señor; prefiero daros algo á vos: pedid

—Quitad á este bribón de mi presencia, gritó el mago con ademán amenazante.

El joven fué sacado á empellones.

Abd-el-Akir parecía abatido.

A continuación penetró otro mozo, y dijo con energía y resolución :

—No intentéis levantar á mi hermano, porque lo pasaréis muy mal. Mi padre no posee muchos bienes de fortuna, y no conviene un heredero más. ¿Lo oís?

El mago clavó sus ojos en el mancebo, y exclamó suspirando :

—¡Qué decepción tan horrible! Con que así es la humanidad..... ¡Pobre humanidad! ¡Y yo que pensé haber hecho un bien animando cadáveres de seres que yo creía siempre queridos, aun en la tumba..... Y tan pronto el olvido..... Y que el goce de un placer criminal y la ambición de riquezas superen en este mundo al amor de familia, á las satisfacciones puras del hogar bendito.....! ¿Dónde está la gratitud, dónde el amor santo? Oh, Mahoma!

Abd-el-Akir sacó con presteza un puñal resplandeciente y se lo hundió en el pecho del lado del corazón.

Y rodó sobre una tumba.

En ese instante entró una mujer precipitadamente, con muestras de angustia suprema.

—Dadle la vida, dádsela pronto, gritó, y aunque me quitéis la mía después de haberlo visto y haberle dado un beso en en su frente.

Aquella mujer era . . . una madre!

Ni en el Cielo ni en el Infierno

A TIBURCIO AGUIRRE

—¿QUIÉN llama? preguntó malhumorado San Pedro.

Y el infeliz se puso á temblar de pies á cabeza al oír la robusta voz del divino portero.

Hacía más de dos horas que daba golpecitos en la gran puerta; pero lo hacía con tanto miedo, con tal timidez, que el santo de las llaves nada había escuchado al principio.

—No tienes carne ni para un anzuelo: apuesto cualquier cosa á que te moriste de hambre.

—Casi, señor, casi de hambre, porque en mi penosa vida, comía cuando podía, es decir, cuando tenía qué, y regularmente, cuando almorzaba no cenaba y cuando cenaba no me desayunaba.

Pretendes entrar al cielo, y saber debes que antes de dar un paso adelante, hay

aquí en este punto que hacer exposición sincera de los méritos que cada cual tenga en su favor, á fin de ver si hay lo bastante para ganarse la gloria. Conque, despache, pero luego, que la fiebre amarilla me está dando tan frecuente quehacer, que casi no tengo tiempo ni para persignarme.

—Señor, fuí buen hijo, porque respeté y amé á mis padres como Dios lo manda, y jamás oculté un centavo de cuanto gané, pues era para mí la más grande satisfacción llevarle á mi madre el producto íntegro de mis afanes, para que nada faltara en nuestro pobre hogar.

—Eso es bueno, pero no es suficiente.

—Señor, yo fuí buen ciudadano, trabajé con empeño por mi patria, sufrí con resignación decepciones tremendas á causa de la sinceridad de mis convicciones políticas, y en mi pueblo presté con honradez servicios públicos, que fueron de provecho para la sociedad.

—Eso no se toma en cuenta aquí en el cielo: la política es gran pecado, porque es invención de Satanás. No es mérito, hijo mío, y sólo se perdona este delito, por la sencillez con que te metiste en ese berengenal, donde únicamente pueden hacer nido las culebras que le chupan la sangre á los pueblos.

—Adelante, y va uno.

—Señor, fuí casado y.....

—Basta, ese mérito no necesita de co-

mentarios, y aquí se considera doble. Van tres.

—Señor, aunque las gentes con sus exigencias injustas y con ofensas gratuitas me hicieron de mal carácter, jamás guardé rencor contra alma nacida, perdoné injurias y hasta dí satisfacciones, siendo yo quien debía recibirlas.

—Bueno, y van cuatro.

—Fuí caritativo de todos modos, y hubo vez que el único pan que tenfa en mi mesa, lo dí á los mendigos, quizá menos necesitados que yo.

—Bien, hijo, poco te falta; van cinco.

—No he calumniado, y si una que otra vez he mentido, mis mentiras han tenido el carácter de broma ó han sido ligeras, por necesidad.

—Aprobado, y van seis. Pase por mérito.

—He hecho bien á mis enemigos cuantas veces he podido.

—En esto, hijo, no estamos muy de acuerdo, aquí para *inter nos*. Pero para el Eterno es esto una gran virtud, y quizá sólo esto bastaría para que aquí te quedaras; así, pues, contra mi gusto tomo nota de este llamado mérito; pero á condición de que, al presentarte á Dios, no le hagas el chisme de lo que te acabo de decir, porque fastidiado estoy ya de que se me repita aquel cuento de Malco, que debe haberte contado tu abuela.

—Señor, nunca fuí chismoso.

—Eso también vale, van ocho con el mentado mérito anterior.

—Señor, nunca fuí falso en mis amistades; pero jamás permití que se me engañara á título de amigo.

—Pase, hombre, pase. Y apunto nueve. Uno te falta para que tengas el permiso de entrar. Vamos, pronto, porque me está llamando San Lucas para arreglar un negocio que nos trae cuenta.

—Señor, una vez en un horrible naufragio, salvé á un anciano y á una pobre madre con su niño.

—Eso es heroico. Hijo, te has ganado el cielo y muy bien ganado; de seguro que el Eterno no te hará la más pequeña objeción; has sido un santo, ejemplar raro en estos tiempos en que todos se van volviendo unos pícaros.

—Pasa, hijo, pasa.

Tres pasos había dado el buen hombre, más alegre que fiesta de barrio, cuando le gritó San Pedro:

—Oye, tú: me falta un dato que por poco se me olvida: ¿cuál fué tu profesión en el mundo?

—Señor, fuí maestro de escuela.

—Maestro de escuela..... repitió San Pedro pasándose la diestra por la espaciosa calva.

En fin, pudieras aun salvarte. ¿Dónde fuiste maestro?

—Señor, dijo el pobre hombre temblando, en un pueblo de aquella faja que desde aquí se le ve á la tierra. En un pue-

blo de lo que allá se llama la América Española.

¡Desgraciado! ¿Y allí fuiste maestro de escuela, habiendo podido ganarte la vida con menos amargura, aunque hubiera sido vendiendo desperdicios de cualquier cosa?

—Señor, fui mártir como maestro.....
Perdón! Lo único censurable de mi vida..... perdón!

—Hijo, lo siento mucho, pero aquí no entran los tontos.

Y le dió con la puerta en las narices.

El infeliz, desesperado, fué á pedir hospedaje en el infierno, y como le faltaron méritos para allá, se negó también Satanás á abrirle la puerta de sus dominios.

1895.

A LOS MIEMBROS
DE LA SOCIEDAD

“AMANTES DEL ESTUDIO,”
DE SONSONATE

Salve, donceles, que os unís ahora
Para marchar en pos de esos ideales
Que forman la esperanza redentora
Que engrandece y levanta á los mortales.

Bien hayan ese afán y el noble anhelo
Nacidos del amor de vuestras almas:
Marchad así, pues os bendice el cielo
Y el porvenir os brindará sus palmas.

La unión es el ariete formidable
Que en los muros sin luz del retroceso,
Como en la lid el damasquino sable,
Hace la brecha por do va el Progreso.

La débil fuerza se trasforma en doble
Cuando á otra débil por su bien se enlaza:
La yerba crece y se convierte en roble,
Y desafía al huracán que pasa.

EL MARCO DEL RETRATO

A Maximiliano Gnillo

I

HOY anda el pobre por las calles, deteniéndose frente á las puertas y gesticulando de tal manera, que cuantos lo ven, adivinan que esa locura ha de haber resultado de algún pesar muy profundo.

II

Aquella tarde, como de costumbre, fui á buscarlo para que diéramos nuestro paseo por la alameda del molino.

Tenía enrojecidos los ojos, estaba meditabundo, y su aire sombrío indicaba que algo muy grave pasaba en su alma.

El, tan jovial, tan expansivo siempre, me recibió con muestras de indiferencia, y me tendió la mano sin decirme una palabra.

Yo respeté un momento su inexplicable abstracción; pero aquel silencio no podía prolongarse mucho para mí, que deseaba con ansia saber la causa de su pena, para consolarlo con las frases que la amistad verdadera guarda para los días en que la desgracia pone á prueba los corazones sensibles.

—Y bien... exclamé, no encontrando cómo cortar aquella embarazosa situación.

El me miró fijamente, hasta darme miedo; poco después comprendí que se tranquilizaba, y, sin responderme, me tomó de la mano y me condujo á su dormitorio. Un sudor frío bañaba mi frente: estaba aterrorizado.

—No estoy loco, me dijo con calma; sé de mí, en mi cabeza no hay desorden; pero aquí, en este corazón tan combatido por la adversidad, hay ahora una cosa horrible que no podría explicártela; algo como un hierro candente que se introduce poco á poco; algo como una piedra muy pesada que me hunde el pecho. Yo creo que se me ha metido una víbora, sí, una víbora cruel que me está chupando la sangre del corazón y que acabará por matarme.

Lo que me pasa es muy singular, prosiguió; es un castigo tremendo, pero un castigo merecido por este olvido criminal con que ahora pago tanto amor, tanta abnegación, tantos sacrificios. ¡Oh mi madre! Si ella viviera y yo hubiera dejado de existir, lloraría siempre por su

hijo, siempre, y mi recuerdo sería como un culto para su corazón. Pero yo ¡desgraciado de mí! ¿qué es lo que he hecho? ¿por qué quiso la fatalidad que esa mujer perversa se presentara en mi camino para arrancar de mi pecho un amor santo y sustituirlo con un cariño que no podría jamás compararse con aquél? ¡Oh mi madre.....

Quiso decir más; pero los sollozos se lo impidieron, y entonces me tendió los brazos y me estrechó llorando como un niño.

—¿Y en qué has faltado á la memoria de tu madre?

—Mira, me respondió dilatando horriblemente las pupilas, mira este retrato que una mano invisible ha colocado allí donde anoche, al acostarme, aun estaba el de mi santa madre.

Es el mismo marco de plata y oro que mi padre trajo de Venecia, obra del famoso platero Venutici. Mira, esa efigie de Julia me inspira ahora terror, aversión profunda, después que anoche me dormí recordando con delicia sus besos de la tarde debajo de los castaños del río. ¿Qué es esto? ¿qué ha pasado? Yo no tengo presente sino que..... Bien; besé su frente y me vine; Jerónimo me llamó á la mesa, y no tenía hambre porque estaba muy emocionado y así no se come; quise leer y no pude. Su recuerdo, siempre el recuerdo de esa mujer maldita! Tiré el periódico y tomé su retrato

para besarlo como lo había hecho más de mil veces. Luego me incorporé; levanté la lámpara para ver mejor el marco, ese marco donde estaba la imagen de mi madre, y me dije: bien quedaría allí mi Julia, lo merece. Aquí nadie haría uno igual. Guarnecido de oro y plata. ¡Qué bien! Y pensé en una sustitución criminal, sí, muy criminal. Entonces me pareció oír una voz suave que revelaba tristeza, y dijo: ¿y dónde colocarás el retrato de tu madre? Bajé la lámpara súbitamente y ví á todas partes, y nada! Ya ves, aquí no hay más que una puerta; yo la cerré con llave y esto es reducido para que alguien se hubiera quedado oculto. Reflexioné y me reproché esta aprensión ridícula. Y volví á ver el marco y á acariciar el pensamiento inspirado por un amor que nada tiene del amor divino de las madres. En mi armario, en el rinconcito donde guardo sus cartas, allí estará bien; pero el de Julia lucirá mucho en este sitio para tener más presentes sus caricias. Eso dije, é intenté bajar el cuadro; pero de pronto, instantáneamente, algo como remordimiento me contuvo, quedé pensativo sosteniendo una lucha entre el recuerdo de mi buena madre y el amor de esa mujer fatídica que encontré por desgracia en mi camino. Julia triunfaba á veces; pero mi madre triunfaba también.

Mañana lo haré, exclamé con resolución, y me dejé caer en el lecho. Me ha-

llaba intranquilo, fatigado, y el dios del sueño estaba lejos, muy lejos de mí. Cuando llegó á mi estancia, ya el gallo había anunciado la venida de la aurora. Cerré los ojos, y soñé: soñé que mi madre se había acercado á mi cama con la sonrisa bondadosa que nunca se separó de sus labios; arregló mis cabellos, y me dijo con ternura: no te preocupes, vive tranquilo para vivir yo feliz, vive dichoso para vivir yo tranquila. Si tú no te atreves, yo colocaré en el cuadro el retrato de Julia para que estés aún más contento: guarda el mío en el rinconcito del armario donde tienes las cartas que te escribí al colegio, que allí estará mejor, que de allí no se perderá nunca.

No te procures desazones, para que sea completa la ventura de tu madre en la mansión de Dios.

Y desperté, y sentí al despertar un beso en la frente, y oí el roce del vestido de una persona que se alejaba. Y esto fué una realidad, una realidad que ha golpeado mis sentidos con una fuerza indescriptible: sí, su voz, sus caricias, el mismo beso amoroso de sus labios, su manera compasada de caminar. Oh! no sé decirte lo que me pasa: mi cabeza parece que arde en medio de una hoguera inmensa; mi corazón palpita con violencia y salta como si se fuera á escapar del pecho.

Mi madre ha estado aquí, mi madre vino del cielo. ¿Lo dudas?

Mira, mira, allí está lo que ella ha hecho, lo que anoche me prometió cuando apartaba los cabellos de mi frente.

He abierto temblando mi armario de ébano, y he visto su retrato en el rinconcito donde tengo las cartas del colegio. ¡Qué tremendo es lo que me sucede! He querido arrancar del marco ese retrato para reducirlo á cenizas y volver á su puesto el de mi amante madre, y no sé por qué me falta valor para realizar este propósito, no sé.....

Y los sollozos ahogaron la palabra en su garganta.

Luego me miró fijamente hasta inspirarme miedo, y se dirigió con precipitación hacia la alameda del molino.

III

Hoy anda el pobre por las calles, deteniéndose frente á las puertas y gesticulando de tal manera, que cuantos lo ven, adivinan que esa locura ha de haber resultado de algún pesar muy profundo.

YA ES TIEMPO

Después de darle un beso y un abrazo,
Fuf yo mismo á arreglar la canastilla,
Y puse en ella lana y cañamazo,
Una aguja, un dedal, hilo y un vaso,
Media vara de lienzo y un Mantilla.

Y dándole otro beso, emocionado,
Le dije: á tu mamá besa y abraza,
Y vamos, hija mía, que ha llegado
La hora de la escuela: es de mi agrado
Que des principio ya, que el tiempo pasa!

El tiempo pasa, y si me quieres tanto,
Como tú me lo dices tantas veces,
Aprovecha ese tiempo, mientras creces,
Mientras eres mi luz, mi único encanto,
Y mientras sólo á mí tu amor ofreces.

Tiempo es ya que recibas de la ciencia
El bautismo de luz que aplica el aula:
Ya tiene alas tu tierna inteligencia,
Y puede abandonar la débil jaula
De tu infantil y plácida inocencia.

La mujer ha de instruirse: si es hermosa
Y no tiene instrucción, un solo día
Vivirá su perfume, cual la rosa:
Si estudia, y es afable, y es virtuosa,
Tendrá aroma inmortal, fiel lozanía.

Vamos, hija, ha llegado ya la hora!
La escuela te convida y te reclama;
Vamos, mi dulce Blanca encantadora:
Una niña bonita nunca llora
Por lo que le ha de dar placer y fama.

La escuela es templo á que el Señor da vida:
El está allí, cual iris de esperanza,
Sobre la tierna inteligencia, y cuida
De que al niño le den la bendecida
Y útil comunión de la enseñanza.

El maestro es un padre: se le quiere
Y se escucha su voz y se le acata:
Entre el castigo y el amor, prefiere
Siempre el amor, jamás lo que te hiciere
Aparecer cual discípula é ingrata.

Ah! comprender no puedes estas cosas;
Pero después, cuando cansado y viejo
Te hable de las horas venturosas
De tu infancia feliz, ciertas y hermosas
Mis palabras verás, santo el consejo.

Hoy sólo he de decirte que á la escuela
Vayes con gusto porque yo lo quiero;
Y si adelantas, de preciosa tela
Tendrás vestido, un pájaro que vuela,
Medias rosadas, dulces y un sombrero.

Y más yo te daré: cuando el Mantilla
Hayas concluido de leer, de flores

Te llenaré una nueva canastilla,
Y una muñeca grande, con soguilla,
Allí pondré en medio de primores.

Y vendrán tus graciosas compañeras,
A quienes llamarás desde hoy hermanas,
Y una fiesta tendrán: libres, parleras,
Jugarán á los aros y banderas,
Y saltarán alígeras y ufanas.

Y dándole otro beso, emocionado,
Le dije: á tu mamá besa y abraza,
Y vamos, hija mía, que ha llegado
La hora de la escuela: es de mi agrado
Que des principio ya, que el tiempo pasa!

Después salimos: ella iba callada,
Yo pensativo, aunque fingiendo gozo,
Pues tiene espinas la escolar jornada,
Y veía á mi Blanca idolatrada
Ausente de su hogar tan venturoso.

Abandoné la escuela, y nunca pudo
Allí mi ánimo estar con grave calma:
Sentía en la garganta horrible nudo,
Pues era para mí, cual golpe rudo,
Dejar allí un pedazo de mi alma!



UN CASO RARO

A DOROTEO FONSECA

I

COINCIDENCIA ó castigo de lo alto, el hecho es real: es una historia que me refirió un amigo, hombre anciano, á quien debe tenerse por testigo presencial de lo que voy á referir.

Esto pasó en una gran ciudad de la América del Sur.

II

Fernando Jiménez era un joven modelo de honradez: huérfano, humilde, que se desvelaba por hacer las veces de padre con tres hermanos que tenía, su mayor satisfacción consistía en que nada faltara en su modesto hogar. Trabajaba sin descanso, y era querido de los buenos.

Tenía talento; los hombres de letras buscaban su compañía, y escribía versos, y escribía prosa, que se solicitaban con insistencia para las más acreditadas revistas del lugar y de otras partes.

Por eso fué desgraciado: la envidia se echó sobre él en forma de monstruo horrible.

Y hubo calumnias, y hubo intrigas que le hicieron daño.

A él, que era digno, que era humilde, que hacía cuanto bien estaba á su alcance, y sobre quien no había la más leve sospecha que pudiera hacer desconfiar de la buena fe de uno siquiera de los actos de su vida.

Las almas estrechas padecían la tristeza del bien ajeno.

Es decir, los miserables, los torpes lo veían mal: muchos lo odiaban con saña tremenda.

Hasta desearle la muerte.

Querían verlo vicioso, cubierto de lodo y relegado al olvido.

Eso querían los más, los pícaros, pues. Y el poeta siempre limpio, siempre generoso, siempre útil.

Y siempre escribiendo versos enternecedores y dulces, que eran reflejo de su alma de ángel.

Uno de sus más formidables enemigos, Jorge Latorre, joven acaudalado pero imbécil, con pretensiones de inteligente, era el más pronunciado de los envidiosos de Fernando Jiménez.

Jorge pensaba que dincro es talento, y cuando se figuraba ser superior ó acaso igual al poeta, y la realidad desnuda venía, después de reflexiones detenidas, á sacarlo de su error, la envidia, como culebra opresora, le producía la asfixia del despecho, y, lleno de coraje, prorrumplía en amenazas y juramentos terribles en contra del modesto cantor de "Las Espigas", como se le decía á Jiménez.

El acceso de furia duraba poco, muy poco; había siempre una transición brusca: Jorge acababa por sonreírse demostrando satisfacción, quizá porque gozaba con algún proyecto criminal, ó acaso era la risa de los pobres de espíritu, la risa de los idiotas cuando echan de ver su impotencia.....

III

Fernando era impresionable, y las calumnias y los insultos de la canalla le produjeron tristezas profundas.

Si él hubiera estado en tierra extraña, tal vez hubiera sido indiferente á tanta rudeza, á tanta iuquina injustificable.

Pero vivía en su pueblo natal, y la herida que un conterráneo nos da, por leve que sea, es como una herida profunda inferida con la hoja de un puñal envenenado.

Es una herida que mata.

Las buenas gentes, los amigos de verdad que Fernando tenía, estaban siempre con él empeñados en la generosa ta-

rea de hacerlo olvidar las ofensas de la envidia; pero él no podía mostrarse indolente: su alma delicada se resistía á estas insinuaciones, y cada día estaba más taciturno y más intranquilo.

Después se puso pálido, ya no hubo sonrisas en sus labios, y no se le volvió á ver en ninguno de los sitios que solía frecuentar.

Una mañana, su hermana mayor oyó el ruido seco de un cuerpo que se desplomó en una pieza vecina.

Dió un grito al comprender lo que pasaba, y corrió hacia el cuarto: allí, en el suelo, había un cadáver, el de Jorge. Entre sus manos se veía un papel estrujado: era un anónimo en que se manchaba la pureza de la amada de su alma, de Virginia, la niña candorosa, que era en el pueblo tenida por modelo de virtud.

IV

Un año después, quince de agosto, se verificaba una triste ceremonia en el cementerio de la ciudad: los amigos del poeta se reunían para dedicarle un modesto mausoleo coronado por un busto de mármol, que gran semejanza tenía con el infortunado Fernando Jiménez.

V

Hacia la media noche del mismo día, recatándose en la sombra de una hilera de tumbas, avanzó un hombre, sigilosamente, hasta llegar al sepulcro de Fernando.

Y levantó con presteza el brazo derecho en la dirección del busto.

Se oyó instantáneamente un choque agudo que resonó en el vasto cementerio, y en seguida un ruido sordo producido por un cuerpo que caía sobre la arena del pavimento.

Después un criminal que huye, y luego..... el mismo silencio de la mansión de la muerte.

VI

A la mañana siguiente, el sepulturero encontró el busto de Jiménez en el suelo, separado del pedestal en fuerza de un golpe dado en la frente.

Por allí cerca había un martillo viejo. El martillo tenía grabadas en el mango estas letras: J. L.

VII

Pasó un año desde entonces.

Había una fiesta en uno de los barrios de la ciudad, una fiesta muy alegre, muy concurrida.

Siempre se daba cita allí, por ese tiempo, lo más granado de la sociedad.

Jorge Latorre acompañaba á una familia que había ido al barrio de paseo.

De pronto, cerca de ellos, surgió un desorden dentro de un grupo de gente del pueblo.

Era una riña de dos atletas enfurecidos, que nada respetaban, ciegos por el coraje.

Latorre avanzó hasta el grupo para evitar aquella lucha, y al colocarse en medio de los contendientes, recibió en la frente un golpe horrible, que lo hizo rodar por tierra en el acto.

VIII

La autoridad se apoderó de los luchadores y de las armas.

Eran un puñal y un gran martillo viejo.

El martillo tenía grabadas en el mango estas letras: J. L.

IX

Coincidencia ó castigo de lo alto, el hecho es real: es una historia que me refirió un amigo, hombre anciano, á quien debe tenerse por testigo presencial de lo que he referido.

CUBA

Faltas de común hogar,
Pero no faltas de fuerzas,
Colón las halló dispersas
Sobre las ondas del mar;
Prendada España al mirar
Tal riqueza y juventud,
Procedió con rectitud
A asegurar el presente,
Marcándolas en la frente
Con sello de esclavitud.

A cambio de otra creencia
Y de un tardío progreso,
Se les impuso un gran peso,
Que acibaró su existencia;
Jamás hubo complacencia
Para las pobres cautivas,
Y ellas, al ver siempre vivas
Las heridas de su pecho,
Comprendiendo su derecho,
Se levantaron altivas.

Tres centurias de sufrir
El yugo del español ;
Tanto tiempo oculto el sol
De un risueño porvenir,
Era ya para exigir
Libertad, razón bastante ;
Luchar y salir triunfante
Del terror y la impostura :
Que siempre llega á la altura
Quien con fe grita: adelante !

Y fué el triunfo: que al salvaje,
Al fin hecho caballero,
Le valió, como guerrero,
De la india estirpe el coraje :
Destruyó del coloniaje
La tremenda imposición ;
Pues comprendió, con razón,
Que libertad es un nombre
Formado para que el hombre
No tolere la opresión.

Cuba, la perla antillana
Que allá en el caribe mar
Se la ve triste brillar
Como reclusa sultana ;
Cuba, nuestra bella hermana,
En su aislamiento, no pudo
Romper de una vez el nudo
Que aun la sujeta al León,
Y sufrió nuevo baldón
Después de golpe tan rudo.

Pero no desiste: cobra
Más valor, nueva esperanza,
Y con Céspedes se lanza
De independencia á la obra ;

España ve que de sobra
Tiene Cuba la justicia ;
Pero jamás la avaricia
Ante el derecho cedió,
Y España á Cuba trató
Entonces con más sevicia.

Tras largos años de duelo,
Cuba otra vez se levanta,
Y con arrojo que espanta,
Casi ya toca á su anhelo ;
Comienza á rasgar el velo
De dominación antigua;
Su ardor jamás se amortigua,
Y en su trasfiguración,
Por truenos tiene el cañón
Y por Tabor la *manigua*.

Cuba será independiente,
Pese al ambicioso ibero :
Que acero hay para el acero
Y gente para su gente.
No tarda el día esplendente
Que anuncie el fin de la guerra,
Pues una enseñanza encierra
Esta voz, que altiva vibre :
Cuba tiene que ser libre,
O no hay justicia en la tierra !

Tendrá propio poderío,
Será ante el mundo señora,
Y todo cuanto atesora
Lo dispondrá á su albedrío ;
Así será, que el desvío
De la brega no es posible,
Ni el triunfo es indefinible,

Pues que Cuba cuenta al cabo
Con un Maceo, que es bravo,
Con Gómez, que es invencible.

No más Cuba como paria ;
Basta ya de humillación ;
Que al fin flote el pabellón
De la estrella solitaria ;
No más brillantez precaria,
Ni más opresoras leyes,
Y que las esclavas greyes
Del Pinar y el Camagüey,
Sean al fin pueblo—rey
Y no más pueblo de reyes.

Escuchemos esos gritos
Que á través de los palmares,
Nos mandan sobre los mares,
De la Antilla los precitos ;
Que no nos llame malditos
Nuestra madre Libertad
Por huir la fraternidad
Que nos enlaza al cubano :
Nuestro vínculo es de hermano,
No es vínculo de amistad.

Tendámonos e nuestros brazos,
Y sin rencor y sin saña,
Rompamos pronto de España,
De esa colonia los lazos ;
Borremos todos los casos
De opresión como la ibérica,
Y nunca será quimérica
La labor por los que gimen :
Que la colonia es un crimen
En este suelo de América !

1897

LA CANOA BLANCA

TRADICION

I

ERA de tarde, una de esas tardes hermosas en que se olvidan las penas y en que se siente uno alegre con esa alegría inocente de la infancia.

El sitio convidaba al contento y á la contemplación, porque allí la naturaleza se halla adornada con un conjunto de encantos, que difícilmente se verán reunidos y distribuidos de manera tan admirable en otro lugar.

A poca distancia el inmenso mar con sus olas coronadas de espuma, empujando el agua hacia los turquinos canales, que se pierden en pintorescas curvas al rededor de multitud de islas y de bosquecillos de mangles y de *istatén* diseminados en el gran estero.

Bandadas de pájaros marinos de colores varios cruzaban en todas direcciones el despejado cielo, y allá á lo lejos, muy altas, se veían las *avehorcadas* con sus alas curvas y angostas como dos líneas de lápiz.

A la orilla, "cual cinceladas en jaspe", las albas garzas permanecían inmóviles; y sólo levantaban el vuelo á la proximidad del cazador ó de las canoas que llegaban con su cargamento de frutas y de pesca.

Las plateadas *lizas*, huyendo de la voracidad del *peje-gallo*, saltaban fuera del agua por todas partes, produciendo con su aleteo un ruido especial, que era contestado por las conchas de los manglares, que, al cerrarse y abrirse, sonaban como el aplauso atronador de un teatro enorme.

Bello era el cuadro, encantador, y para que el atractivo fuera más poderoso, el sol rojizo, que ya se hundía en el mar, le enviaba su suave luz, dándole toques indescriptibles, que jamás imitaría el pincel prodigioso del artista.

¡Era aquél un espectáculo grandioso!

II

La ligera embarcación avanzaba tranquilamente por uno de los canales más largos del estero.

Podían caber en ella hasta quince personas, y había sido formada de una sola pieza, vaciando el tronco de un cedro secular de aquellas costas.

Simón, el viejo fuerte, conocedor de aquellas aguas, se balanceaba en la proa hundiendo la vara flexible para hacer caminar el barco, como lo hacían los indios primitivos.

Cuando la luz del sol fué sustituida por la luz argenteada de la luna, dando otro aspecto á aquel portentoso paisaje. el buen Simón, con voz débil pero armoniosa, entonó estos cantares :

Pescador, salió la luna,
Desenvuelve tu atarraya :
Esta es noche de fortuna,
Pues ya viene.
La hermosa canoa blanca.

Nada temas, Chasca es buena,
No hay quien sea como Chasca,
Que le quita á uno la pena
Cuando sale
En su gran canoa blanca.

Hoy cogerás muchos peces,
Hoy habrá fiesta en tu casa ;
No temas que haya reveses,
Pues es noche
De luna y canoa blanca.

¡ A la pesca ! Se hace tarde,
Y no espera á nadie Chasca ;
Desata sin ser cobarde,
Que es muy buena
La de la canoa blanca.

Con la canción terminó también mi impaciencia, pues comprendí desde un principio que los versos debían de referirse á

algún suceso de éstos que pasan ignorados del mundo, y que sólo guarda la tradición entre contadas gentes de humilde caserío.

A punto estuve de interrumpir al buen anciano, impulsado por la curiosidad; pero respeté su gusto y la voluntad de agrardarme, y, además, aquel tono quejumbroso y dulce me cautivó de manera indecible.

Por eso dejé que terminara.

—Señor. Simón, le dije con interés, ¿quién es Chasca? ¿qué sabe Ud.....? ¿qué canoa es ésa?

—Es una historia, me respondió, que me contó mi abuelo cuando yo era niño. Todos la saben aquí en la *Barra de Santiago*, y quizá no haya un solo pescador que afirme no haber visto nunca la canoa blanca.

Lo recuerdo muy bien: la primera vez llevaba yo la canoa de mi compadre Pedro, el que pesca en *El Boquerón*; después andaba en una mía muy pequeña, y en esta misma, que llaman *La Paloma*, la he encontrado como cinco veces. Al principio me dió tanto miedo, que me sacudió un frío tal, que no podía manejar mi canoa; pero después me fuí acostumbrando, y ya ni me fijaba en la figura por el interés de sacar meros, pargos y *tepemechines*.

—Pues ha de estar usted, repuso, sacando el eslabón para encender un enorme cigarro, que allá en aquellos tiempos

en que quizá ni pensaban en venir por acá los hombres de la otra isla, ⁽¹⁾ llegaron á esta costa, quién sabe cómo, un indio muy grande y su hija, procedentes de una tierra donde creen que el Sol es Dios, según me contó mi abuelo. La niña era bonita, muy joven y se ponía unos vestidos muy alegres, de plumas de pájaros que no hay aquí y unas gargantillas de oro y piedras rollizas y largas de color verde sucio. El padre se llamaba Pachacutec y ella Chasca. El se hizo muy rico y muy poderoso, y lo miraban como si hubiera sido rey. En *El Cajete*, la isla donde estuvimos ayer, allí formó su vivienda, pero no una vivienda de paja y ramas como las de nosotros, sino como las de las ciudades, con paredes de piedra y una cal que parece de conchas. Aquellos cimientos que hay en la isla, al lado del sur, son los de esa casa, según decía mi abuelo. Era una casa muy alta y estaba rodeada de paredes bajas y gruesas. Aquí sólo había ranchos, y ninguno sabía otro modo de hacer viviendas. El enseñó éso á todos los de la *Barrera*, porque era hombre entendido en muchas cosas.

Pues bien, ha de saber usted, que en aquella isla llamada de *El Sanate*, que se ve á la derecha de aquel espeso manglar, vivía Acayetl, un indio rico y principal muy querido de todos sus vecinos porque era generoso y sin orgullo. Este vió un día á Chasca, y se enamoró de

(1) España.

ella, Chasca conoció éste cariño y supo corresponderle; pero Pachacutec tenía interés en que su hija se casara con un guerrero que vivía de aquel lado del río de Paz, y ocultó á Chasca para que Acayetl no la viera. Pero todo fué en vano, pues el indio iba todas las noches á visitarla en su mejor canoa grande, hecha de un palo tan blanco, que parecía pintado. Pachacutec lo descubrió todo, y furioso por esta burla, y temiendo que su hija no se casara al fin con aquel guerrero, (el nombre se me ha olvidado, dijo interrumpiendo el relato), llamó á uno de sus sirvientes, le habló en secreto y le dió un gran arco de bejuco y cinco lancetas como que eran de un vidrio oscuro, muy puntiagudas. Esa misma noche el sirviente llegó temprano al desembarcadero, y se metió entre las raíces enredadas de unos mangles. A media noche apareció Acayetl en su canoa; y todo fué aparecer como recibir en el pecho un flechazo, que lo hizo irse de espaldas dentro de la canoa. Entonces el sirviente brincó sobre otra que estaba amarrada en la orilla, la desató y se fué á acabar de matar á Acayetl. Entonces, dice mi abuelo, que se oyó un grito de mujer, y que era Chasca que acababa de llegar al embarcadero. La joven se puso como loca, y se fué corriendo, corriendo, y volvió después con una piedra grande amarrada en la cintura, y se subió como pudo á una parte alta de la *Poza del Cajete*. De allí se dejó caer para ahogarse, y des-

pués, por más que la buscaron, no la pudieron encontrar, como si se la hubiera comido un tiburón. Ni hallaron el cuerpo de Acayetl, ni hallaron la canoa de Acayetl, nada!

Cuando Pachacutec murió, apareció por la primera vez la canoa blanca: salió de entre unos mangles de la misma poza.

La manejaba Chasca, la misma Chasca: no iba bien cubierta, pues sólo llevaba sobre uno de los hombros una tira angosta como que es de plumas de garza blanca, que no le llega ni á las rodillas. Así ha seguido apareciendo desde entonces, algunas veces que hay luna, y es regla segura que cuando sale, no hay tiro malo con la atarraya: los pescadores vuelven á sus casas con las Canoas llenas de pescado, que da gusto verlas. Chasca es la que protege á todos los que pescan, y todos la quieren por éso y nadie le tiene miedo como á los otros espantos.

Así es la historia; todos la saben aquí en la Barra de Santiago.

III

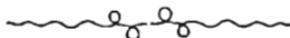
Poco después de haber terminado el viejo Simón su sencillo relato, llegamos en *La Paloma* al punto de donde habíamos partido.

Era muy tarde de la noche.

La luna estaba toda iluminada.

A lo lejos pasaban las canoas, camino
de la isla de *El Cajete*, y los barqueros
cantaban :

Pescador, salió la luna,
Desenvuelve tu atarraya;
Esta es noche de fortuna,
Pues ya viene
La hermosa canoa blanca.



**En el matrimonio de
Rafael Vergara Albis y Luz Arce Rubio**

Dos flores que une la brisa,
La fuente que busca al río,
Dos aves que huyendo al frío,
Forman su casa pajiza;
De dos labios la sonrisa
Que da á los ojos fulgor
Insistente, abrasador,
Y que ejerce mutuo imperio.....
Todo enlace que es misterio
Dulce y santo..... eso es amor!

Amor, efluvio divino
Que transforma lo que toca,
Que hace que en la estéril roca
Cumpla el grano su destino:
Que torna el triste camino
De esta despiadada vida
En una senda florida,
Cuyo aroma embriagador
Cierra al punto del dolor,
En el alma, toda herida.

Amor, la luz que en el cielo
Forma el iris esplendente ;
Amor, el sol en oriente
Rasgando el nocturno velo ;
Amor, el manso arroyuelo
Murmurando en la cañada :
Amor, la ilusión dorada
Que inspira al alma embelesos ;
Amor, la lluvia de besos
Sobre labios de granada !

Amor, la esperanza hermosa :
Amor, la dicha completa ;
Amor, la fe del poeta
Y el aroma de la rosa ;
Amor, la tez ruborosa ;
Amor, la caricia pura ;
Amor, la casta blancura
Del immaculado lirio ;
Amor, transporte, delirio,
Desesperación, locura !

Todo en la inmensa creación
Es amor: cuanto se agita,
Lo que se expande ó palpita
Cual palpita el corazón ;
Lo que es obra y formación
De quien transformó el mutismo
Del prístino y negro abismo
En calor, luz y existencia ;
La misma suprema Esencia
Es amor, amor Dios mismo !

Ese misterioso lazo
De flores de primavera
Sella hoy, con fe duradera,
De dos almas el abrazo ;

Dos almas que al dar el paso
Primero en la nupcial vía,
Tienen la intensa alegría
De ver que Dios las bendice,
Y que cuanto aquí se dice
Lo crea la simpatía.

Bien hayan los que al altar
Se acercaron temerosos
Y el grato nombre de esposos
Allí supieron jurar ;
Bien hayan los que al pasar
Del nuevo templo el dintel,
Llevan en su pecho fiel
Lo que es de la dicha norma :
El amor puro, que forma
La eterna luna de miel !

Bien haya la rubia bella
Que conquistó fresca palma,
Entrega haciendo de su alma
A quien todo lo dió á ella ;
Bien haya la hermosa estrella
Que en la sombra del dolor,
Fué luz de vivo fulgor,
Que señaló á un peregrino,
Triste y cansado, el camino
Que lo condujo al amor.

Bien haya el mozo arrogante
Que á encontrar aquí llegó
El ideal que acarició
En sus anhelos de errante ;
Bien haya el buen caminante
Que cruzó tierras y mares,

Y al fin, bajo estos palmares,
A construir vino su tienda,
Porque halló quien lo defienda
Contra los patrios pesares.

Vivid felices, gozad
En vuestro amor, que es presente
Inefable, inmenso, ingente,
Cual no hay otro en realidad.
Que nunca la adversidad
Os hiera con su aguijón,
Para que así, en vuestra unión,
De dichas sea testigo:
Son los votos del amigo,
Y nacen del corazón.



UNA LIRA MENOS

ANA DOLORES ARIAS, la melancólica cantora de la *ciudad de las nieblas*, la modesta poetisa conocida con el seudónimo *Esmeralda*, acaba de dormirse tranquilamente con ese sueño profundo del que no se despierta sino en la eternidad.

El telégrafo me trajo hoy esta infausta noticia, que ha llenado de duelo mi corazón, y que me ha hecho derramar más de una lágrima.

El Salvador ha perdido á una de las hijas que más honra le daban.

Las letras nacionales acaso no vuelvan á tener una colaboradora de tanto sentimiento como Lola Arias.

Pero si otros deploran solamente la desaparición de la poetisa, la prematura extinción de un talento que hubiera bri-

llado con mayor intensidad durante muchos años, yo lloro, además, por la excelente amiga, por la cariñosa hermana que me confió sus cuitas, y que á las mías aplicó siempre el eficaz lenitivo de sus dulces palabras y de sus sonrisas bondadosas.

¡Pobre Lola! Dotada de imaginación ardiente y de especial sentimentalismo, su vida tuvo que ser, por fuerza, una cadena de sufrimientos, interrumpida, muy pocas veces, por ligeros goces, fugaces como esos claros de cielo que á poco son cubiertos por nubes de tempestad.

Esmeralda tenía el alma enferma: sufría con resignación la más dolorosa de las nostalgias.

Su patria era el Cielo.

Y ella suspiraba por su patria.

En la última carta que me dirigió, dice: “Mi infancia la pasé llena de encantos. Al dejar mi vida de colegiala, llegué á mi hogar, alegre como un nido de golondrinas en las tardes primaverales: tenía á mi lado una madre, como la mejor de las madres!”

Ese amor formaba en su corazón otro culto reverente. Dios y la madre: hé ahí los motivos de su adoración y de su felicidad.

Poco después de haber abandonado las aulas, y siendo aún niña, germinó en su pecho ese afecto puro, indefinible, emanación divina que hace soñar con horizontes de flores.

Y ella se sintió dichosa.

Pero la fatalidad convirtió en lágrimas aquella alegría, cambió en suspiros la sonrisa, cubrió de espinas aquel camino que al principio se le presentó vestido de nardos y azucenas.

El primer dolor que experimentó Esmeralda fué el más grande de cuantos afligen al mortal: su buena madre se despidió de ella, y ese adiós fué el último.....!

La pobre huérfana quedó aterrada ante unos ojos sin luz y ante unos labios que ya no volverían á sonreírle.

Cuando pudo comprender lo terrible de su desgracia; cuando la reflexión ocupó de nuevo su mente después de espantoso abatimiento, después de haber luchado su espíritu con la desesperación y la fe, recordó que no quedaba tan sola en el mundo, que había un sér que lloraría con ella y del cual no se separaría jamás; un sér de alma superior y, como ella, idealista y sensible.

Y ya un tanto resignada, al levantar su pálida frente, abatida bajo el peso de tan cruel infortunio, otro espectáculo sombrío se presentó á su desordenada imaginación.

Había un cadáver más!

Con la desaparición de aquél sér morían también sus ilusiones, como mueren las débiles flores que marchitan para siempre los rayos del sol.

¡Pobre Lola! ¡Por qué el hado se empeñaría tanto en martirizarla, á ella que

era un modelo de virtud, un ángel que se gozaba en enjugar las lágrimas del desgraciado?

Misterios de la vida ante los cuales la razón se confunde y tiene que esforzarse para no aceptar la imposición de estos sufrimientos como un acto de injusticia!

“Desde entonces—escribe ella—he sentido en mi alma una especie de ansiedad, de ambición, un vago deseo que no me sé explicar; algo desconocido que me sacude, que me mata, que me enferma de melancolía.....

.....¿Qué será? Quizá encuentre la respuesta más allá de la tumba!”

Esmeralça presentía su próxima muerte, y esperaba este momento, anhelado por ella, con esa sublime tranquilidad del justo.

Rotos, casi del todo, los lazos que le hacían contemplar el mundo como un paraíso encantador, su existencia, en lo sucesivo, fué un martirio que supo soportar con heroísmo, porque tenía fe en el más allá de que nos habla nuestra religión.

Por eso es que todos sus poemas están impregnados de cierta melancolía, que pone de manifiesto lo que padecía ella, lo que ella enhelaba.

Las sentidas estrofas de su poesía *Mis Tristezas* son una bella muestra de las elucubraciones de aquella mujer espiritual.

He ahí un fragmento:

“ Como la noche que enlutado velo
T ende en la tierra y nos oculta el cielo
Tras densa oscuridad,
Así tendió su manto la tristeza
Sobre este corazón que á amar empieza
La muda soledad!”

“ Ayer no más alegre y bulliciosa
Cantaba de mi infancia venturosa
Las horas de quietud;
Hoy como el ave entristecida canto,
Y se marchita y languidece en tanto
Mi ardiente juventud.”

“ Ayer, en fin, el alma enardecida
Soñaba un paraíso do la vida
Pasara sin sentir;
Y hoy que ya lentamente languidece,
Ni glorias ni venturas apetece.....
Es triste así vivir!”

Y Esmeralda, sin embargo de este desencanto que tan fatal influencia había ejercido en ella, siempre tuvo una cariñosa sonrisa para quien se le acercaba, siempre una palabra halagüeña para amigos y extraños.

Sus presentimientos tuvieron realización. Joven, en esa edad en que las esperanzas llenan el corazón de alegría, decepcionada y con el suyo herido por la adversidad,

Ella palpó que es triste la existencia,
Que el goce supremo
No se encuentra en la tierra, y sonriente
Sobre su tallo t e no
Se inclinó aquella flor, mientras su aroma
Se dirigió al cielo.

1888—Julio 4.

EN EL ALBUM
DE TERESA COBOS

Alma blanca de azucena
Que abre al céfiro su broche,
Alma de perfume llena
Cual la flor tímida y buena,
Que llaman *bella de noche*;

Así es tu alma angelical,
De la que nunca va en pos
El genio negro del mal;
Alma de belleza ideal,
Cual la sonrisa de Dios!



EN HORAS DE ANGUSTIA

(INTIMA)

A ERNESTO SANDOVAL

Nací para el dolor: mi pobre cuna
Fué la cuna sin pan del desgraciado,
Y desde aquel entonces la fortuna
No me ha halagado ni una vez, ni una,
Por más que por vencerla, yo he luchado.

Fué mi niñez de duras privaciones:
Que yo no tuve, fuera del cariño
Que une en el hogar los corazones,
Ni siquiera las dulces distracciones
A que se entrega con placer el niño.

Mi amor filial fué estímulo que hizo
Empeñarme en cambiar tan triste estado;
Y apenas Dios mis ansias satisfizo,
Para mayor tormento, el mismo quiso
Arrancar á mi madre de mi lado!

Y como si este golpe poco fuera
Para mi corazón, talvez maldito,
Un buen hermano, que de padre hiciera,
Adiós me dijo por la vez postrera,
Y fué en pos de mi madre á lo infinito.

Nací para el dolor: cuando sonrío,
Sé que esa risa pagaré con llanto:
Que es para mí lo cruel y lo sombrío,
Y que formado ha sido el pecho mío
Sólo para la pena y el quebranto.

Mi norma en todo es la honradez: mi escudo
La dignidad, con la que no me abajo;
Cumplo con mi deber, y nunca pudo
Mi espíritu abatir trabajo rudo,
Porque es mi religión la del trabajo.

Sé que no tiene mi conducta enmiendas
Que á mí ó á los extraños satisfagan,
Ni afirmo tener sólo buenas prendas:
Ningún mal he causado yo á sabiendas,
Pero no olvido el que á sabiendas me hagan.

Hago el bien que yo puedo, y sacrifico
Hasta el pan de mis hijos muchas veces,
Dando cual da el pródigo ó el rico.
Si dicen que hago mal, jamás replico:
Que Dios y mi conciencia son mis jueces.

Nací para el dolor: más de una herida
Han hecho en mi alma la calumnia infame,
Y los odios injustos, que mi vida
Tienen siempre amargada y combatida,
Sin que se oiga mi voz aunque yo clame!

Sí, me han envenenado la existencia,
A mí que tengo el título de honrado,

A mí que llevo limpia la conciencia,
Que alumbro la infantil inteligencia
Y que en todo á la Patria me he entregado.

Yo no tengo elevadas pretensiones,
Ni aspiro del renombre á la caricia:
Que se estimen mis nobles intenciones,
Que crean que son rectas mis acciones,
Y que se me haga un poco de justicia!

Y nada más! Si no me han comprendido!
Si se cree que hay en mí maldad ó dolo,
Que se me hunda en la sombra del olvido,
Sin herirme otra vez cual me han herido.
Y contento estaré, tranquilo y solo.

En mi hogar soy feliz: tengo una esposa
Y unos niños que forman mi ventura.
Pero al sentir que la estrechez me acosa
Y que llevan, cual yo, vida penosa,
Se cambia mi placer en amargura.

Señor, Señor, puesto que tú quisiste
Formar mis ojos sólo para el llanto,
Crear mi corazón para lo triste,
Acepto resignado lo que hiciste,
Pues viniendo de tí, debe ser santo.

Ya no te pido gloria ni riqueza,
Pues vanas ambiciones yo no siento,
Perdida la esperanza de grandeza,
Con que antes yo soñé: hoy mi alma presa
Es de la decepción y el desaliento.

Feliz únicamente en los prolijos
Cuidados del hogar ¡mi gloria entera!
Sólo demando, en tí mis ojos fijos,
Un pobre pan para mis caros hijos
Y que, viviendo yo, ninguno muera!

VIRTUD PREMIADA

NAPOLEÓN, sin embargo de los pocos años que contaba, sufría demasiado al ver que su madre trabajaba sin descanso para que nada escaseara en el hogar, mientras que él, sin aptitud aún para ayudarle, no era más, según él decía, que una carga harto pesada para aquella buena mujer, víctima de crueles infortunios.

Y Napoleón no debía expresarse de esa manera, puesto que apenas había pasado doce abriles, y, necesariamente, la escuela era su única ocupación, para poder más tarde ser útil á su madre con positivo provecho.

Pero es que él había recibido de Dios el preciosísimo dón de la grandeza de alma, encerrando en germen, dentro de ella, un caudal de bellos sentimientos, que deberían después convertirlo en un sér feliz.

Pasó algún tiempo, y la señora se vió en la necesidad de pensar en la venta de la pequeña casa que su esposo le dejó cuando descendió á la tumba, para poder atender á los gastos de educación de su hijo.

Esto lo hizo sin comunicárselo á Napoleón, quien, al saberlo por medio de una vecina, derramó abundantes lágrimas, y abrazando á su madre, exclamó:

—¿Qué es lo que has hecho, madre mía? ¿En dónde viviremos si apenas alcanza lo poco que ganas para nuestra subsistencia? Y que esto lo hayas hecho por mí.....!

¡Oh, no es posible que yo permita este sacrificio! he cumplido ya quince años, sé lo suficiente para poder desempeñar un empleo de poca significación, y no es justo que yo continúe causándote molestias. Ahora mismo voy á casa de don Anselmo, el amigo de mi padre, le expondré la situación en que nos encontramos, y le pediré me conceda en su tienda un puesto como meritorio: me conduciré allí bien, madre mía, y talvez muy pronto ganaré un sueldo que te lo entregaré íntegro, como la primera ofrenda de mi amor.

¿Verdad que no te opones á esta resolución? Sí, madre mía, no me niegues lo que te pido. Las carreras son tardías, y no abrigando la esperanza de concluir una, por mi pobreza, es mejor ya comen-

zar á ganarse la vida, que con título ó sin él, se puede formar una fortuna.

Madre é hijo se abrazaron con efusión, derramando abundantes lágrimas, y terminando esta escena con el consentimiento de aquélla para que el joven Napoleón abandonara sus estudios de colegio y se dedicara á la práctica comercial.

Realizados así los deseos del muchacho, se dirigió á casa del antiguo amigo de su padre, y después de exponerle cuanto él quería, fué admitido en calidad de dependiente de tercer orden, con una mensualidad tan reducida, que apenas le alcanzaba para atender á sus más apremiantes necesidades. Sin embargo de esto, no se desalentó, pues él tenía convencimiento de que su conducta y sus buenos oficios serían motivo para que su sueldo fuera en aumento.

Cuatro años hacía que estaba al servicio de don Anselmo, cuando su corazón despertó del sueño de la inocencia al mágico impulso de ese choque misterioso llamado amor.

Una joven espiritual, de tez pálida, de ojos color de cielo, bella como los primeros destellos de una mañana de verano, candorosa con ese candor que seduce y encanta, y modesta cual la perfumada violeta que se oculta entre las hojas por temor de que la sorprendan los rayos del sol y los céfros matinales.

Así era Clementina.

La vió Napoleón cruzar un día ante él,

ataviada con un sencillo traje que realzaba más su divinal belleza, y atraída de súbito su atención hacia ella, le dirigió curiosa mirada, á tiempo que Clementina hacía lo mismo; ambas, pues, se encontraron y llenaron de turbación á los dos jóvenes, haciéndoles experimentar indefinible emoción.

Desde este momento la imagen de Clementina se presentaba á Napoleón tal cual la había visto por la vez primera; su sueño era intranquilo; su mayor deseo era encontrarla á cada paso para recrearse contemplándola de cerca; terrible lucha sostenía entre el amor de su madre y el que le había inspirado Clementina, y esto era lo que más le hacía sufrir, pues él creía una injusticia imperdonable el consagrar su pensamiento mayor tiempo á ésta que á la que debía el sér.

La historia de siempre se repitió en estas relaciones: monosílabos expresivos, que dicen más de lo que se piensa; poéticas cartas escritas con el corazón; flores cuyas corolas encerraban el calor de apasionados besos; juramentos, lágrimas, sonrisas..... ¿Para qué repetir todo ese conjunto de minuciosidades que constituyen los encantos del amor?

Pero si este amor formaba una interminable cadena de inocentes placeres para Clementina, no era lo mismo para Napoleón, que veía en él un fondo de amargura, que lo obligaba con frecuencia á pen-

sar en desistir de sus ilusiones. Terribles, pues, eran las horas que pasaba una vez concluidas sus ocupaciones, pues entonces era cuando más de lleno se entregaba á sus pensamientos.

—¡Qué desgraciado soy! Por un lado mi madre á quien tanto amo; por otro Clementina, sin cuyo amor la existencia sería para mí horrible..... Y pensar que jamás acaso llegue á hacerla mi esposa!..... ¿Por qué no soy bastante rico para poder asegurar á mi madre una posición desahogada y disponer del sobrante para efectuar un feliz matrimonio?

Oh! no debo desalentarme, soy joven, mi conducta hasta hoy es irreprochable, y procuraré que la paciencia no me abandone, para trabajar constantemente y reunir los recursos que deban hacerme feliz.

¿Pero cuánto tiempo he de esperar, Dios mío, para la realización de estos deseos, si mi mezquino sueldo apenas alcanza para cubrir mis cuentas ordinarias?

Una circunstancia desgraciada vino á empeorar la situación de nuestro buen joven: un caballero, llegado recientemente á la población, se enamoró también de Clementina, hasta el grado de odiar á Napoleón. Este tenía la convicción de ser él solo el correspondido; pero, sin embargo, los celos se apoderaron de su pecho por la primera vez, con tal fuerza, que ya la vida para él era insostenible.

—Mejor es morir, decía, que arrastrar la miserable existencia que yo arrastro. Confío en Clementina; pero ¡ay! la mujer es voluble, y ella al fin, cansada de esperarme, unirá su suerte á la de Alfonso, que es rico y agraciado.

.....

Así trascurrieron los días, tristes para Napoleón.

Llega una tarde en que, después de concluidos sus trabajos, se retira á su cuarto á llorar su desventura.

Don Anselmo, el jefe de la casa, busca á su dependiente para el arreglo de una cuenta, y no encontrándolo en la oficina, se dirige á la habitación de éste, y empuja la puerta con precipitación.

—Ola, muchacho, ya estás grandecito para llorar. ¿Qué te pasa? qué te sucede? no estás contento en mi compañía?

—Señor,..... titubeó Napoleón.

—No te asustes, no trates de ocultarme tus impresiones, que yo te miro como á un hijo y tengo derecho á exigirte muchas cosas.

—No es nada, señor,.....es que.....

—Nada me ocultes, pues si no eres franco, veré que no quieres á este pobre viejo.

Puesto que U. lo desea, voy á darle una prueba más de confianza para demostrarle la sinceridad de mi afecto. Ud. fué joven, don Anselmo, y ha de haber sentido dentro de su pecho esa llama misteriosa que nos hace desgraciados ó.....

--Déjate de romanticismos y de rodeos; al grano, hijo, al grano, que mis ocupaciones no me permiten perder así los minutos.

—Bien, pues; amo á una joven, modelo de bondad, y como tengo una obligación sagrada, que es la de socorrer á mi madre, y mi escasa renta apenas me basta para esto, padezco, señor, pues entre el amor de Clementina y el amor de la que me dió el sér, me inclino necesariamente á este último, aunque sin poder arrancar el otro de mi corazón.

—Eres un buen muchacho y Dios te premiará. Pero me precisa el arreglo de una cuenta, y te espera el libro mayor.

—Ni un consejo, ni una frase de aliento..... valor, Dios mío, valor, exclamó Napoleón, acompañando á don Anselmo.

Poco después de esta escena, encontrándose el mozo en el escritorio, se le acercó el propietario, y le dijo:

—Mira si está bien redactada está circular.

Apenas había acabado de leerla Napoleón, cuando repuso:

—Pero, señor.....

—Nada de aspavientos, nada de demostraciones de gratitud, que no es un favor el que te hago; el puesto que te concedo, te lo has ganado por tus buenos portes; además, yo ya estoy muy viejo y muy cansado, y no me es posible atender á mis negocios con actividad. Deseo descansar, y nadie mejor que tú

puede hacerse cargo de todo. La chica, pedida y concedida. Sobre tu mesa de noche encontrarás cuatro mil duros en billetes de banco como obsequio de boda. No hablemos más del asunto.

He dicho.

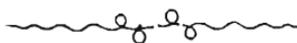
Y dió la vuelta dejando perp'ejo á Napoleón.

.....

A los tres meses, en una espléndida mañana de primavera, la comitiva del matrimonio de Napoleón volvía del templo, en donde los cónyuges se habían jurado amor eterno al pie del altar.

Don Anselmo saltaba de contento, un tanto trastornada la cabeza por el licor, repitiendo hasta el fastidio:

—Bien le decía yo á Napoleón: eres un buen muchacho y Dios te premiará.



**A la distinguida señora
Ebba Frey, en su matrimonio
con el ilustre doctor**

GÖRAN BJÖRKMAN

(EN ESTOCOLMO, SUECIA)

Los dulces sueños del amor, tus sueños,
Lindos como las flores entreabiertas,
Son bella realidad, lirios risueños
Hoy que á la vida del hogar despiertas.

Tú los conservarás siempre halagüeños.
Pues que si fueron esperanzas ciertas,
Al ser ahora de tu afán los dueños,
Ver no querrías sus corolas muertas.

Riega, pues, esas plantas singulares
Para que no hallen de tu parte agravio,
Y al estar frescas, broten á millares
Nuevas flores de amor; y que tu labio
Siempre bese los blancos azahares
Y la corona de laurel del sabio!



LA VISION DE MOSINGA

(Leyenda indiana)

—VEN. Mam. hijo mío, óyeme: ha vuelto á presentármese Nengo, así como la vez pasada, con la misma forma que tuvo cuando vivió como nosotros vivimos, y me dijo que los hombres blancos, los que mataron á Atlacatl, vendrían muy pronto á despedazarnos y á robar nuestras tierras. Nengo me lo ha dicho todo, y no me engaña Nengo, puesto que él fué quien me avisó que había sido sacrificada Bichinga—Ninga, la noche misma del sacrificio, y á más de cuatro veintes de distancia de nuestro ceiba al cerro.

—Cálmate, madre, tu cabeza está llena de visiones, y mirasol que no existe, y oyes sonidos que nadie produce. Los blancos están muy lejos, los blancos no vendrán á despedazar nuestras carnes ni á robar nuestras tierras, puesto que nos defiende Pipicho, el dios guerrero de nuestros antepasados.

—Cálmate, madre, estás débil, estás enferma, y necesitas mantenerte tranquila para que te levantes y estés buena durante las fiestas de la siembra del maíz.

—Oyeme bien, hijo mío: mi cuerpo está débil; pero mi amor de madre y de reina están fuertes como las raíces del *amatl* prendidas á las peñas del *Sensunapam* (1). Nengo sabe lo que te amo y cómo me interesa mi comarca, y vino á descubrirme lo todo por tu bien y por el bien de mis súbditos, que son los tuyos. Cree lo que Nengo ha dicho como yo lo creo, y prepárate, Mam, hijo mío, que de nada te servirá tu valor, ni la guarda de nuestro dios Pipicho te servirá de nada ante la sed de sangre de los salvajes blancos. La tribu numerosa y brava de los nahuizalcos sería ante los extranjeros, por la superioridad de sus armas, como el venado que sucumbe ante el *coyotl*: nosotros, pocos é indefensos, seríamos como el pajarito en presencia de la culebra voraz. Y antes la muerte voluntaria que la humillación por fuerza.

—Hijo mío, prométeme que matarás á los de nuestra estirpe y que te matarás en seguida, antes que presenciar la invasión de los blancos horribles.

—Madre, mi buena madre Mosinga.....!

—Prométemelo antes de morir, y moriré tranquila y orgullosa de tí.

—Y mi prometida.....

—Mátala si la quieres!

(1) *Río Grande, de Sonsonate.*

—Sea así, madre mía, que no has de morir llena de las amarguras que la ingratitude y la desobediencia engendran.

—Corre, Bichingún, mi arquero intrépido, corre hacia la altura que domina la cañada por donde se desliza el *Julupe*, y quédate allí hasta ver si al fin divisas á los blancos. Algo me dice que mi moribunda madre ha tenido aviso cierto, y he de cumplir lo que ofrecido le tengo, para evitar el castigo de Achú y para ser digno descendiente de Bichinga-Ninga.

—Y regresaré para morir á tu lado.

—Para morir antes que yo, pues yo he de morir el último y no quiero dejar con vida á los que quiero.

Al día siguiente, por la mañana, regresó Bichingún jadeante y sudoroso.

—Allí están,—le dijo á Mam,—ví sus penachos con plumas, ví sus armas brillantes; avanzan derribando árboles de dos tajos y produciendo ruidos de tempestad.

Mam examinó su hacha de piedra, y se dirigió rápidamente á un rancho vecino.

—Puluca, mi prometida Puluca,—exclamó,—te mato porque te quiero: ni mía ni de ningún blanco salvaje!

Y rodó la bella Puluca con el cráneo abierto.

Y Mam, convertido en asesino feroz, siguió su carnicería hundiendo su hacha en cabezas de ancianos y de niños de la familia de Mosinga.

En la tarde de ese día,—año de 1552,— Pedro Ramírez de Quiñones, Oidor de Guatemala y Teniente de don Pedro de Alvarado, tomó posesión de Sonsonate (2) en nombre de los Reyes de España.

Mam, según lo dijeron á Ramírez de Quiñones algunos indios del caserío, una vez cumplida la promesa que hizo á Mosinga, corrió precipitadamente hacia la altura desde donde se desborda el Sensunapam, formando el salto del *Bululú*, y se arrojó de cabeza contra las rocas vecinas á la corriente.

Hay todavía algunos viejos del barrio de Mejicanos—en donde existe el salto de Bululú—que cuentan que hay noches en que se oyen horribles carcajadas que dominan el ruido de la agua al precipitarse de la altura.

Carcajadas misteriosas que llenan de pavor á los habitantes de las riberas del río.

(2) El asiento primitivo de la que es hoy la ciudad de Sonsonate, era lo que actualmente se conoce en dicha población con el nombre de *barrio de Veracruz*.

CUERDAS ROTAS

A la memoria del notable violinista

RAFAEL OLMEDO

Al morir el artista, muda, grave,
La Música, que estaba allí presente,
Tomó el violín y lo encerró con llave
En su caja de pino reluciente.

Volvió después al mortuorio lecho,
Miró el cadáver á la luz escasa
De un blanco cirio, y oprimido el pecho,
Se alejó sollozando de la casa.

Pálida, convulsiva, enrojecidos
Los tristes ojos por acerbo llanto,
Hoy ha vuelto al hogar que vió perdidos
Su bien precioso y su inefable encanto.

Quiso ver el violín en cuyas notas
Tuvo la inspiración raros chispazos,
Y con sorpresa halló las cuerdas rotas
Y el arco dividido en dos pedazos.

Fué como el árbol lleno de sonidos,
Que altivo hiende el alto firmamento,
Y que un día le arranca, con sus nidos,
También las ramas impetuoso viento.

¿Quién las cuerdas rompió? quién fué el profano
Que el arco al destrozar, no tuvo miedo?
Quién se atrevió á poner la torpe mano
Donde puso su mano el gran Olmedo.

Fué aviesa la intención? Impresionado
Talvez ante el violín, exclamó el Arte:
Si ya no has de sonar como has sonado,
Te dejo así: ninguno ha de tocarte!

¿Sería, acaso, el instrumento mismo,
Que al ver morir á quien lo quiso tanto,
Del dolor en el fiero paroxismo,
Rompió sus cuerdas cual romper en llanto?

Es un misterio; pero sí se sabe
Que la Música, entonces, lentamente,
Con voz meliflua, quejumbrosa y suave,
Exclamó al cabo, de la caja enfrente:

Emulos del artista, ved, no existe
Quien conmovió las almas con sus notas:
La inspiración se queja y está triste
Al ver de ese violín las cuerdas rotas.

Venid, unidlas con seguros lazos
Y templadlas de nuevo, y en seguida
Juntad pronto del arco esos pedazos,
Y dadle al instrumento nueva vida.

Dádsela repitiendo aquellos trinos
Y los dulces arpeggios de *Las Hadas*,
Fuente, al nacer, de tonos argentinos,
Que á pocc son *crescendos* en cascadas.

Dádsela si queréis triunfos de gloria.
Que yo, para animaros, aquí quedo:
Dádsela ya, si amáis esa memoria
De nuestro artista triunfador Olmedo!

RECUERDOS de MI PUEBLO

LA CADENA DEL MUERTO

LA MANO PELUDA

HACIENDO caso omiso de consideraciones acerca de aquellos benditos tiempos en que diz que las almas de los que en el mundo fueron, se entretenían en dar frecuentes bromas á los vivos; y dejando al lector las comparaciones que puedan ocurrírsele entre aquel entonces y esta época de progreso que hemos alcanzado, paso á referir un hecho de éstos en que los *espantos* ponen en movimiento á todo un pueblo y producen el más lamentable terror donde quiera que se presenten.

Fué á fines del año de 1840 cuando los honrados vecinos de la ciudad de Sonsonate fueron sorprendidos con la alarmante noticia de que en una de las calles que tenían por tope el ruinoso tem-

plo de San Francisco, se oía todas las noches, de las once en adelante, el ruido de una cadena arrastrada, de cuando en cuando, en una misma dirección, sin que fuera posible verse el agente de tan singular fenómeno: y de tal manera se efectuaba esto último, que más de una vez la misteriosa cadena pasó casi rozando los pies de valientes observadores, que en vano buscaron, en tales momentos, una sombra siquiera que les sirviera de guía en sus aventuradas conjeturas.

Despacio, precipitadamente, ya valiéndose de una estratagema ya de otra, así perseguían estos audaces al autor invisible de tan extraño ruido, y nada lograban, ni aumentando la miserable luz de las candilejas municipales con la poderosa de gruesos hachones de ocote y reparados al efecto.

El ruido se alejaba, se alejaba, hasta perderse entre los muros derruidos de la vecina iglesia.

Mientras tanto, los habitantes de ese lugar de horrores emigraban á otros barrios, y los pocos que quedaron, cerraban las puertas con doble trauca, temprandeo la noche, entregándose á fervorosos rezos en sufragio de aquella pobre alma condenada á arrastrar cadena en expiación de sus culpas.

Una mujer muy nerviosa, de apellido Cabrera, murió de susto una madrugada que le pareció oír el ruido de los hierros en el techo de su dormitorio.

Y las madres amedrentaban á sus chiquillos, cuando no se dormían temprano, diciéndoles: ahí viene la cadena del muerto!

Los serenos se retiraban del servicio cuando se les designaba esa línea para cantar las horas, hasta que se encontró uno muy valiente, dispuesto á descubrir la causa que tenía lleno de pavor al vecindario.

Veinte días después de estar cumpliendo estrictamente con su deber, y ya acostumbrado á oír el choque de la fatídica cadena, se acercó al poste de un farol que estaba situado á unas cincuenta varas, lo más, de la portada del templo de San Francisco; y después de la tosida de cajón, abrió la boca en redondo, y gritó nuestro hombre con toda la fuerza de sus pulmones.

Las doce han dado y.....

Y no pudo concluir.

La voz se ahogó en la garganta, y cayó de súbito el individuo, como un fardo, en el empedrado de la calle.

En esos momentos se acercaban unos paseantes, que se encaminaron temerosos al sitio donde se oyó la caída del cuerpo.

Poco á poco, y con gran precaución, llegaron los trasnochadores cerca del agente del orden público, quien, después de algunos remedios oportunos, recobró el sentido y refirió que cuando iba á concluir su canto con las palabras: *y nubla-*

do, sintió que le introdujeron en la boca una mano peluda, que le produjo horrible escozor en todo el cuerpo.

Muy temprano del día siguiente no había quien no supiera tan espeluznante suceso, que nadie se atrevía á poner en duda, dado el valor personal del sereno, que todo el mundo reconocía y siempre encomiaba de manera especial.

Hasta entonces tomó cartas en el asunto la autoridad sonsonateca: era preciso descubrir algo y ver la manera de poner término á tan feas abusiones, en obsequio de la tranquilidad pública, alterada de manera alarmante desde que se comenzó á oír el ruido de la cadena misteriosa.

Se organizaron rondas de patriotas, á quienes se veía con respeto por su temeridad en tales circunstancias, y hasta se llegó á ofrecer un premio de consideración al que se atreviera á hablar al alma en pena, para suplicarle dejara en paz á los moradores de aquel desgraciado barrio.

Tras pesquisas de todo género, desvelos infructuosos y sustos frecuentes, uno de los más interesados en esta cuestión vió una noche bajar por el poste del farol donde cayó el sereno, una figura pequeña, de la que pendía una cuerda larga, que se balanceaba y que, al chocar con el palo, producía un sonido metálico seco, de rápida intensidad.

Un momento de lucha con el terror. y

el hombre se lanzó precipitadamente, pero con cautela, hacia el objeto que tenía ante sus ojos, á muy corta distancia.

Tomó con presteza la cadena pendiente, y de un fuerte tirón echó al suelo..... un mico, que se puso á chillar desaforadamente, forcejando á la vez con tenacidad por salvarse de tan embarazosa situación.

Y hé aquí explicado lo del alma en pena: el animalito salía todas las noches á dar un paseo por la vecindad, bajando siempre por el poste del farol mencionado. Caminaba invariablemente en dirección á la ruinosa iglesia, y cada vez que se detenía, dejaba caer la cadena que llevaba al cuello, y que recogía á continuación para marchar con más libertad.

La mano peluda fué del..... mismo mico: en momentos en que el sereno cantaba arrimado al poste, el simio bajaba, y tuvo la peregrina ocurrencia de hacerle cosquillas en la boca al empleado municipal.

Impuesta una fuerte multa al dueño del cuadrumano, buen cuidado tuvo de asegurar á éste para cortarle sus excursiones nocturnas.

Con lo cual terminó el *espanto*, que tan intranquilos tuvo algún tiempo á los pacíficos sonsonatecos, y que tanto hizo rezar á las medrosas mujeres del barrio de San Francisco.

Costumbres Salvadoreñas

PARODIA

Dejaron sus ojos
Así, medio abiertos:
Cubrieron su cara
Con un gran pañuelo:
Y unos medio tristes
Y otros sonriendo,
El estrecho cuarto
Todos invadieron.
Las cuatro candelas
Que había en el suelo.
Producían juntas
Un calor intenso:
Y entre aquella gente
Veíase á intervalos
A más de un vecino
Largar un hostezo.

Era ya de día,
Y el *grato* suceso
Traía á las puertas
A muchos del pueblo
Ante aquel contraste

De risas y duelo,
De copas y llanto,
Medité un momento :
¡Dios mío, qué alegres
¡Aquí son los muertos!

Sacáronlo en hombros,
Y en el cementerio
Pusieron la caja
Ahí, por el suelo,
Mientras sendos tragos
Servía un *holeco*
A la comitiva
En un *guacal* viejo.

Sonó en la capilla
El toque postrero,
Y aun no se efectuaba
El enterramiento,
Porque los amigos
Que abrían el hueco.
Avanzaban poco,
Por estar muy ebrios.

Allí solamente
Se oían dieterios,
Y hubo más de uno
Que armó más de un pleito.
Tantas carcajadas,
Placer tan inmenso
Había en el sitio.....
Que pensé un momento :
¡Dios mío, qué alegres
¡Aquí son los muertos!

De la alta campana
Hacía ya tiempo

Que se había oído
El toque á lo lejos,
Cuando los fulanos
Del lugar salieron,
Cruzando las piernas
De la *mona* al peso.

Al hoyo torcido,
Que no tiene un metro,
Y que con machetes
Los *bolos* abrieron,
Bajaron la caja
Con dos lazos nuevos;
Y venga la tierra,
Y viva el jaleo!

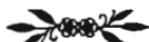
Los lazos al hombro,
El próximo deudo
Salió como todos,
De todos en medio.
Era ya de noche,
Hubo al fin silencio;
Entonce en las sombras
Medité un momento:
*¡Dios mío, qué alegres
Aquí son los muertos!*

En las reflexiones
Que siempre yo tengo,
Cuando en estas cosas
Con frecuencia pienso,
Profunda tristeza
Invade mi pecho
Al ver este trato
Que se da á los muertos.

Aquí vuelven fiesta
Lo que ha de ser duelo;

Aquí no se nota
Que haya sentimiento
Por el padre ó hijo,
Que al estar muriendo,
Creerá que habrá llanto,
Suspiros, respeto.....

.....
¿Seguirá esto siempre?
¿Cambiará un día esto?
¿Costumbre tan bárbara
No tendrá remedio?
Lo dudo: hace años,
Desde oscuros tiempos,
Viene esta costumbre
Ingrata del pueblo,
De hacer que aquí sean
Alegres los muertos.



La leyenda de la perla negra

ESTABA formado el hombre
El Creador contemplaba satisfecho su
obra.

Pero, de repente, la excelsa faz del Pa-
dre se contrajo de manera reflexiva.

Parecía contrariado.

Parecía arrepentido de su creación.

Y era que había visto en el fondo del alma del hombre el germen de las pasiones engendradoras del crimen. Después, un tanto tranquilo, habló así al hombre:

Ahí tienes dos sendas: ésta te llevará al bien supremo; aquella á la desgracia. Eres libre para tomar la que te plazca; pero advierte que, al encaminarte por la segunda, recibirás tremendo castigo por cada uno de tus malos pasos. Sé cuantos delitos puedes cometer, y ya sé qué clase de pena habrá de aplicarse á cada uno.

Pero hubo un día en que el hombre cometió un crimen horrendo no previsto por Dios.

El hombre mató á su madre.

Entonces el Eterno, al no encontrar castigo para inhumanidad tan espantosa, lloró desde la altura arrepentido de su obra.

Las lágrimas cayeron en los mares, y se precipitaron al fondo convertidas en perlas negras.

Las perlas que simbolizan el dolor.

EPITALAMIO

**En el matrimonio del doctor
don Rubén Rivera y la señorita
María Teresa Robredo**

Aquí otra vez el invencible tema,
El tema universal, el tema eterno.
Inagotable, místico y fecundo,
Que la palabra *amor* tiene por lema :
Que es grandioso y humilde, altivo y tierno,
Fuente de luz y vida para el mundo.

El tema del amor, siempre sentido ;
Por los poetas sin cesar cantado
Y nunca comprendido ;
El poema magnífico y sagrado
Que dulce vibra en el caliente nido.
Y que tiene por notas,
Aleteos, y vuelos, y latidos !

El poema inmortal ¿quién no lo canta?
¿Quién es el que no siente
Esa emoción benéfica, infinita,
Que al abatido corazón levanta,
Y que llena la mente.
De inefables imágenes, hermosas
Como las frescas rosas
Que baña en luz el sol desde el oriente?

Y es que todo es amor: el universo,
Que el caos primitivo ahora puebla,
Surgió cuando Dios quiso
Que el calor se juntara con la niebla:
Unión que se deshizo
En lágrimas de fuego.
Que, al descender con luminosos rastros,
Llenaran los abismos
De lámparas vivificas: los astros.
Las encrespadas olas,
Montañas de agua de espumosa cresta,
Son las hijas del mar y de la playa,
Que bajo un cielo azul, libres y á solas,
Se acarician al pie de roca enhiesta:
El mar besa la arena y se desmaya,
Y nuevas olas á crear se apresta.
El iris esplendente,
Que en el cielo sostienen los querubes,
Nace del beso ardiente
Que los rayos del sol dan á las nubes.
Brotó en la peña la parlera fuente.
Y al pasar con su ingénita alegría,
A los árboles canta sus amores,
Y les da savia que produce flores
Y tallos de sonriente lozanía:
El ave en la espesura
Del frondoso ramaje,
Al viento lanza su melifluo canto.
Misterioso lenguaje
De sin igual ternura
Conque reclama al que prefiere tanto
Por sus trinos, su vuelo y su plumaje.
La inquieta mariposa,
Flor irisada que en el prado vuela,
Gira siempre afanosa
Al rededor de la entreabierto rosa.

Y le dice en secreto
Su placer y dolor y cuanto anhela.

Todo, todo es amor: cuanto se agita,
Cuanto es sublime y bello,
Cuanto depende de la ley bendita
Que rige á la creación y lleva el sello
Del autor de este cósmico organismo;
Todo, todo es amor..... ¡Cómo no serlo,
Si su fuente es amor. amor Dios mismo!

Amor es ambición, amor es gloria:
Amor, ensueño, inspiración, delirio;
Amor es lucha por lograr victoria,
Paciente abnegación hasta el martirio:
Amor es lumbre que en el pecho enciende
El fuego alentador de una mirada:
La dulce claridad que se desprende
De una sonrisa por pudor sellada:
Amor es luz: el árido desierto
De la vida embellece y lo ilumina,
Y conduce al mortal á ansiado puerto.
Oasis de la dicha cuyas palmas
Frescor y sombra dan al que camina
En busca de emociones placenteras.
Amor es luz: alumbrá nuestras almas.
Como el sol ilumina las praderas!

Astros, flores de luz del firmamento,
Brillad más refulgentes:
Olas del mar, de espuma coronadas,
Concertad vuestros sonos con el viento
Y alzaos más potentes:
Iris de paz, adorno de alboradas.
Fijo, imborrable sigue en las alturas:
Fuente que leda brotas

**Y que emprendes tu curso en ondas puras,
Haz que se abran ahora muchas flores ;
Ave que en tiernas notas
Cantas en la arboleda tus amores,
Que sea tu canción más deleitosa ;
Y tú la enamorada en los jardines,
Viviente flor, inquieta mariposa,
Inclina á los jazmines
Para que besen á la fresca rosa.**

**Gozad todas y un himno resonante,
Que colme todo anhelo,
Entonad este día,
Porque hay fiesta en la tierra y en el cielo,
Y tierra y cielo tiemblan de alegría !**

**Dos almas que el amor cautivas hizo
Con un lazo de flores inmortales,
Hoy penetran al sacro paraíso,
Templo de la felicidad, cuyos umbrales
Guarda el ángel del sueño y del hechizo.
Dos limpios corazones,
Que el timbre del honor llevan impreso.
Han convertido sus palpitaciones
En una sola : la que tiene el beso !**

**Teresa, hoy á tus sienas
Ciñ-s otra corona más, que á las que tienes,
De virtud, de talento y de belleza,
Mayor realce les dará. Preciosa
Es tu nueva corona : la de esposa,
Que hoy sus perfumes á esparcir empieza.**

**Rubén, eres feliz : es tu fortuna
Mirar que tu existencia se elabora
A otra bella existencia.**

Cuida siempre afanoso esa corona,
Y de sus flores no verás ninguna
Sin su níveo color y sin su esencia.

Después que el sacerdote del Eterno
Os convirtió en esposos ;
Sacerdote de Apolo y vuestro amigo,
Levantando esta copa, yo os bendigo
En nombre del Amor,
Que seáis dichosos.



La lágrima inmortal

—VÉ,—le dijo el mago Zelrín á la virgen de azules ojos y de cabellera de oro pálido,—y recoje separadamente las lágrimas que nacen de las grandes emociones de la vida.

—¿Y cómo hacer para que no se evaporen mientras las reúno todas?

—No se evaporarán,—agregó el mago.

Y Zelda, la virgen de azules ojos, se fué á recorrer la ciudad.

Volvió á los dos días, y presentó á Zelrín varias conchas de plata, cerradas, con una lágrima cada una.

El mago pronunció ciertas palabras misteriosas, y después fué abriendo las conchas á medida que se las presentaban.

Esta lágrima convertida en gota de sangre—exclamó—es la lágrima de la mujer virtuosa engañada por la villanía de un seductor.

Hé aquí una negra: es la lágrima del arrepentimiento que se finge.

Esta gris es la que engendró la cólera.

Estas otras limpias, puras, transparentes, son las de los pesares del alma.

—Aquí falta una, dijo el mago.

—Todas las conchas recogieron su lágrima,—repuso Zelda.

—Pues bien, se ha evaporado: ha de haber sido la de la mujer que trata de engañar á cuantos hombres se le acercan.

Y abrió la última concha.

Allí había una perla muy blanca y muy brillante.

Zelrín se quedó pensativo, y se llevó ambas manos á la cabeza.

Y después de una larga invocación, dijo emocionado:

Esta lágrima convertida en perla, es la lágrima de la madre, la única inmortal, la más santa, porque es engendrada por los más puros sentimientos del corazón. Todas las demás desaparecen: ésta no morirá mientras exista en el alma el sublime amor que inspiran esos seres que se llaman hijos.

HIJO INGRATO

(HISTÓRICO)

Murió la madre, la mujer honrada,
Cuya vida fué un solo sacrificio
Por el buen nombre del hogar humilde
Y por la dicha de sus caros hijos.

Y Esteban, el mayor, el egoísta,
El hijo ingrato que á su madre hizo
Sufrir pesares de esos que en el mundo
No llegan á tener cabal castigo :

Abandonó el hogar, porque su padre,
Con razón poderosa, nunca quiso
Darle más de los bienes que él pedía.
De sus pobres hermanos en perjuicio.

Y un día que el acaso los pusiera
Uno frente á otro en apartado sitio,
Esteban se atrevió á empuñar un arma
Con la intención de horrible parricidio.

Ante amenaza tan inicua, el padre,
Con lentitud, llorando, conmovido,
Tomó su arma, y la arrojó muy lejos,
Y así al infame amargamente dijo :

Permite que antes que tus balas vengan
A consumir en mí tan gran delito,
Yo te tire las mías, las que sólo
Es dado á un padre disparar al hijo.....

Y mojado los dedos en las lágrimas
Que inundaban su faz, sobre el impío
Las arrojó con fuerza muchas veces,
Hasta quedarse con los ojos limpios.

Huyó el malvado: acaso la conciencia
Despertó en aquel pecho endurecido
En el instante en que el horror del crimen
Abrió á los pies del hombre nuevo abismo!

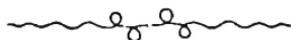
.....

Hoy anda el infeliz, el hijo ingrato,
Ciego, andrajoso, sin tener asilo,
Tanteando las puertas, donde pide
El pan que se destina á los mendigos.



ERRATAS NOTABLES

Página		Debe leerse
9	por su puesto.....	por supuesto
98	Por la espada de la luz etc....	Por la espada de luz etc.
103	perspeprivas	perspectivas
105	la principal.....	lo principal
118	aroma de los bálsamos	aroma de los balsameros
157	Compasada	acompasada
219	y mirasol que.....	y miras lo que
226	temprandeo la noche...	temprano de la noche.



ÍNDICE



	PAGINA
Dedicatoria	III
Prólogo.....	V
1899.....	1
El dón más valioso.....	3
Mis tres hijas.....	7
Un padre culpable.....	9
A Cuba.....	15
Ña Repu.....	17
Odio	21
Pobre pajarito.....	25
El código de un padre.....	31
Una serenata.....	37
Otonay.....	43
Líneas	57
Vorrei morir.....	59
Un maestro de escuela.....	61
A José Martí.....	71
El ramo de ciprés.....	73
Oh Dios, mis hijos.....	79
La primera carta.....	81
En el álbum de una niña.....	89
La niña del operario.....	91
Por Centro-América.....	95
Malditos sean los celos.....	101

	PÁGINA
Para Lola	111
Amelicatl.....	113
Carta de un maestro.....	127
Orla negra.....	131
De Stechetti.....	135
El mago Abd-el-Akir.....	137
A Dora.....	141
Ni en el cielo ni en el infierno.....	143
A los simpáticos miembros etc. ...	151
El marco del retrato.....	153
Ya es tiempo!	157
Un caso raro.....	163
Cuba.....	167
La Canoa blanca.....	173
En el matrimonio de etc.	181
Una lira menos.....	185
En el álbum de Teresa Cobos.....	191
Ambumba	193
En horas de angustia.....	205
Virtud premiada.....	209
A la distinguida señora etc.	217
La visión de Mosinga.....	219
Cuerdas rotas.....	223
Recuerdos de mi pueblo.....	225
Costumbres salvadoreñas.....	231
La leyenda de la perla negra.....	235
Epitalamio.....	237
La lágrima inmortal.....	243
Hijo ingrato.....	245



OBRAS DE IMENDIA



PUBLICADAS

LUGAREÑAS.—Versos.

CANTOS ESCOLARES.—(La parte literaria)

ESTELAS.—Prosa y verso.

EN PREPARACION

EL SALVADOR LITERARIO.—Prosa y verso

LARGOS Y CORTOS ,, ,,

